Corín Tellado

¿Quién tuvo la culpa?



No era bonita Mary, no; pero tenía, en cambio, algo en su persona que atraía y subyugaba. Su rostro de óvalo perfecto, aunque con pómulos un tanto agudizados, poseía un sello tan personal que nadie, después de contemplarla, se hubiera atrevido a negar su atractivo, que se manifestaba en los menores gestos y rasgos de la carita de epidermis blanca, donde la boca grande dejaba ver unos dientes irregulares, salpicados con dos gotas de oro que hacían resaltar aquellos labios sensuales, siempre húmedos y entreabiertos como pidiendo, vehementes, una caricia. Enmarcaba el exótico rostro una cabellera rojiza, sedosa y brillante, donde se perdía la mirada codiciosa del apasionado varón.



Corín Tellado

¿Quién tuvo la culpa?

Bolsilibros: Coral - 110

ePub r1.0

Titivillus 11.04.18

Título original: *¿Quién tuvo la culpa?*
Corín Tellado, 1951

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo Primero

Aquella mañana del 21 de junio, Mary recorrió la calle Alcalá con más rabia que placer.

Hacía un calor sofocante. El sol, con su rostro redondo, parecía burlarse de todo transeúnte que, fatigoso cruzaba apresurado la calzada. Mary salió de la RENFE con el billete en su poder, y pisó la calle tomando dirección al Retiro, donde esperaba hallar la tranquilidad espiritual que precisaba para calmar los nervios, que aquella mañana se sentían a flor de piel, tensos, agudos, pareciendo salir del cuerpo y clavarse como pinchos.

—¡Mary! Volvióse en redondo, y una sonrisita de felicidad iluminó el rostro que momentos antes mostraba solo amargura.

¡Sole! ¡Qué alegría, chiquilla!

Un abrazo, seguido de la risa franca de ambas.

—¿Y el veraneo? —preguntó Sole, mirándola con picardía—. ¿Cuándo marchas a Gijón, con tus hermanos? Vengo del colegio, y allí me han dicho que habías salido.

Mary le mostró los billetes.

—Vengo de la RENFE. Salgo el día treinta. ¡Me tarda más…!

La otra la miró dudosa.

—¿De veras, lo dices? ¿Tan mal van tus asuntos sentimentales?

—¿Crees que me voy por eso?

—Sé que no. Tu familia te reclama.

—No guasees, que es así.

—Si no lo dudo, querida. Pero lo de Pepe…

El rostro exótico de Mary tuvo una contracción.

—Aquello pasó.

—¿Estás segura?

¿Qué si lo estaba? ¡Cualquiera lo sabía! Ella menos que nadie, porque el corazón, por ser un órgano demasiado sensible y rebelde a la vez, había de continuar exigiendo su parte en la vida, y ella ya no tenía qué darle, porque todo se lo había llevado el amor. ¡Insensato amor!

—Debe pasar, Sole; y eso es lo que me interesa; tener la voluntad suficiente para olvidar, para domeñar el deseo, para ahogar la pasión. ¿Crees que lo podré conseguir?

La otra muchacha la miró con detenimiento.

¡Era tan alegre, tan desconcertante y linda aquella Mary un algo inconsciente, pero maravillosa en su mismo despiste…!

—Si te lo propones, sí —repuso convencida, pues la conocía lo suficiente para hacer la afirmación basada en algo concreto—. Vete a Gijón y olvida. Trata de cultivar las buenas amistades que dejaste allí hace cuatro años, y verás como al fin y a la postre, eres feliz. Mereces ser muy dichosa, y lo serás. —Después, tras una breve pausa, añadió dulcemente—: Pienso que aún volverás con él.

Negó, no con demasiada convicción.

—¿Y tú? —preguntó luego, con cariño—. ¿Cuándo os llega el bebé de París?

El rostro de Sole se iluminó.

—Prontito —dijo feliz—. ¡Si supieras, Mary, con qué ilusión lo esperamos…! Debes casarte, Mary, y entregarte sin reservas al hombre que te toque en suerte.

—¿Crees que me tocará alguno?

La otra respondió, totalmente convencida:

—Te tocará. Mereces ser muy feliz por todo lo des graciada que fuiste hasta ahora. Muchas veces me digo, querida Mary, que tú misma has tenido la culpa de todo.

—¿Yo?

Sole afirmó:

—¡Si supieras lo bonito que es perder alguna vez de nuestra parte…! Tienes un carácter complicado e irascible, y para ser feliz, todo lo feliz que ambiciona una mujer de tu temperamento, es preciso domeñar los impulsos de la sangre y los sentidos para dejar

solo paso al corazón.

—¡Vaya perorata!

—¿Crees que no hablo con lógica?

—¿Quién lo duda?

—Entonces, atiende mi consejo y vete a Gijón, convencida de que con Pepe ya no hay nada que hacer. En primer lugar, él no te conviene. Embotó tus sentidos, apagó los deseos de tu corazón, y dejó tus ansias de mujer presas en su persona; no digo en su alma, porque dio muestras de tenerla muy mal definida.

—¡No hables así!

—¿Es que aún le quieres?

Mary suspiró hondo. ¡Le dolía tanto hablar de aquello…! Y no es que le causara pesar el recuerdo: es que la llaga aún sangraba, y las gotas rojas parecían subirle a la boca dejando en ella aquel amargor.

—Te lo diré cuando vuelva para octubre —dijo sonriente, cambiando totalmente la expresión de su rostro alegre por naturaleza, en aquella mañana ensombrecido por la melancolía—. Creo que atenderé tus consejos. Tal vez me enamore de nuevo en Gijón.

Sole rio alegremente.

—¡Si fuera así…!

—¿Crees que no lo conseguiré?

—¡Qué sé yo! Estoy por decir que sí, puesto que jamás has deseado algo que no lo lograras. ¡Pero es que esto del amor es tan diferente…! De todas formas, se me antoja que vas camino de Gijón totalmente amargada, dispuesta quizá a reírte de todo, y quién sabe si hasta de la misma vida.

Mary saltó impulsiva, con aquel tono que Coral, mucho tiempo después —cuando en la ciudad del carbón se hicieron las amigas más íntimas que Mary pudiera imaginar—, definió diciendo: «Esa es tu voz de estraperlo, querida Pitín…».

—¿No crees que la vida se reirá de mí?

Sole negó rotunda:

—No, querida. Presiento que de ti no logrará reírse nadie.

—¡Pero si se ríen hasta las piedras!

—Sigues como siempre. Eres un torbellino donde no se puede atar un solo cabo. Ni siquiera las amarguras te hacen variar.

—No consentiré jamás que una amargura mengüe mí alegría.

—¡Cuánto me satisface oírte…! Mi lema es aquel aforismo tan viejo, pero que para mí encierra un gran consuelo: «A rey muerto, rey puesto…». —Tras una breve pausa, prosiguió—: Siento que marches por mi hermana Pili, puesto que le será muy difícil adaptarse sin ti, pero por otra parte me alegro. Allí olvidarás todos los sufrimientos pasados, y te sentirás más la Mary alegre y feliz que hemos visto a nuestro lado en aquel colegio donde reinaba la felicidad en un grupo de bellas muchachas, la principal, tú.

—¡Qué halagador!

Sole dio una palmada en la esbelta espalda de su amiga.

—Te veo ardiendo por dejarme —dijo—. Vete, y si no puedes venir a casa a despedirte, nosotros iremos al colegio a darte un abrazo.

* * *

Continuó caminando en dirección al Retiro. Su intención era guiar sus pasos hacia el colegio, pero no lo hizo así, pensando que de llegar a la residencia en aquellos instantes, todas acudirían a su lado queriendo saber lo que sucedía para que el rostro se viera crispado con aquella mueca indefinida que lo delataba todo y, sin embargo…, ¡decía tan poco!

Muy despacito enfiló el paseo predilecto al que acudía en aquellos momentos en que Pepe aún formaba parte de ella misma. ¡Qué lejanos días! ¡Qué lejanos, y qué cerquita los sintió ahora, porque le parecía que de nuevo se hallaba viviéndolos!

¿Por qué el corazón era tan complejo? ¿Por qué sentía? ¿Por qué no moría a la par que el amor?

Desalentada dejóse caer en un banco solitario, y miró con nostalgia todo lo que la rodeaba.

Según los ojos vagaban en torno, la imaginación fue hilvanando con esfuerzo los recuerdos que aún atenazaban su corazón, y vivió por última vez todo lo sucedido, pues sabía por demás que aquel día daría punto final a su novela sentimental: después de lanzarse por la corriente de la vida, jamás tornaría a su lado: ¡nunca!

Pensó también, anhelando con imperio ser justa consigo misma, en que él no había tenido toda la culpa de lo sucedido. No; ambos

se habían hundido en el lodazal del olvido por no ser, quizá, ni ella ni él, lo suficientemente constantes y leales para lograr consagrar una vida a otra, dejándose de sacudidas violentas que atormentan el espíritu aunque hagan vibrar el cuerpo.

* * *

Siempre había imaginado su regreso a Gijón alegre y feliz en compañía del hombre que había creído querer.

Las luchas por las que había pasado en aquellos cuatro años transcurridos dentro de las cuatro paredes de aquella santa casa, donde la «Sititi» tanto y tanto le había hecho recordar a Dios, parecían desvanecerse según los días se sucedían unos a otros y Pepe se aferraba más a sus sentidos, pues en el corazón jamás había tomado parte.

Su vuelta a la ciudad del carbón, donde todo era negro, le pareciera blanco y atractivo a ella, que anhelaba verse envuelta en su bruma grisácea en compañía de aquel hombre que había creído amar con toda su alma. Una vez más tuvo que confesarse que el amor no existía, que todo era mentira, y hasta la misma vida era un engaño que torturaba en vez de satisfacer. ¡Todo mentira! La misma existencia era falsa y cruel. Pero más que nada los hombres, que se dejaban manejar por la mano blanca de un tonto prejuicio.

Ahora, todo era diferente. Perdido él, llegadas las vacaciones, nunca se sentiría todo lo feliz que quizá imaginaban los familiares que allá, en Gijón, esperaban ansiosos su llegada. El retorno a la ciudad natal, fría y deprimida, obligada a fingir lo que en forma alguna podía experimentar el corazón.

De pronto, brusca y fiera, enojada consigo misma, púsose en pie y echó a andar sin rumbo fijo. Estar quieta, cuando los nervios parecían salirse del cuerpo le parecía de todo punto imposible. Con aquel gesto, tan suyo, lanzó el rojo cabello hacia atrás, dejando al descubierto la mirada intensa de sus ojos claros, quietos, que lucían la expresión entre acariciadora y fría que los hacía aún más personales si esto era posible en Mary, la mujer que jamás dejó de ser «ella» aunque la vida azotara su alma con sus más duros trallazos.

Los ojos, aquellas gemas que expresaban candor y crudeza a la

vez, quisieron decir: «¿Para qué pensar? ¿Por qué sentir? ¿Por qué no poner todo en manos del Destino para que él decida, mostrándome un camino que quizá, sin su ayuda, no podré seguir?».

—Si no quiere ayudarme, que me mate de una vez y en paz —oyóse decir a sí misma con la voz falsa que descubría en ella un fondo que solo guardaba para las ocasiones en que su corazón gemía, dejándola postrada, sin deseo siquiera de continuar luchando por una causa tan pobre como era la misma vida que le tocara en suerte. «¡Pobre suerte y pobre vida!» se dijo de nuevo, saliendo a la calle y enfilando la dirección del colegio.

Muchos ojos se volvieron admirativos, clavándose avariciosos en la silueta estilizada de la mujer que, ajena a todo, caminaba gentil por la acera.

No era bonita Mary, no; pero tenía, en cambio, algo en su persona que atraía y subyugaba. Su rostro de óvalo perfecto, aunque con pómulos un tanto agudizados, poseía un sello tan personal que nadie, después de contemplarla, se hubiera atrevido a negar su atractivo, que se manifestaba en los menores gestos y rasgos de la carita de epidermis blanca, donde la boca grande dejaba ver unos dientes irregulares, salpicados con dos gotas de oro que hacían resaltar aquellos labios sensuales, siempre húmedos y entreabiertos como pidiendo, vehementes, una caricia. Enmarcaba el exótico rostro una cabellera rojiza, sedosa y brillante, donde se perdía la mirada codiciosa del apasionado varón.

Capítulo 2

La habitación, completamente revuelta, causaba en Mary un disgusto terrible. Ya no recordó su ruptura con Pepe, ni la conversación que había tenido lugar en mitad de la calle con aquella Sole, amiguita del corazón que tan bien y con tanto acierto sabía aconsejarla.

Buena estaba ella en aquellos momentos para recordar nada, cuando sus ojos, muy abiertos, vagaban desesperadamente por la estancia, donde no había cosa en su sitio. Todo se hallaba desordenado: la maleta abierta sobre una silla, los zapatos esparcidos por el suelo… ¡Ay, Señor, pero si ella siempre había creído que todo cogía en una maleta, y resultaba que ahora no cabía nada!

Suspiró con ansia, como si se ahogara. Y como la paciencia había llegado al límite, dio un grito llamando a todas sus compañeras, cuyas risas aún crisparon más sus nervios ya de por sí alterados:

—¡Loli, Pili, Mary, Tere! ¡Ay, Dios, os quiero ver en seguida a mi lado!

Cuatro rostros aparecieron en el quicio de la puerta abierta de par en par.

—¿Aún estás así?

Mary se lanzó al suelo, donde tuvo que bufar como una fiera.

—¡Estoy desesperada! —gritó destempladamente—. Os juro que si tengo que continuar metiendo ropa en la maleta, dejo mi viaje

para cuando tenga menos. ¡No cabe nada!

Todas a una se lanzaron sobre la maleta. Pero Mary, no conforme con la ayuda de sus atolondradas compañeras, lanzó el «clásico» grito que la caracterizaba, cuyo eco llegó a los oídos de la señorita Sagrario, la encargada de contener los ímpetus de aquella juventud que residía dentro de las cuatro gruesas paredes de la residencia, donde ella era el ángel bueno, la ayuda y el sostén espiritual de muchas de aquellas almas inconscientes que caminaban por la vida sin saber por qué lo hacían. Una de ellas era Mary, que se presentó anhelando mucho cariño y más amparo, y fue a encontrarlo en el corazón blando y sensible de la buena mujer que tan bien y con tanto acierto supo comprenderla.

—¡«Sititi»!

Y al grito furioso de la muchacha, la puerta de la alcoba volvió a abrirse dando paso a la cara dulce de la «Sititi».

—«Sititi», querida, por favor… ¿Por qué yo no puedo hacer nada sin usted? —gritó la muchacha, lanzándose al encuentro de la señorita—. No me cabe nada de ropa en la maleta.

La «Sititi» sonrió compresiva, mirando dubitativa los ojos muy abiertos de Mary.

—Jesús, Jesús, hija, estás que no hay quien te aguante. Anda, vete, y olvídate por un momento del viaje. Yo trataré de colocar tus cosas en la maleta.

Y, en unos segundos, las manos ágiles del ángel bueno del colegio fueron colocando todo en forma que, cuando Mary y sus compañeras se dieron cuenta, ya todo se hallaba dentro y las llaves en las manos de la «Sititi».

—Toma —dijo esta, alargándoselas a Mary—. Ahora, a calmar los nervios y esperar que el tren se halle dispuesto para salir en dirección a la tierra que tanto anhelas ver.

Mary, que jamás dejaba asomar a sus gemas claras el resquemor de una lágrima, sintió el reguero dilatado correr raudo por la mejilla satinada, mientras pedía con voz entrecortada, como si quisiera alegrar los corazones, y más que ninguno el suyo, que se sentía anegado en dolor:

—¡La tila, «Sititi» de mi alma! Tráigame esa clásica tila que calma tan bien mis nervios, y que sabe Dios cuándo la volveré a tomar.

En vez de romper el silencio que ella hubo dejado, con un sollozo más, estalló una carcajada general, a la que se unió la risa de la dulce «Sititi».

—Jamás dejarás de ser tú, Mary, nunca; ni siquiera cuando te veas pasando el mayor apuro de tu vida lograrás cambiar ese carácter terriblemente burlón que tan poco te favorece y que tanto divierte a los demás.

Y al hablar, su rostro reflejaba la pena que le causaba ver marchar a su mejor amiguita; pena infinita que laceraba su corazón bueno, que tan bien sabía disculpar las extravagancias de la irascible chiquilla.

Cuando todo hubo sido dispuesto, y Mary quedó de pie bajo el dintel, dijo la «Sititi»:

—¿No se te olvida nada, Mary?

Esta corrió a su lado, apretándose contra ella.

—Un abrazo, querida «Sititi».

La señorita negó.

—¿No es eso? —preguntó Mary.

—No. Tu santina…

Y solo aquello bastó para que a la mente de Mary acudiera la virgencita que tanto y tanto había consolado su dolor.

Fuese a la capilla, donde, postrada una vez más, pidió amparo y consuelo para su angustiado corazón.

Con la boca, nada pidió. Aunque quisiera, estaba segura de no poder conseguirlo. ¡Era tanto lo que deseaba, y tan grande el peso que llevaba sobre su alma…!

Allí había sufrido y disfrutado. Más de una vez acudió al rinconcito donde la santina, sonriente, la miraba con sus ojos acariciadores como si se dispusiera a hablar y reír, pidiéndole que jamás dejara de domeñar su voluntad que era lo único que le quedaba, y lo único también que podía sostenerla en su lugar, en el lugar que corresponde a toda mujer de bien, de dignidad que no claudica ante un tonto y falso oropel, cuando la vida no es oro y alegría, sino dolor y crudeza, falsedad y algo más que ella no quería analizar porque lo temía…

—Diviértete mucho —dijo la «Sititi», dándole el último abrazo —; comulga más, y no olvides a Santa Gema, que tanto te protege.

Mary asintió en silencio, devolviendo con ansia el abrazo.

Más tarde, cuando en compañía de muchas de sus discípulas y compañeras de fatigas, se vio ante el tren que había de conducirla a la querida tierrina, dijo alguien, sonriendo con picardía:

—Todo esto lo hubieras cambiado por una sola despedida.

Mary se encogió de hombros.

—Ahora solo pienso en llegar allí.

—¿No llevas recuerdos?

—Los vuestros, muy gratos.

—¿Nada más?

Mary se encogió de hombros.

—No debo llevar más. Es impropio de mí lo contrario.

Y como el tren había advertido que la marcha se hallaba próxima, Mary subió al vagón, asomando luego la cabeza rubia por la ventanilla.

—Adiós, queridas.

Nada respondieron. ¡Dolía tanto verla marchar!

—Hasta octubre —dijo Pili, limpiando una lágrima.

—Hasta octubre.

Y como el tren se perdía lentamente, solo se vio la mano larga y fina que, temblorosa, se alzaba diciendo el último adiós.

Luego, la mole negra fue un puntito tenue, difuso en la lejanía hasta que desapareció camino de Gijón, donde Mary no contaba hallar la tranquilidad espiritual que tanto necesitaba para calmar su desasosiego y su congoja.

Capítulo 3

Cora abrió la puerta del chalet, atravesó el vestíbulo y se dirigió rectamente al cuarto de baño, pasando de largo por la salita, donde se reunían sus primas.

—¿Sabes quién viene mañana, Cora? —preguntó Lucy, asomando la cabeza por el marco de la puerta.

Cora se volvió a medias. Estaba quitándose la pintura de los labios, y tuvo que reír al ver la expresión radiante del rostro de su prima, cuyos ojos fulguraban alegremente, como si la persona que había de llegar al día siguiente, representara para ella la mayor satisfacción del mundo.

Volvió a su tarea de limpiar los labios, al tiempo de preguntar:

—¿Quién es ese personaje que llega mañana y tanta alegría te causa? —preguntó, sin mucho interés.

¡Le importaba tan poco, quienquiera que fuese!

Se hallaba disfrutando de las vacaciones en casa de su tía, en aquel Gijón maravilloso que tantos deliciosos secretos guardaba para pasarlo bien. Sus primas eran también maravillosas, tanto como la ciudad, con ser eso mucho. Se entendían muy bien, y aunque tanto Lucy como Chon tenían novio, ella procuraba hacerse con buenos amigos que la ayudaban a disfrutar de aquellos meses de asueto que tanto merecía.

—Estoy muy contenta —dijo Lucy, sentándose en el borde de la bañera y viéndola aún de pie ante el espejo—. Mañana, en el expreso, llega Mary.

Cora se volvió en redondo.

—¿La tía?

—No, mujer; Mary es mi mejor amiga.

—Ignoraba que tuvieras una amiga por el mundo.

—Se halla en Madrid, de profesora auxiliar en un colegio…

—Ya.

Y de nuevo volvió a su tarea de limpiarse el cutis, sin recordar ya nada de lo que tanto ilusionaba a Lucy, pero esta prosiguió:

—No puedes darte idea, querida Cora, lo amiga que fui, soy y seré de Mary La Fuente.

—Nunca me hablaste de ella.

Lucy la contempló, suspensa.

—Creo que, por el contrario, te hablé muchas veces.

Recordó vagamente que sí: lo había hecho, pero como jamás le importó guardar en su mente los comentarios que juzgaba intrascendentes, pensó que una vez más había cometido una falta debido a su extremado despiste.

—Hace cuatro años que se fue a Madrid —añadió Lucy—. Me ha dicho su hermana que viene a pasar en Gijón las vacaciones. Me gustaría que os hicierais buenas amigas. Es una gran muchacha.

—Lo siento, Lucy; pero lo más seguro es que no intime con tu amiga. Sabes muy bien que detesto hacer nuevas amistades.

—Eso no lo sé, pero lo que ignoro es la causa de tal manía.

Se encogió de hombros, al tiempo de sentarse a su lado en el mismo borde de la bañera.

—Yo también lo ignoro. Muchas veces pienso que soy una insociable.

—No lo eres.

—Pues lo demuestro.

—Mary te gustará.

Y se quedó así, mientras Cora se alzaba, saliendo en dirección al saloncito, donde se hallaban reunidos los tíos y Chon.

Allí se continuó hablando de Mary.

Cora comprendió lo mucho que era querida aquella muchacha en casa de sus tíos, y sintió una inexplicable rabia. ¡Siempre había sido tan complejo y contradictorio su corazón…!

Supo que era una chica guapa y cariñosa, que había sufrido mucho y que no era feliz, porque su novio, un muchacho tonto y sin

voluntad, de esos que pululan por el mundo con la única finalidad de hacer infelices a los demás, nunca logró comprender el santuario de bondad que Mary llevaba dentro de su alma, destinado al hombre que supiera comprenderla y no enjuiciara erróneamente su forma de ver la vida y las cosas…

Aquellas relaciones habían tenido un mal fin; y Mary regresaba a la tierrina, ansiosa de hallar el remanso que precisaba su corazón atormentado por los desengaños.

A la mañana siguiente, Lucy habló de ir a esperar al expreso.

—¿Vienes, Cora? —preguntó, antes de salir.

Su prima se hallaba tendida en la cama, y ni siquiera se movió.

—No me parece conveniente. Además, tendrás muchas cosas que decirle, y ella a ti. Yo sobro.

Lucy torció el gesto, pero se fue sin insistir más.

* * *

Cuando Lucy penetró en la salita donde Cora se encontraba, dijo, mostrando a una muchacha rubia que venía con ella:

—Mira, Cora, esta es Mary, mi amiga del alma. —Luego, volviéndose a Cora, añadió—: Ya te hablé de mi prima. Disfruta de unas bien merecidas vacaciones en esta maravillosa tierrina nuestra.

Le dio la mano. Algo más fuerte que ella le impedía mostrar la cara para que en ella posara Mary La Fuente sus labios.

Comprendió en seguida que Mary iba a resultar sumamente antipática. ¿Por qué? ¿A qué fin? No lo supo hasta mucho tiempo después…

Desde aquel día, Mary frecuentó la casa de Lucy, donde era recibida con las máximas muestras de agasajo. ¡La querían tanto…!

Una tarde ambas quedaron solas. En principio permanecieron mudas, como si les costara esfuerzo dirigirse la palabra. Las primas habían salido con sus novios, y ellas, tendidas en el huerto que se extendía al otro lado del chalecito, tomaban el sol o hacían que lo tomaban.

En aquel prado minúsculo, Cora había pasado muy buenos ratos en compañía de María, la del sereno, una viejecita salada y parlanchina que con su vaca «pinta» se pasaba las horas muertas mirando, cómo el animal pastaba afanoso, mientras contaba cosas

de cuando ella era joven y el mundo era de otra manera.

—¿Por qué te gusta este rincón? —le preguntó María un día, sentándose a su lado—. Si vivieras en el Gijón de maravilla, como tú dices, te divertirías más. El Natahoyo es más reposado. Aquí, pocas emociones podrás escoger.

Carolina rio a mandíbula abierta, mientras trataba de buscar los ojillos vivos de aquella buena mujer que tantos momentos buenos le ayudara a pasar en el «pradín» verde donde ambas dejaban transcurrir las horas, charlando de mil cosas distintas.

—Solo busco tranquilidad —dijo melancólica—. Esto es admirable. Además estoy viendo cómo los clientes de Víctor entran y salen en el comercio donde Lola muestra incansable y cariñosa su sonrisa que jamás desaparece de su rostro fresco. —Hizo una pausa que empleó en limpiar el cristal oscuro de sus gafas; luego añadió, soñadora—: No me lo creerá, María, pero el caso es que me he familiarizado tanto con su Gijón, que llegará un día no muy lejano, en que yo sea un cliente más de la casa de Víctor. Y no es que piense venir a vivir al mismo Gijón. La parte de La Calzada y Natahoyo serán para mí maravillosos, y por ellos despreciaré todo lo demás.

El rostro de María resplandeció. La quería mucho. Aquella amistad databa de poco tiempo, pero eso no era obstáculo para que se hallara lo suficientemente afianzada como para no romperse jamás. Era una amistad firme y sencilla, todo lo que puede ser entre una viejecita de sesenta y pico de años y una muchacha de apenas veintitrés.

Había venido a Gijón, solo con objeto de expansionarse un poco, pues la vida en el pueblo, con ser sana y tranquila, no iba acorde con su temperamento aventurero, un tanto soñador; gustaba de experimentar fuertes emociones, y el pueblo no podía en forma alguna proporcionárselas. Después, ya totalmente familiarizada con Gijón y sus habitantes, pensaba de la ciudad del carbón todo lo contrario de lo que al principio creyó, cuando su madre le decía que Gijón era y sería la población más simpática de Asturias, y ella no lo admitía así, bien porque tuviera un concepto torcido acerca de tal lugar, bien porque se lo hubieran hecho creer así.

Ahora todo era diferente. Luego de haber transcurrido un mes de su estancia en Gijón, hubo de confesarse que aquello resultaba más

que maravilloso. Gijón, la ciudad alegre por naturaleza, guardaba algo que ni el mundo entero podría igualar. Tenía poesía, espíritu y salero. Aquellas meriendas a la sombra de los árboles, las reuniones en el «Jardín de la Pipa», los desplazamientos a Aboño… Las romerías, que se sucedían unas tras otras todos los domingos. Los bailes en «Somió Parque» y «Jay-Alai»… Las noches de verbena que ofrecía el Centro Asturiano de La Habana, en los bellísimos jardines de «El Japonés»…

Todo aquello resultaba delicioso, hasta el punto que fue embargando su espíritu la misma alegría que inflamaba los corazones de sus compañeras. Sintióse tan gijonesa como ellas, y pronto, con la presencia de aquella muchacha que se llamaba Mary, y mostraba en su rostro una expresión entre melancólica y burlona —como si la misma vida fuera una comedia para ella y no algo cruel que la lastimaba constantemente—, se dijo que haría todo lo posible y hasta lo imposible si preciso fuera por venir a Gijón a vivir o disfrutar olvidando un poquito el vacío que sentía en su vida.

Aquella tarde, sintiéndose sola en compañía de Mary, y alejada de su vieja amiga, miró en derredor con más amargura que alegría, porque se sentía deprimida como nunca, como si la presencia de Mary, a quien aún no había aprendido a querer, le causara pesar y dolor porque le parecía que era mala, no admitiéndola en el santuario que se había forjado dentro de su corazón.

Mary la contempló interrogante, diciendo:

—¿Quieres que vayamos hasta Coroña?

—¿A esta hora?

—¿Y qué? Son las seis de la tarde, y ahora no habrá nadie en la playa. Estoy por afirmar que tú eres partidaria de la soledad.

—Algo.

—¿Solo algo?

Cora se puso en pie de un salto, evitando la respuesta, porque fue ella quien interrogó:

—¿Vamos, entonces?

Cruzaron la calzada tomando la dirección de la playa de Coroña, que perdida entre las rocas y circundada por los prados inmensos que se extendían verdes y puros, resultaba maravillosa en aquel atardecer en que los barcos atracados al muelle de Musel, parecían más estilizados enmarcados por los rayos de un sol que se perdía

tras la raya policroma del horizonte sereno…

Ambas, sumidas en el mismo silencio hostil que había surgido desde un principio, enfilaron la vereda hasta dejarse caer en el prado, desde donde se contemplaba la playa, cuya agua llegaba juguetona a la cinta oscura que formaba el prado.

—No me explico cómo te amoldas a esta vida —dijo Mary al fin, resultando tan indiscreta como siempre—. Te pasas los días en casa o en el huerto de María, y si vienes a Coroña es solo para estarte las horas muertas mirando el mar.

—¿No crees que es interesante?

—Pues no.

—Creí que eras más espiritual.

Cora se sobresaltó, porque la respuesta salió pronta y rotunda de entre los labios sensuales de Mary.

—Desde un principio, y hace solo días que nos conocemos, te juzgué materialista hasta la médula.

—Veo que eres una pésima sicóloga.

—Tal vez.

Cora la observó con más detenimiento.

—¿Has amado mucho? —preguntó de pronto, como si siguiera el curso de sus pensamientos.

Vio cómo la faz de Mary se contraía, dura y amarga…

—No me lo digas, Mary; ya lo sé.

Por toda respuesta, Mary musitó:

—Es doloroso amar, pero al mismo tiempo pienso que es delicioso, porque el que no ama no vive.

—¿Lo crees así?

Afirmó rotunda.

—Yo quise mucho, aunque ahora, pasado todo ello, me parece, que ha sido más bien un amor de pesadilla que un cariño real.

—¿No te correspondió?

—Naturalmente. Pero éramos incompatibles. Ni él me comprendía ni yo a él. Fue, más que amor, una pasión morbosa que nada bueno me reportó; por eso, quizá, guardo de todo un recuerdo vago, casi indefinido.

—¿Y amarás de nuevo?

Volvió a afirmar, mucho más convencida de lo que Cora creía:

—Más qué nunca. Creo que ahora, cuando lo haga, será para

entregarme de una vez para siempre, para toda la vida. Te reirás de mí, Cora, pero el caso curioso es que deseo imperiosamente encontrar un hombre que me ame con toda su alma, con intensidad semejante a la que estoy segura sentiré yo.

—Entonces, no me digas que has querido anteriormente, porque no te creeré.

—Ya te he dicho que aquello fue de pesadilla.

—Pero fue.

—Sí.

De nuevo quedaron calladas.

De pronto dijo Cora, señalando el puerto del Musel, que se divisaba a lo lejos:

—Mira, ese buque que entra ahora, es donde navega mi primo. Es un muchacho sencillo y vulgar, pero muy bueno.

—¿Alguna posibilidad?

—¡De ningún modo! Somos primos hermanos. Nos queremos mucho, y voy a verlo siempre que su barco atraca en el Musel.

—¿Te gusta?

—Me encanta como primo, pero nada más.

Aquello quedó así. Ni una ni otra hicieron más comentarios. Regresaron a casa.

Cenaron, y cuando a la mañana siguiente llegó Mary a casa de Lucy, preguntó indiferente:

—¿Me acompañas al cine, Cora?

Esta se encogió de hombros.

Le molestaba salir con ella. Parecía que su presencia producía en su ser un desasosiego inmenso, que no acertaba a definir por más que se proponía.

Pero salieron juntas un día y otro, hasta que pasadas dos semanas, Cora hubo de confesarse que Mary era una amiga fiel a quien tenía que querer sin remedio.

* * *

Se hallaba sentada en un café de la calle Corrida, cuando pasó Santiago.

—¡Pero si es mi primó! —exclamó Cora, haciendo una seña al hombre, que se acercó presuroso—. ¡Chico, qué alegría! ¿Qué tal el

viaje? —Estrechó la mano que Santiago le ofrecía, y añadió, mostrándole a Mary—: Es mi amiga Mary. —Luego, volviéndose a esta—: Ya te hablé de Santiago. Aquí lo tienes, sin que le falte nada, salvo la sonrisa que lo hace tan familiar. ¿Dónde la has dejado, Santi?

El marino rio alegremente, al tiempo de estrechar la mano fina y larga que le tendía Mary.

—Tal vez la haya dejado en la taquilla del barco. Tengo mucho gusto en conocerla, señorita. —Luego, tras una transición brusca, añadió, mirando con fijeza a la muchacha rubia que lo contemplaba un algo irónica—: Creo, Cora, que Mary y yo nos conocíamos de viejo. Hace cuatro años tuve el gusto de verla en casa de Lucy.

—¿De veras? Pues yo no recuerdo —dijo Mary.

Santiago se sentó a su lado sin dejar de clavar los ojos negros y penetrantes en su linda faz. Las pupilas de Mary jugaban burlonas, un poquito coquetonas, contemplándola.

—Tú no lo recordarás —repuso, tuteándola con naturalidad—. Pero yo sí. Cuando contemplo a una mujer bella, jamás suelo alejarla de mi retina.

—¿Tampoco del corazón?

—¡Hum! Eso es más difícil.

—¿Por qué?

—Nunca les consentí la entrada. Mi corazón —manifestó entre burlón y serio— es rebelde por naturaleza, y bastante exigente. Cuando permita la entrada a una mujer, será para toda la vida.

—¿Tanto?

Los ojos del gallardo marino tuvieron un destello de contenida pasión.

—Y más aún que no te voy a decir.

Luego, como si ya hablara demasiado, volvióse a Cora preguntando cariñoso:

—¿Dónde la encontraste? Te aseguro que hace cuatro años no podíamos vernos.

—No me calumnies, Santiago. Bien sabes que nunca nos hemos dirigido la palabra.

Y entonces la faz de Santi tomó una expresión seria y fría.

—Naturalmente: un pobrecito piloto representaba muy poco para Mary La Fuente.

Cuando se hallaron en el tranvía las dos amigas, dijo Cora con mal disimulada ansiedad:

—¿Es cierto que lo conocías? Mary se encogió de hombros.

—Puedo jurarte que no lo recuerdo.

Pero no decía verdad. Recordaba cuando en casa de Lucy se había presentado aquel muchacho, al que luego, cuando supo que era primo de su amiga, trató de conquistar para convertirlo en juguete de sus devaneos de coqueta.

»—Es un chiquillo —le había dicho Lucy con enojo—. No me gusta que trates de volverlo loco. Le quiero mucho, y sentiría que Santi sufriera por tu causa.

»—Pero si no me interesa.

»—Tanto peor. Si no te interesa, déjale tranquilo. El pobrecito se está muriendo por tus huesos».

Pero ella, firme en su propósito de pasar aquellas vacaciones un algo más divertidas que en otros años, continuó coqueteando con el piloto, buscando la forma de interesar al hombre, aunque le fuera del todo indiferente.

Los meses habían transcurrido vertiginosamente. Habían bailado en el «Continental», en aquellas tardes maravillosas del verano; habían bebido sidra en «Somió Parque», durante un descanso de la orquesta, para de nuevo volver a bailar… ¿Y todo, por qué? ¿Acaso Santiago Añora guardaba para ella algún interés? No, sencillamente. Sucedía que tan solo era un hombre interesante, y Mary gustaba de hacer padecer a todos los miembros del género masculino.

De aquel juego solo salió perdiendo él, puesto que Mary se fue de nuevo a Madrid a ocupar su colocación, y dejó al pobre Santi muerto de ansiedad en Gijón, con el corazón destrozado, una rabia sorda que aún ahora no había pasado, aunque Mary creyera lo contrario, y la angustia que suponía hallarse enamorado de una criatura voluble, sin corazón ni alma, ni siquiera un sentimiento noble que pudiera disculparla.

Ahora, de nuevo en Gijón, y después de haberlo visto, se preguntaba qué iba a suceder en los días que vinieran, puesto que por ser primo de Cora y Lucy, y estas amigas suyas, le sería preciso enfrentarse con él más de una vez.

Mientras el tranvía continuaba calzada adelante, Mary se dijo que Santi le pareció otro: más hombre, más curtido por el mar y los

aires; otra expresión en el rostro, y en lá boca, viril una mueca de amargura que no sabía a ciencia cierta interpretar…

Quiso saber, y preguntó con toda la indiferencia que le fue posible:

—¿Tu primo tiene novia?

—Lo ignoro. Creo que cuando Santi se decida a echarse novia, será para casarse.

—Formal, ¿eh?

Cora la miró seria.

—No creas que lo es mucho, pero no tuvo él la culpa.

—No te entiendo.

—Cuando era más joven, se enamoró de una estúpida que se burló dé él. Después, le fue duro el acostumbrarse a prescindir de ella, aunque su voluntad férrea todo lo consigue, y Santi salió victorioso.

—Muy novelesco —comentó, queriendo ser irónica. Pero lo cierto era que se había estremecido casi imperceptiblemente, pues bien comprendía que aquel amor en la vida de Santi, había sido ella.

—No lo tomes a risa, que es cierto. A partir de entonces, no fue como antes. Cierto que terminó la carrera, y hoy es un capitán de los mejores, pero su trabajo le costó.

—¿Manda barco?

—Naturalmente.

—¿Cuántos años tiene, ahora?

—Treinta. Está en una edad maravillosa; ¿no te parece? Además, con ser físicamente casi una vulgaridad, tiene algo que atrae.

—Caramba, parece que te interesa.

Cora se enojó.

—No vuelvas a hablarme así. Santi, para mí, es como un hermano.

Mary no insistió. La verdad era que le parecía ridículo volver sobre lo mismo cuando nada le interesaba de todo lo relacionado con ellos dos. Pudo decir únicamente, y eso para ella sola, que se estaba preocupando mucho de algo que en realidad no debía de importarle, dado lo sucedido entre ambos.

Cuando Cora se apeó en el Natahoyo, y ella la imitó, siguiendo la acera que la conducía a su casa, vio en la esquina la figura de un

hombre que parecía esperar algo. En principio se detuvo sobresaltada; luego, continuó con paso elástico y seguro, hasta perfilar su figura en el portal de su casa.

—¡Mary!

Se detuvo en seco, pero sin dar la vuelta. Ya sabía que lo tenía allí; es más, todo el camino se lo vino repitiendo ella misma, y no creía equivocarse al sentir la voz viril que no pedía, como antaño, sino más bien exigía con aquella inflexión bronca que aún no había olvidado pese a su amor por aquel Pepe que Gijón parecía ayudarle a olvidar.

—Quería hablarte —dijo la voz del hombre, ya más cerca de ella —. Quiero que me digas ahora, solos los dos, si es cierto que nos hemos conocido hoy, o fue hace muchos años.

—Cuatro no son muchos —repuso, volviéndose y mirándolo con cinismo.

—Luego, entonces…

No le dejó terminar. Acercó mucho su rostro al de él, y dijo bajísimo:

—¿Por qué voy a negarlo? Ambos fuimos felices en aquella época, y es muy natural que recuerdes si tanto me quisiste; como a mí me fuiste indiferente, lo olvidé.

—¿Sabías, ya, que eres mala?

—Nunca lo imaginé. Es más, todos aseguran que soy la nena más buena del mundo.

El marino rio con risa forzada.

—Pues te engañaron, o no te miraron con los ojos con que yo te vi.

Coqueta, se le aproximó más.

Parecía que de nuevo sentía aquel placer morboso que había experimentado en aquellos tiempos, cuando él, aún era un muchacho inocente que la vida no había vapuleado. Lo miró a los ojos, fija, audazmente, como si quisiera llegar al alma del marino y buscar en su fondo que dejaba oculto y ella, pese a todo, no había podido hallar.

—Dime con qué ojos me viste tú.

—Quizá te ofendería.

—¿Tan feo es?

Y la muy coqueta buscaba los ojos del hombre que halló con

rabia fijos, quietos, inexpresivos, pero nunca con aquella expresión pasional que la había entusiasmado en tiempos no muy lejanos…

Él supo tal vez lo que Mary deseaba: verlo rendido, loco a sus pies, pidiendo por Dios una caricia. Todo aquello pertenecía al pasado. El hombre de hoy ya no era un niño, de sonrisa franca y sencilla. Bajo sus pupilas penetrantes, se ocultaba una voluntad férrea, indomable; parecía que nada le conmovía, que todo le dejaba frío, y que en vez de corazón guardaba en su pecho un trozo de hielo. Quizá era así, puesto que continuaba a su lado con la misma impasibilidad de un mármol, sin querer conmoverse ante las pupilas de fuego que refulgían apasionadas en la carita de rasgos irregulares, pero más interesantes cuanto más indefinidas…

—¿Así me querías, Santi?

Y al pronunciar con extremado mimo el nombre que en otra época parecía besar, el cuerpo del marino vibró apasionadamente, aunque la voluntad de nuevo domeñó el deseo furioso que le atenazaba de cogerla en sus brazos y beber con ansia y loco anhelo de los labios sensuales que permanecían abiertos como incitándolo.

—Te quise como un loco, Mary —dijo con voz ronca y vehemente—. Pero también es cierto que luego, cuando supe que te habías ido a ese Madrid que odio con toda mi alma, te aborrecí tanto y de tal manera, que no hubiera dudado, siguiendo mis instintos, en correr a tu busca para destrozarte.

—¿Y aún piensas así? —preguntó, con aquella altivez que la caracterizaba.

Los ojos negros de Santiago parecieron despedir llamaradas, pero no de fuego, sino de rabia y rencor.

—No, Mary —contestó con toda la frialdad que le fue posible—. Hoy solo quiero decirte que me eres ya tan indiferente como la última de esas muchachas que corren de un lado para otro al encuentro de quien les pague un aperitivo.

Y dando media vuelta, se alejó, lanzándose de un salto al tranvía que cruzaba la calle.

Mary permaneció, por espacio de unos segundos, inmóvil en el mismo lugar. Luego se volvió, y, en vez de penetrar en su casa, torció hacia la izquierda, metiéndose en una calle solitaria hasta perderse en la senda que la conducía a Coroña.

Todo estaba solitario y oscuro. El mar brillaba a lo lejos, donde

la luna cabrilleaba juguetona, trazando caprichosos dibujos en el líquido que parecía vibrar al contacto de los destellos blancos.

Los barcos, en el Musel, semejaban puntitos difusos. Los faroles ponían una nota discordante en la noche que María quería ver oscura y fría, para que fuera a la par de su corazón, cuyos latidos parecían detener su acompasado palpitar.

¿Qué sentía, qué quería? ¿Es que las palabras de Santiago producían en su ser aquel desasosiego indefinible, que la atenazaba toda? Una vez más, se dijo que su corazón era algo complejo, contradictorio; que jamás sabía lo que deseaba, ni lo que debía querer. ¿Querer? ¿Es que ella podía, después de lo sucedido, querer a nada ni a nadie?

Ya nunca más sabría lo que significaba la palabra cariño. Ni siquiera el fraternal era suyo, puesto que no había sabido conservarlo. Solo aquella Cora insignificante de físico, tonta quizá en sus apreciaciones carentes de lógica para ella, le merecía un recuerdo grato. Y no es que la quisiera: es que la compadecía y se sentía un poco maternal viéndola callada y sumisa a su lado.

¡Pobre Cora! Tenía la imaginación enferma y un concepto de la vida muy particular, que quería decir pobre, torcido. ¡Qué sabía aquella infeliz del mundo y de las cosas! Solo tal vez lo que le habían dicho, pero nunca porque lo hubiera vivido; lo contrario de ella, que había probado la esencia de la vida, porque el cáliz de la amargura había sido apurado por su corazón hasta las heces…

¡Y que aún tuvieran que reprocharle! ¡Qué sabía Santiago de sus luchas y de sus desazones!

Enderezó el cuerpo, y tomó de nuevo la dirección de su casa, donde la esperaban sus hermanos. Aquellos sí la comprendían, porque era buenos…, ¡pero tan diferentes a ella!

Aquella noche, durmió poco y lloró mucho. Y no es que supiera definir el motivo de su llanto. Lloraba porque su corazón precisaba desahogarse, y aquellas lágrimas consolaban su alma y su cuerpo todo.

* * *

Los compañeros lo notaron desasosegado e inquieto. Paseábase incansable de un lado a otro, midiendo la cubierta a grandes

zancadas, sin mirar a un sitio fijo; clavadas siempre las pupilas en la noche callada, que tendía sus sombras mudas y frías como lo estaba su cuerpo, pero no el corazón, que como nunca sentía el fuego de la pasión que la ingrata había avivado con crueldad…

El primer oficial se le aproximó.

—Parece que estás nervioso, Santi.

Este encendió la pipa con coraje, y aspiró con ansia una bocanada de humo que luego esparció rabioso, mirando cómo las espirales formaban caprichosos dibujos.

—Sencillamente, estoy rabioso —repuso, bronco.

—¿Otra vez ella?

—Te pareceré tonto, pero el caso es que de nuevo se halla en Gijón, y que tu estúpido amigo continúa haciendo números por ella, como el más perfecto imbécil.

—Es natural.

—¿Cómo, natural?

—Pues claro, Cuando se quiere a una mujer, se va a ella y en paz, olvidándolo todo.

—Si para mí fuera una mujer como hay mil, hubiera seguido tu consejo, pero tratándose de Mary, no, porque ella lo es todo para mí.

—Puede serlo igual.

Negó rotundo.

—Mary es la mujer de mi vida, y jamás, por ningún concepto, mancillaré ese amor.

—No te comprendo.

Santi dio media vuelta, recostándose en lá borda.

—No me preguntes más, Pedro. La conoces tan bien como yo, y no ignoras que es una redomada coqueta con la que será imposible hacer otra cosa que pasar el tiempo.

Y yo la adoro, pero para hacerla mi mujer, para tenerla siempre encerrada en mi camarote donde solo me vea a mí, para que quiera mis labios y busque con ansia mis caricias.

—O sea: que no tolerarías medianías —cortó Pedro, un tanto guasón.

—Acertaste; soy exclusivista hasta la médula.

—Pues, entonces, déjate de pensar en imposibles. Si eres exclusivista, te aconsejo que la dejes en paz. Las mujeres modernas

no quieren esa clase de hombres.

—No digas sandeces. La mujer, sea moderna o anticuada, ha de ser como el hombre la desea, y si no lo es y se amolda, para el caso es igual, puesto que si quiere, todo lo dejará por el amor.

—Es que la mujer moderna, vuelvo a insistir —rio irónico el primer oficial—, no sabe sentir el amor.

Los ojos de Santiago fulguraron, coléricos.

—Mi mujer, sí, porque yo la enseñaré —dijo broncamente, alejándose en dirección a su camarote.

Pedro tuvo que reír alegremente.

El capitán era demasiado apasionado y noble para vivir en estos tiempos materialistas en que solo se vive «del cuento», con falsedades e hipocresías.

Capítulo 4

Aquella mañana Mary se hallaba en el jardín con sus dos sobrinitos, cuyos juegos miraba vagamente, aunque bien se notaba cómo la mente volaba en pos de un recuerdo lejano y nostálgico.

Tendida en la hamaca, permanecía muda, mientras distraída con el pensamiento puesto sabe Dios en qué reinos, contemplaba a su sobrina, cuyo físico dulce y suave le recordaba sus años infantiles, cuando aún su madre gozaba de salud y la ayudaba a ser feliz; después, según los años transcurrían y la mamaíta era consumida por el barro acre de una tierra húmeda, le tocó vivir en la amargura, sin la dulce compañera que tan bien y con tanto acierto sabía comprenderla.

Aquellos ojos rasgados, la boquita tierna y las facciones delicadas de Cuqui, su sobrinita, hacían que el recuerdo vagara en torno a su existencia, dulce y plácida entonces, amarga y cruel después, cuando se vio sola y fría frente al porvenir que tan desagradables perspectivas le mostraba.

—Tiíta, si nos llevaras de paseo —pidió la chiquilla, aproximándose a ella y rozando con sus labios la fina mano que caía inerte a lo largo de la falda—. ¡Hace un día tan bonito…!

Se sentía fría y seca por dentro, pero ante aquellas dos caritas tiernas que se alzaban hasta ella pidiendo anhelantes la satisfacción de un capricho, tuvo un leve estremecimiento de ternura, dejándose llevar de la mano de ambos hasta llegar a la puerta del chalecito.

Antes de penetrar en la salita, hubo de posar inconsciente, pero

con cierto mimo innato en ella, la palma tibia en la cabeza rizada de Julio, el chiquitín de su hermano qué le hacía anhelar unos hijos, un hogar y un esposo bueno que supiera comprenderla y no interpretara mal los bruscos cambios de su carácter, que solo se debían a la existencia azarosa que le había tocado vivir, cuando sus pocos años y el ansia loca que palpitaba en su corazón le pedían algo, algo intenso que aún no pudo hallar porque el mundo era falso y sus criaturas egoístas y mezquinas.

Inclinó el busto, y buscó con anhelo los ojazos azules del pequeñuelo, que juguetones se le hurtaron.

—¡Chiquillo! —musitó apasionadamente, apretándolo fuertemente contra su pecho palpitante—. Os llevaré de paseo en barca.

Luego, sin soltar a Julio y con Cuqui de la mano, penetró en al salita, donde sus hermanos se hallaban reunidos.

—Es domingo —dijo sonriente, olvidando un tanto su melancolía anterior—; por lo tanto, día de asueto. ¿Me permites que los lleve? Prometo devolverlos enteros, sin que les falte nada.

—No lo creo —repuso su hermano, saliendo a su encuentro—. Eres tan apasionada que igual, en uno de esos arrebatos locos, nos los deshaces.

—No tanto. Suelo emplear la pasión de otra manera. Además, sé domeñarla cuando es conveniente hacerlo.

Julio, su hermano, era un hombre alto y esbelto, con rostro de expresión dulce y seria. Tenía cierta personalidad que se acusaba más cuando miraba amorosamente a su mujer, cuyo amor era tan suyo, tanto, tanto, que sentía veneración por ella y el hijo que le había dado.

—Puedes ir —concedió al fin—. Supongo que no irás así. Viste otra ropa más adecuada.

Momentos después, Mary perfilaba su linda figura en el umbral, embutida en un pantalón azul, que estilizaba más su tipo esbelto, de carnes mórbidas, acusando sus formas deliciosamente. El clásico *pull-over* blanco definía el busto puro de su cuerpo estatuario, diciendo una vez más de la sugestiva personalidad de Mary La Fuente. El cabello leonado caía juguetón, tapando parte de la mejilla bronceada, donde los ojos tenían un brillo inusitado, dejando en el fondo de las pupilas, de un tono indefinido, pero aun

así maravillosas, la sombra de melancolía que los hacía más interesantes. Las manos finas y largas jugaban con la manita de sus sobrinos, mientras su cuerpo, erguido con la altivez característica en ella, vibraba apasionadamente, presintiendo el placer que había de producirle aquel corto viajecito por mar en la barca que, a tal efecto, tenía dispuesta en las proximidades de la playa de Coroña.

Sus hermanos siguieron con mirada cariñosa la figura esbelta que cruzaba el jardín, dispuesta ya para el paseo.

Iba demasiado bonita, dijeron todas las pupilas que se clavaban en ella. Demasiado linda y tentadora para aquel mundo que tal vez no supiera comprenderla tal como era: sin aquel aire que su belleza le proporcionaba y no sabría mirarla con sencillez, como ellos lo hacían.

—¿Vamos, pequeños? —dijo Mary, cogiendo de la mano a sus dos muñecas.

—No te precipites, Mary, y sé comedida, no hagas locuras —recomendó su hermano, desde la ventana.

—Prometo que no.

Se fue, seguida por los ojos de sus hermanos, hasta que hubo desaparecido.

* * *

Mecida por las olas, la barca navegaba dulcemente, dejando tras sí una estela azulada que seducía los ojos de los pequeños. Estos, recostados en la borda, contemplaban las olas que levantaban la quilla del barquichuelo; Mary no dejaba de vigilarlos atentamente, pese a que sus pensamientos la alejaban de allí.

Remaba despacio, como si eso solo produjera en su ser un placer voluptuoso, complaciéndose en mirar las cabecitas inclinadas de Cuqui y Julio, que disfrutaban deliciosamente mirando el mar y los caprichosos dibujos que formaba el sol sobre las ondas marinas.

De pronto vióse próxima a una piragua, cuyos tripulantes quedaron quietos y erguidos al detenerse a su vera.

—¡Pero si es Mary! —exclamó Pedro, alegremente extendiendo la mano que la muchacha estrechó complacida—. No sabes lo que me satisface verte de nuevo por la tierrina. ¿Cuándo has venido?

—Hace veinte días.

—Y yo sin verte. Es imperdonable, Mary; te lo aseguro.

Santiago, que venía ante los remos, permanecía silencioso, con el ceño fruncido y la boca fuertemente apretada, como si la presencia de ella causara en su ser un desasosiego inmenso que no sabía a ciencia cierta a qué atribuir.

—Porque has querido —dijo Mary, entornando la azulada celosía de sus pestañas y mirando oblicuamente al amigo del hombre que la había insultado la noche anterior, y a quien no pensaba perdonar jamás—. Gijón es tan grande. Además, sabes muy bien dónde vivo.

—Pero ignoraba que hubieras llegado.

—Ahora, ya lo sabes.

Pero miró de soslayo a su amigo. Luego preguntó bajito, causando un nuevo sobresalto a Santiago:

—¿Tienes novio, Mary?

—¡Qué pregunta más indiscreta!

—Entre amigos…

En el rostro de la muchacha se plasmó un leve gesto de rabia, pero dominándose, respondió en tono burlón:

—Ya te lo diré, si esta tarde me buscas para acompañarme al cine.

—¿De veras lo deseas?

—Naturalmente. De otra forma, no te lo hubiera pedido.

Luego hizo un movimiento que la puso frente por frente de Santiago, cuyos ojos, clavados en su rostro, tenían una expresión fiera.

—¿Yo no soy de la partida, Mary? —preguntó con los dientes apretados.

—Busca a una de esas muchachas que andan de un lado para otro, al encuentro de quien les pague el aperitivo. Yo, si lo deseo, me lo pago con mi dinero.

Y apartó los ojos del rostro crispado de Santiago, para fijarlos en otro punto con mal disimulado placer.

No acertaba a definir la causa, pero el caso era que le causaba un placer jamás experimentado humillar al hombre que la noche anterior la hiciera llorar en la soledad de su alcoba, recordando el insulto que llevaba bien clavado en el alma.

Santiago, con su vestimenta de verano: camisa blanca, pantalón

de «mil rayas» y la media sonrisa de rabia en la boca que se crispaba dura y fiera, parecería más hombre y más subyugador a los ojos de cualquier otra mujer que no fuera Mary La Fuente, la muchacha que en contacto con el mundo había aprendido a sufrir, en silencio, tantos y tantos desengaños como la atenazaron, hasta el punto de hacerle perder la fe en el mundo y en los seres.

—Entonces —dijo Pedro—, esta tarde iré a buscarte a tu casa.

La muchacha sonrió, asintiendo.

Santiago mordióse los labios hasta hacerse sangre, pero nada dijo; permaneció mudo, contemplando el cuerpo adorado donde él anhelaba fundirse hasta morir de amor en las cadenas maravillosas que representaban aquellos brazos mórbidos, de carne morena y palpitante…

Ahogó el deseo, y empuñó de nuevo los remos poniendo dirección al Musel.

—Hemos de irnos —dijo con voz dura, que ni él mismo reconoció como suya—. Puedes dejar algo para la tarde, cuando, vayas al cine en su compañía.

Mary nada repuso. Conformóse con mirar a Santiago de arriba abajo con marcada indiferencia, mientras Pedro se mordía los labios para no reír a carcajadas.

Le estaba haciendo muchísima gracia aquel par de tontos. Porque él no era ciego, vamos, de ningún modo. Bien veía que ambos se estaban muriendo uno por el otro, aunque disimularan, demostrando los contrario.

—Hasta la tarde entonces, querida amiguita —dijo alegremente.

Mary los vio alejarse; aunque sabía que la mirada de Santiago estaba fija en ella, hizo todo lo posible por permanecer de cara al monte de Coroña, sin volver los ojos al rostro que adivinaba ansioso.

Luego, cuando la piragua se perdió en dirección al Musel, surcando rauda las aguas, el semblante de Mary varió totalmente de expresión, borrándose la leve mueca de desencanto que tanto decía y, sin embargo, analizada a fondo, no denunciaba nada.

* * *

Pedro lo vio inquieto, nervioso. Paseábase por cubierta, como

aquella noche en que tuviera la desgracia de tropezar de nuevo con la mujer que durante tantos y tantos meses, fue su obsesión.

—Quisiera proponerte algo —dijo Pedro, deteniéndose a su lado y posando su mano en el hombro del amigo—. Puedes ocupar mi lugar esta tarde.

Se volvió furioso.

—¿Crees que me interesa servir de juguete? Vete, y que os muráis los dos —terminó furioso, lanzando chispas por sus ojos de fuego.

—Has de entrar en razón. Ella es para ti…

—¡Nada! —gritó, cortando en seco sus palabras y no permitiéndole continuar hablando—. Mary La Fuente no representa para mí más que otra cualquiera.

—¡No blasfemes! Bien sabes que estás mintiendo.

—¡No!

—Bien. Sea como tú dices o no, el caso es que te cedo el puesto, porque yo tengo compromiso con unos amigos. Vete a buscarla esta tarde, si es que no quieres ver a tu amigo en ridículo.

Por toda respuesta, Santi dio media vuelta, perdiéndose en dirección al camarote.

—¿Irás? —preguntó Pedro, antes de que hubiera desaparecido.

—¡No!

Pero Pedro supo con certeza que Santiago, el pobrecito, tendría que ir, porque su corazón se lo pedía imperiosamente.

En efecto. A las seis en punto, Santiago apareció en cubierta, embutido en el traje oscuro de irreprochable corte, que hacía su figura más interesante, más de hombre, más enloquecedor, como hubiera dicho Mary si se hallara en disposición de tomar el pelo a su antiguo enamorado.

Pedro, de pie en el puente, sonrió con ironía. A fuerza de conocer a su amigo, sabía cuál era el punto de destino del joven capitán; por eso, omitiendo la pregunta, dijo tan solo, como la cosa más natural del mundo:

—Que te diviertas. Dile a Mary que me fue imposible cumplir la promesa.

Santi gruñó algo entre diente. Luego enfiló la pasarela, y saltó al muelle con agilidad.

—Si llevas esa cara de pocos amigos —rio Pedro, burlón—, va a

serte muy difícil la conquista.
—¡Vete al diablo, bellaco!

Capítulo 5

Ante el espejo cepillaba sus cabellos sedosos, más brillantes que nunca con ayuda de las púas que, bruscas, resbalaban por los rizos rojizos.

Sentada en una butaquita, Ura contemplaba maravillada la figura de ensueño de aquella muchacha que parecía tener magia en sus dedos largos y finos.

Había llegado aquella misma mañana de Oviedo, donde disfrutaba de las vacaciones, y Mary insistía para que pasara a su lado ocho días.

—Los disfrutarás de lo lindo —dijo de nuevo, mirándola a través del cristal biselado—. Te aseguro que hay por aquí unos chicos estupendos. Hoy, precisamente, estoy citada con uno fantástico. Es oficial del «Norte». Tiene un tipo soberbio, y además es muy culto.

—No me interesa.

Mary se volvió en redondo. Su rostro mostraba la máxima ansiedad.

—Te necesito, Ura, y no vas a ser tan mala que me dejes plantada. Este muchacho te encantará, pues es interesantísimo.

—Conquístalo para ti.

Los ojos de Mary relampaguearon.

—Sabes muy bien que mi corazón está seco y frío. Además, ese hombre no es mi tipo, ni soy yo el suyo. En cambio, me parece que para ti estará que ni pintado. Ven con nosotros, Ura —rogó apasionadamente, apretando entre las suyas las manos de su amiga

—. Te ruego que coquetees con él y lo vuelvas loco, si es preciso.

—¿Tanto?

—Tiene que ser así, y no me preguntes los motivos. Ura aún dudó. Después, sin dejar de mirar los ojos anhelantes que se clavaban en ella, dijo bajito y con aquella dulzura que tanto bien hacía en el corazón de Mary:

—Por complacerte, me quedaré.

—¿Y harás de forma que mi amigo me deje en paz?

—Lo haré.

Mary la abrazó, zalamera.

—¡Eres un sol! —exclamó entusiasmada, volviéndose al espejo y continuando con su tocador, que aquella tarde iba a resultar maravilloso.

De pronto, un gritito desde la calle llamó la atención de ambas.

—Es Marité —dijo Mary, asomando la cabeza por el ventanal—. ¿Qué deseas, pequeña?

La muchachita juntó las manos ante la boca, anunciando quedito:

—El primo de Cora se está paseando por la calle. Míralo.

Un brusco sobresalto, y la reacción llegó pronta.

Comprendió todo el asunto de una forma harto rápida para ella, que todas las tenía presentes. Rio burlonamente, y no sintió rencor hacia Pedro. Ellos lo querían así; ¿por qué no seguir la broma, si lo preferían?

Volvióse hacia dentro, y no dijo nada. El juego, seguro que iba a resultar maravilloso.

Continuó preparándose ante el espejo. Y después de peinar cuidadosamente los cabellos, pintar un poquito los labios, y arreglar las cejas y pestañas, salió seguida de Ura, que no se cansaba de contemplarla porque en realidad, Mary era maravillosa.

Lo vio venir a su lado tan pronto aparecieron en el umbral.

Mary vio en la faz viril un gesto de desencanto que atribuyó a la presencia de Ura, ya que debía de resultarle inoportuna. Le pareció que era un triunfo más sobre él; pero lo que ignoraba era que Santiago se sentía el hombre más feliz del mundo pudiendo comprobar que Mary no contaba ir sola al cine con Pedro. Eso no lo supo Mary; solo pensó que Ura iba a saludar al hombre que ella acababa de presentarle, ignorando que no era el mismo de quien le

había hablado.

Santiago esperaba un reproche, una ironía o una burla de la boca bonitísima de Mary, pero se equivocó. Claro que a fuerza de conocerla sabía más que sobradamente que «la procesión andaba por dentro» y que no todo iba a quedar así.

—¿A dónde queréis ir? —preguntó galante, colocándose en medio de ambas—. Para ir al cine, está esto muy caluroso. ¿Qué dices tú, Mary?

—Lo que queráis.

—¿Os parece bien ir a bailar un rato al «Continental»?

—Bien.

Y los tres, uno al lado del otro, subieron al tranvía que los condujo a Gijón.

* * *

No fue el «Continental» el punto de partida aquella tarde.

Decidieron pasar las horas bailando en un merendero de Somió, donde una buena orquesta ofrecía un agradable atractivo.

Nuestros amigos fueron directos a una mesa apartada, ante la cual se sentaron. Mary ocupó un lado, cara a la pista; Santiago y Ura, juntos, frente a ella.

Mary se sentía molesta y desbancada. Y no eran los coqueteos de Ura con Santi, quien se prestaba encantado al peligroso juego, los que producían en su ser el desasosiego que la embargaba. Era que algo existía dentro de ella que no le permitía razonar con la serenidad deseada.

—¿Cómo no ha venido Cora? —preguntó Santiago, buscando los ojos de Mary; que no se le hurtaron, sino que, por el contrario, le miraron como si gozara haciéndole sufrir con el rutilante reflejo de su hermosura—. Hace días que no la veo.

—Yo, igual.

—¿Habéis tenido algo?

Mary arqueó una ceja.

—¡Qué preguntas tienes! Cora y yo somos buenas amigas.

—Me alegro.

—Sería igual si no te alegrara —replicó con burla.

Santiago se encogió de hombros, y como si anhelara

imperiosamente hacerle daño, lastimando su fina sensibilidad de mujer, dijo volviéndose a Ura:

—Si no fuera por no dejar a Mary sola, hubiéramos ido a bailar.

Los dientes de Mary claváronse con rudeza en los sensuales labios, casi hasta hacerse sangre. Era una humillación que a duras penas si podía soportar. Irguió el busto, y repuso con aquella altivez que atraía en ella de una forma irresistible:

—Puedes ir. Yo bailaré con ese muchacho que se acerca. Somos buenos amigos, y viene por mí.

Santiago se envaró.

—No lo hagas —pidió a su pesar, con más ansiedad que rabia.

—¿Por qué no?

—Nos quedamos nosotros.

—No es preciso que te molestes —respondió burlona. Luego, aproximándose mucho a él, añadió quedito, con una voz suave y dulzona que por sí sola enloquecía—: Di después que no te intereso.

—¿Y si mintiera?

—Ya lo has hecho.

—¡Mary! —exclamó roncamente, rogando con los ojos que tuviera compasión de él.

Pero Mary, firme en su propósito, salió al encuentro de Mike. Eran antiguos amigos. Habían estudiado juntos en el Instituto Jovellanos, de Gijón, y aún conservaban algo de aquella buena camaradería que los había unido en los lejanos tiempos.

—Hola, Mike. ¿Quieres que bailemos? —sonrió, estrechando la mano del muchacho.

—A eso venía.

Antes de que pudiera alejarse, Santiago se inclinó hacia ella, pidiendo con voz queda y alterada:

—¡No vayas!

Volviéndose a medias y clavando en la faz varonil sus ojos chispeantes y enloquecedores en aquel momento, en que estaba disfrutando del desquite, Mary susurró:

—¿Me lo exiges?

—Te lo ruego.

Sonrió burlonamente, alejándose unos pasos.

—Hasta luego, Ura —dijo—. Voy a bailar con Mike. A las nueve, nos encontraremos aquí de nuevo.

El marino intentó dar un paso en pos de ella, pero la mano de Ura le contuvo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó, cuando le tuvo de nuevo a su lado—. Mary es así; jamás lograrás hacerla cambiar de opinión, si ella no lo desea. Ahora es feliz, bailando con ese muchacho.

—Pero yo no.

—¿La quieres?

Reaccionó con presteza. ¿Dejarse dominar así por una corriente pasional, la misma que había destrozado su juventud, convirtiéndole en algo despreciable? ¡Jamás! Que saliera y entrara y se dejara estrechar por todos los brazos. A él, le tenía sin cuidado.

—No. ¿Por qué había de quererla de otra forma que a ti? —las mujeres para mí, son amigas del alma, pero nada más— terminó, en tono burlón.

—Siendo así, no merece la pena excitarse.

—¿Me excito yo?

—Un poquito.

—No me digas que Mary te es indiferente.

—Pues lo es.

—Si pretendes que lo crea, lo haré. ¿Por qué no?

¡Sintió una rabia…! Todos notaban lo que le sucedía, ¡todos!; los mismos adoquines de la calle debían de reír de su tonto amor hacia aquella muchacha de corazón de hielo y sonrisa de escarcha. Todo era igual en ella. ¿El hielo y la escarcha no eran una misma cosa? ¡Claro que sí! ¡Maldita su estampa, que no había tenido la entereza suficiente para estrujar el corazón hasta dejarlo convertido en un guiñapo insensible, librándolo de aquella lucha desencadenada que tanto y tanto estaba dañando su voluntad de hombre!

Transcurrió la tarde lenta, agotadora. Hizo lo posible por atender a Ura, la muchachita morena de ojos negros y sonrisa franca, que tan bien lo estaba comprendiendo, pero le era penoso representar un papel que no cuadraba a su temperamento, teniendo ante sus ojos la visión de ensueño que los brazos de otro hombre cercaba con más o menos apasionamiento. No pudo dominarse por más tiempo.

—¿No crees que es hora de marchar? —preguntó, queriendo ser cortés, aunque apenas lo lograba.

Ura sonrió tenuemente, poniéndose en pie.

—Vamos, entonces. Mary está allí.

Y, señalaba la pista, donde un grupo de muchachas con ella a la cabeza, reían y charlaban alegremente.

El rostro de Santiago era como una máscara impenetrable; pero Mary, que lo conocía bien, supo que una hoguera ardía dentro del cuerpo fuerte del marino orgulloso que hacía despertar en su corazón algo que viniera muerto de Madrid.

—Hemos de marchar, Mary —dijo, aproximándose.

Mary tuvo intención de contestar, que, desde luego, pensaba marchar, pero no con él, aunque se contuvo a tiempo por tener los ojos de Ura clavados en los suyos, como diciéndole: «¡Sé prudente!…».

Despidióse de los amigos, y emparejó con ellos tomando la dirección de la calle. Hasta haber llegado a la parada del tranvía, no abrió la boca. Sabía los ojos de Santiago fijos en su figura, y se sentía complacida, porque no ignoraba el sufrimiento que aquella tarde le había hecho pasar. ¿Qué si ella se había divertido? ¡Bah! No merecía la pena recordarlo. Sabía tan solo que dentro de su cuerpo había sentido una extraña desazón, y que su lengua se había cansado de moverse.

—¿Os habéis divertido? —preguntó, sentándose enfrente de ellos y mirándolos oblicuamente, con aquel gesto tan suyo que la hacía más atractiva.

—Mucho —repuso Ura, guiñándole un ojo.

—¿Tú, Santi?

Este la miró ceñudo.

—Viendo el espectáculo que tú ofrecías, no.

—¿Qué yo ofrecía espectáculo? No lo recuerdo. Me comporté como siempre.

—Por eso nunca dejas de ser una…

—Termina —musito bajísimo, pero con tanta intensidad que ambos la miraron intimidados.

—Coqueta.

Mary rio burlonamente, casi hasta que se le salieron las lágrimas.

Y cuando ya ambas, en su habitación, se hallaban dispuestas a acostarse, dijo Mary, con entonación indefinible:

—¿Qué piensas de lo que dijo Santiago? ¿Crees que, en realidad,

soy una coqueta?

—No. Se nota que Santiago estaba dolido por algo. Mary se sentó en la cama, y miró dulcemente el rostro de su amiga.

—Cuando te hablé de que acapararas al marino que había de acompañarme al cine, no me refería a Santiago.

—¿Qué dices?

—Era Pedro, el amigo de Santi, a quien yo esperaba.

—Ya.

—Hace cuatro años, antes de marchar yo a Madrid, Santi era un piloto simpático y dicharachero, a quien quise conquistar. —Miró ante sí con más pena que rabia, y añadió más quedo—: Lo conseguí. Se enamoró de mí, y cuando, mis hermanos me plantearon el viaje, tuve que hacer de mi corazón un trocito de hielo, y largarme con viento fresco a otra parte. A mi vuelta, lo encuentro de nuevo, pero en un plan que me desagrada, ya que se hallaba dispuesto a vengarse del daño que asegura le hice en otro tiempo. Cuando hoy lo vi llegar, comprendí que Pedro le había cedido el puesto; lo que ignoro, es el objeto con que lo hizo.

—¿No le amas tú?

Mary negó suavemente.

—Creí estar enamorada de un espejismo ilusorio. Me hallo exhausta, sin ningún deseo de comenzar a luchar de nuevo.

—¿De verdad lo crees así?

—Es lo lógico. Creí estar enamorada… De aquel amor no recogí más que amargura. Si de nuevo vuelvo a luchar, ¿quién me dice que no sea el retorno a la desgracia? Déjame así, soy feliz.

—¿Hasta cuándo?

—Eso es lo peor; que presiento que necesito, para continuar viviendo, mucho cariño, mucho; ¡tanto, tanto…!

Y después se tendió en la cama con voluptuoso gesto, ansiando mecerse en los brazos de Morfeo. Ura supo que no dormía, pero nada dijo.

Capítulo 6

Transcurrieron muchos días antes que Mary tornara a ver a Santiago.

—¿Se ha ido Cora? —preguntó aquella tarde a Lucy, cuando esta pasó por su casa con objeto le saber lo que le sucedía, ya que llevaba muchos días sin pasar por el Natahoyo—. Hace más de una semana que no la veo.

Lucy se sentó a su lado en el borde del lecho, donde Mary se había dejado caer con desgana. Se le notaba en la expresión de los ojos que algo deseaba preguntar, aunque por motivos que Mary ignoraba, no terminaba de hablar.

Conformóse con observarla detenidamente, como si en las pupilas de su mejor amiga esperara descubrir lo que deseaba.

—Cora se pasa los días leyendo —dijo al fin, con in diferencia—. Es muy rara.

—¿Tu prima?

Asintió en silencio.

Mary guio los ojos a un punto indefinido.

Se le notaba triste e inquieta, como si algo la atormentara desde muy hondo. Tenía en el fondo de las pupilas delatoras una sombra de melancolía que a duras penas si podía ocultar, y la boca linda, fresca y seductora, se apretaba duramente, crispada con rabia en las comisuras.

¿Qué tenía? ¿Qué pensaba?, se preguntaba Lucy, con pesar, aunque no podía adivinar todas las luchas sicológicas que se

desarrollaban dentro de aquella alma que vivía para sí una existencia dura, fuerte, terrible, porque no hallaba en quien desahogar las sensaciones o sentimientos que la sacudían.

—Cora me gusta; es cariñosa y buena —declaró Mary al fin, como quien dice una cosa que no siente, pero que desea decir para dar una respuesta—. He tenido con ella ciertas conversaciones que me sirvieron para hacer el análisis…

—¿Y fue?

Se incorporó un tanto, y contempló a Lucy con cariño.

—No merece la pena hablar de ello. Solo sé, que, a su lado, pasé ratos entretenidos, y que me gustó su compañía.

—¿Y la de Santiago? —preguntó Lucy, de pronto.

La vuelta de Mary fue rápida, brusca; diríase que esperaba la pregunta desde el momento en que la vio llegar.

Cuando sus ojos se hubieron encontrado, ambas sonrieron.

—¿Te extraña mi pregunta?

Mary negó.

—La esperaba —respondió dulcemente.

—¿Y qué me dices?

—No lo sé. Es un buen chico, aunque bastante orgulloso.

—Yo le quiero mucho, y sentiría que te portaras mal con él.

—¿Es ese el concepto que de mí tienes formado?

—Bien sabes que no. Pero recuerdo que antes… Además, sé lo que has sufrido, y temo que hagas pagar a los demás lo que no te hicieron.

—Si supieras, Lucy, el ansia que siento de ser feliz.

—Pues procura serlo.

—¿Crees que, a estas alturas, lo podré conseguir?

—¿Por qué no? Estás sugestionada por una idea que, durante mucho tiempo, fue tu obsesión. Ella te robó la tranquilidad y sosiego. Hoy de nuevo te hallas en el Gijón que hace cuatro años representaba para ti lo mejor del mundo. Estoy segura de que en él encontrarás la felicidad que ambicionas.

—Muchas veces, cuando me dedico a pensar en mi vida vacía, me digo que ya no ambiciono nada que no sea morir, descansar, gozar de la tranquilidad eterna de una vez y para siempre; cesar en las luchas, matar todo deseo y conformarme con aquello que Dios quiera proporcionarme…

—Eso se piensa cuando se siente uno viejo; aún no estás tú en tal caso.

—Me considero la más anciana del mundo.

—¡No digas disparates!

Mary no pudo contener por más tiempo el imperioso deseo que sentía de llorar, llorar mucho; tanto, tanto, que le hubiera gustado morir, desahogándose de aquella manera, surcado el rostro de llanto, la boca apretada, temblorosa como la de una criatura, y los ojos fijos en el rostro de Lucy, que, como el suyo, se mostraba crispado en una mueca dolor.

—No llores más —pidió Lucy tiernamente, rozando con sus dedos la cara húmeda de Mary—. Cierto que necesitas hacerlo, pero ya está bien. Anda, vístete y ven con nosotros a ver la película del «Cristina».

Negó. Ella necesitaba pasar toda aquella tarde en casa. Sola, encadenada con rabia a los mil pensamientos que la torturaban, viéndose pequeñita e insignificante entre aquellas cuatro paredes tapizadas…

—Te pasará la morriña.

No era morriña. Lo que sentía en el alma, no era lo que Lucy suponía. Aquello que sucedía dentro de ella había de experimentarlo cualquier mujer que tuviera algo de sensibilidad; ¡y ella era tan sensible, tan sumamente sensible, que todo la conmovía, todo le hacía daño, y la mayor insignificancia la hubiera hecho vibrar, pero vibrar de una forma que no suele ser igual en todos los seres…!

Cuando Lucy se marchó, salió a la calle después de dejar transcurrir unos minutos, durante los cuales se cercioró de que le era de todo punto imposible permanecer en el hogar sola y deprimida.

Aquella brisa fresca, la dulzura de la tarde que moría, y la misma soledad de su alma, fueron lenitivos que le hicieron mucho bien.

Vestía una faldita a cuadros gris y blancos, la blusa de un tono entre crema y amarillo, y la melena suelta, flotando como cascada, luciendo una vez más el brillo rojo de los reflejos magnéticos.

¡Qué bella estaba! Parecía que el mismo mar, que a lo lejos refulgía, contemplaba con arrobo su figura estilizada, que se

recortaba sobre el fondo de púrpura del horizonte, hermoso marco para su silueta esbelta y cimbreante.

—Me parece imposible que un alma insensible sepa soñar…

¡Aquella voz de inflexiones broncas…! ¡Aquel timbre que nunca, pese a todo lo aparentado, dejara de olvidar en los años de lucha…! ¿Por qué había venido? ¿Por qué se atrevía a interrumpir su coloquio con la tardé?

Volvióse brusca, y toda la luz que irradiaba de las pupilas maravillosas, dio de lleno en el rostro viril de Santiago, cuya boca de trazo duro tuvo que apretarse para contener el ansia que le atormentaba de estrecharla en sus brazos y beber de aquellos labios húmedos toda la locura que le prometían los ojos que ahora parecían reflejar burla, cruda ironía.

—¿Por qué has venido? Muchas veces pienso que Coroña es mía, pero ya veo como una vez más me equivoqué.

Santiago emitió una risita silbante.

—Bajaba en el tranvía cuando te vi cruzar la calle, y quise saber a dónde ibas; por eso me apeé en marcha.

—¡Si te hubieras matado!

Se le aproximó mucho:

—¿Lo deseabas? ¿Nunca me recordarías con un poco de nostalgia?

—¿Y si fuera así?

—Hubiera muerto gustoso.

—Pues no mueras, Santiago —replicó con rudeza, solo con objeto de herirlo una vez más.

Se había sentado en el prado, con la cara vuelta al mar, y perdida la mirada en el Musel, donde las lucecitas de los barcos comenzaban a poner una nota de alegría en la noche que llegaba callada y misteriosa. Él se sentó a su lado e inclinó la morena cabeza hasta rozar el oído chiquito que despedía un perfume tan personal que siempre lo embriagaba.

—No te creo, Mary. Algún día pensarías en este pobre marino que aprendió a soñar mirándose en tus ojos.

—Tú no sabes soñar.

—Si supieras cuánto y de qué forma… Y siempre que sueño —añadió bajísimo, con voz ronca a fuerza de contener la emoción— te asocio a mí. Pienso, Mary, en los momentos felicísimos que te

hubiera hecho vivir en mi compañía; en lo que sería navegar por todos los mares, contigo en aquel camarote que yo haría un nido de amor para los dos.

Suspiró hondo, como si la emoción lo embargara, como si todo su ser fuera en las palabras que acababa de susurrar, y ella no las comprendiera.

Era que la noche los volvía locos, porque Mary, sin poder contener por más tiempo su anhelo, aquel anhelo que durante toda la tarde había tenido sin definir, alargó las manos y apretó con ansia las finas y largas que se crisparon entre las suyas.

—¡Calla! —pidió con tenue voz—. No me hables así que me haces daño. Nada de eso ha sido hecho para mí. No sabría ser lo feliz que tú hubieras querido, y además, y esto es lo peor tú no me quieres; no puedes quererme.

Y él, que tenía a flor de piel el alma que nunca había dejado de ser de ella, la cogió entre sus brazos, apretándola con desesperación contra su pecho fuerte y ancho, dejándola hecha un ovillo muy oprimida contra el corazón que parecía salirse del cuerpo.

—No te voy a decir cómo te quiero, porque no sabría —susurró con voz entrecortada, bronca, viril como nunca, una voz que llegó directa al alma femenina, fundiéndola en transportes de inmensa ternura—. Esto solo puedo demostrártelo, y tú me dejarás.

Y ella, que se sentía pequeñita, pero intensamente feliz entre aquellos brazos, no tuvo fuerzas para negarse a la caricia que sabía iba a llegar.

La noche descendía sobre la tierra y el mar, y fue llegando dulce, tibia, silenciosa, adormeciéndolos tiernamente, uno muy cerca del otro.

—¡Mary! —susurró, acercando su rostro hasta rozar la epidermis blanca con sus labios ardorosos—. ¡Eres divina!

Ella aspiró con fuerza, como si contuviera el deseo imperioso de apretarse más contra el cuerpo vigoroso y pedir por Dios que no la tuviera más así, y besara de una vez su boca, que temblaba apasionadamente, esperando la caricia que anhelaba con toda su alma, como no la había deseado jamás.

Los ojos de Santiago, fulgurantes, se hincaron con avaricia en las pupilas rutilantes. Inclinó más la cabeza, pero cuando ya Mary buscaba el contacto de la boca varonil, esta se apartó brusca, al

tiempo de murmurar roncamente:

—Lo deseo con toda mi alma, Mary; más que con el alma, con todos los sentidos y la sangre, pero no quiero ser un nuevo juguete para ti, y me alejo haciendo una vez más gala de mi hombría.

Mary sintió cómo el rostro se le cubría de palidez mortal, para luego tornarse lívido; aquello era algo más de lo que podía soportar su orgullo de mujer. Alzóse airada. Lo miró de arriba abajo, diciendo con los dientes apretados:

—Ya debía de suponer hasta dónde llega tu villanía.

Dio media vuelta y enfiló el sendero que le llevaba a su casa, esperando aún que la voz bronca pronunciara su nombre, pero no fue así.

Santiago apretó las sienes con ambas manos, y permaneció así por espacio de muchas horas; ni él mismo supo cuántas.

* * *

Fueron muchas las horas que permaneció tendida en el lecho con los ojos puestos en el cielo raso, las manos crispadas sobre el pecho, y en la boca la mueca de amargura y desencanto que rara vez se apartaba de las comisuras…

¿Pensar de nuevo? ¿Tornar al sufrimiento que restaba fuerzas al cuerpo y tranquilidad al espíritu? ¡No, no! Si tenía que ser así, que la dejaran morir allí mismo, tendida en el lecho que tan bien sabía de sus desesperanzas.

No podría perdonarle nunca, ¡nunca! Santiago había sido bajo y mezquino…

¡Qué pena y desilusión! Mas ¿por qué hablar de desilusión, si en realidad jamás había estado ilusiónala con Santi? ¿Qué sentía ella por el marino? Para ser sincera consigo misma, había de confesarse que lo ignoraba, porque no deseaba analizar el fondo de las cosas ni su significado; una vez que lo había hecho, solo experimentó desasosiego y amargura.

Revolvióse inquieta en el lecho. La noche había transcurrido lenta y agobiante, dejando en su corazón aquella pesadilla que era dolor y rabia a la vez; una rabia sorda que se agitaba dentro, produciéndole aquel malestar que hería su amor propio de mujer produciéndole un dolor agudo y punzante…

Vio llegar la madrugada sin haber pegado los párpados. Tenía los ojos muy abiertos cuando la luz del día apareció, tímida primero y audaz después, por la pequeña rendija de la ventana. No esperó más. Necesitaba aire, soy y mar; todo, menos la congoja que la atenazaba, destrozando su alma de un modo atroz, inimaginable…

Recordó el momento en que los labios de Santiago se hallaban muy próximos a su boca. ¿Qué sensación experimentó? Lo ignoraba; solo sabía que deseó el beso con ansia loca, y que cuando él se lo negó sintió el impulso vehemente de abofetear el rostro rasurado y descargar en él su venganza, la pequeña venganza que supone una mano de mujer cruzando la cara del desvergonzado. ¿Pero Santiago, había sido nunca un desvergonzado? ¡Jamás! Aquella noche se había comportado así porque estaba resentido, y ella, quisiera o no, había de reconocer que merecía el desplante por haber lastimado la sensibilidad del hombre.

Tiróse del lecho y procedió a su arreglo personal. Vistió una faldita de hilo, y una torera sobre la blusita blanca; pintó los labios, y se fue al encuentro de su hermana, que se hallaba en el jardín con su hija Marité.

—¿A dónde vas? —preguntó aquella cuando la vio llegar.

—A la playa de San Lorenzo.

Su hermana la miró fijamente.

—¿No vas a Coroña?

—No; deseo bañarme en un lugar donde haya mucha gente. Estoy harta de soledad.

—Parece que has pasado mala noche.

—¿Por qué lo dices? Dormí bien —afirmó, volviendo el rostro para que Mary no notara su expresión de cansancio.

—Eres tan particular, que no insisto, aunque déjame decirte que sigo pensando que algo te atormenta. ¡Si fueras sincera, cuánto más te valdría…!

—No empieces ya, que no me pasa nada. Estoy como siempre. Tal vez cansada, sí lo esté. ¡Hasta luego, hermana! —gritó, queriendo parecer alegre, al tiempo del alcanzar la bolsa de baño.

* * *

Iba pensativa y malhumorada. Se le veía en la boca el gesto

altanero que la caracterizaba, y en los ojos había la sombra inconfundible que delataba hastío y dolor.

Paseaba sola en dirección al Piles, donde esperaba hallar la tranquilidad en el agua que se extendía no muy lejos de ella. Miraba vagamente la arena húmeda que representaba un sedante para sus nervios, y cuando hubo bajado hasta ella, se hundió con placer en sus granos diminutos, buscando su frescura que tanto bien le hacía.

Lo sucedido la noche anterior había alterado su cuerpo y su espíritu, produciendo en todo su ser aquel desasosiego que la atormentaba. ¿Qué reacción sería la suya cuando se viera de nuevo ante Santiago? No podía predecírselo, pero solo el recuerdo agitaba intensamente su alma, y su corazón parecía cesar en sus latidos.

Boca abajo estuvo mucho rato. No se preocupaba de quién la rodeaba, ni le importaba que muchos ojos varoniles permanecieran fijos en su figura, que, tendida sobre la rutilante arena, parecía más bella y tentadora que nunca.

—Te esperé ayer —dijo una voz de mujer, a su espalda—, y como no acudiste, pensé que habías cogido el tren para Madrid.

Se volvió un poquito, sonriendo a Lauri, una muchacha rubia, de rostro blanco y vulgar. Era su amiga, su compañera de estudios, cuando ambas practicaban la taquigrafía en Sanchís, el centro donde se adiestraban todas aquellas bellas muchachas que se disponían a enfrentarse con la vida, para sacar de ella el mejor partido posible, aunque, la mayoría de las veces, al chocar con imprevistos escollos, sufrían un rotundo fracaso.

—Hola, Lauri. No pude, ¿sabes? Me fue de todo punto imposible bajar a Gijón.

—Fuimos a «Somió Parque», y lo pasamos a base de bien.

—Me alegro.

—¿No nos envidias?

Mary se sentó en la arena, sonriendo a medias.

—La verdad es que no. Hace tiempo que dejé de envidiar a nadie. Soy feliz, viviendo aburrida.

—Madrid te ha cambiado —dijo la otra, no dando demasiada importancia a lo que consideraba una nueva extravagancia de su genial amiga—. ¿Cuándo marchas otra vez?

—Pienso quedarme aquí, si es que encuentro colocación.

—¿De veras? No sabes cuánto me alegro. ¿Te quedas a comer

hoy en mi casa?

Se resistió un poquito, pero al fin accedió. La mañana transcurrió velozmente. Le gustaba la compañía de aquella muchacha sencilla.

Cuando a las seis de la tarde se vio de nuevo ante el umbral de su casa, se dijo que otra vez comenzaba el martirio de pensar en sus íntimos problemas. ¿Por qué no podría pasar toda la vida entretenida, para, olvidar la amargura de su existencia?

—Cora te llamó por teléfono —manifestó su hermana, nada más verla llegar—. Le dije que te quedabas a comer en casa de una amiga.

—¿Qué quería? —preguntó con desgana.

—Al parecer, el barco de su primo zarpa esta noche, y ofrecen allí una merienda a los amigos, en los que estás incluida tú.

El corazón le dio un vuelco. Ahora lamentaba haberse quedado en Gijón. Todo el plan se iba a venir abajo, y ella precisaba imperiosamente vengar la humillación que le habían inferido.

Enderezó el cuerpo, como si ya lo tuviera ante ella, y se dispusiera a tomar cumplido desquite. Sintió deseos de echar a correr para llegar al buque inmediatamente, pero se contuvo, pensando que de hacerlo así, toda su personalidad caería por tierra.

—He de ir aún —dijo, como hablando consigo misma—. ¿Ha dicho si me esperaban?

—Dijo que esperaban por ti, pero ya en el barco.

Dio la vuelta sin más explicaciones, guiando los pasos a su cuarto, donde procedió a componerse de tal forma, que, cuando llegó de nuevo al lado de su hermana, esta dijo, medio en broma, medio en serio:

—¿Vas en plan de conquista?

—Voy, eso es todo.

Pisó la calzada con altivez. Iba dispuesta a salir victoriosa de la empresa a realizar, y solo el hecho de ser mujer le daba fuerzas suficientes para enfrentarse con el mundo entero, cuanto más con Santiago, que era solo un hombre y se hallaba enamorado, aunque hiciera lo posible por ocultar sus sentimientos.

Detenida ante la parada del tranvía permaneció varios minutos, hasta que a su lado se detuvo un soberbio «haiga», por la portezuela del cual asomó una cabeza de hombre de rostro alegre y viril.

—¡Mary! —llamó complacido—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

La joven adelantó unos pasos, extendiendo la mano, que él estrechó apasionado, disimulando muy mal el sentimiento que Mary le inspiraba.

—Raúl, cielo; ¿qué haces por estas tierras?

—Vengo en tu busca.

—¡Mentiroso! —murmuró zalamera, hurtándole la mano que el muchacho estrechaba con demasiada vehemencia—. No puedo creerte, porque tienes una cara de guasa de miedo.

—Pues digo la verdad. ¿A dónde te encaminas tan linda?

—Al Musel. Voy a un convite que ofrece el capitán del «Norte».

—¡Qué suerte tengo, Mary!

—No me explico por qué.

—Yo también voy hacia el Musel, y te puedo llevar; si es que no desprecias mi compañía, como has hecho otras veces.

—Esta vez te permito que me digas todas las barbaridades que quieras, con la condición de que no dejes de ser correcto.

—¡Lo juro! —prometió sonriente, con expresión irónica.

Subió a su lado. El auto emprendió raudo la marcha, perdiéndose en dirección recta.

Eran buenos amigos. Mary tenía muchos como Raúl, porque no ignoraba la forma de blandir la cuerda de la vida. Jamás dejaba de sonreír y alentar, aunque después hiciera una de las suyas mandándolos a paseo, cuando advertía que se ponían demasiado pesados. Era bonita, y eso bastaba para granjearse simpatías que otras, menos favorecidas que ella por la madre Naturaleza, no podrían conseguir jamás, por sentirse quizá inferiores, aunque no lo fueran. Ella era diferente. No ignoraba su propio valer como mujer y como persona, y eso era suficiente para colocarse siempre al nivel de las mejores…

* * *

Acodado en la borda, con la vista fija en el muelle y el pensamiento puesto en la mujer que tantos quebraderos de cabeza le estaba ocasionando, permanecía quieto, extático; las manos hundidas en el pantalón azul, la gorra calada hasta los ojos, y el cigarrillo en los labios que se plegaban amargamente.

Recordaba la noche anterior como una pesadilla molesta. Sabía que había obrado mal, pero no se disculpaba. Tal vez si se viera de nuevo en análoga situación, hubiera hecho lo mismo. Solo sentía, y eso era lo que le dolía, el no haber gozado el momento que le proporcionaba la noche, ella, y la inconsciencia de ambos. Pero ya que no había podido ser, conformábase con esperar la llegada de sus primas, con quienes esperaba ver llegar la silueta grácil de Mary…, la chiquilla que lo volvía loco y en quien no podía, en forma alguna, dejar de pensar aunque se lo propusiera.

Aún transcurrieron varios minutos antes que Cora, Lucy y Chon, con sus novios aparecieran en las gradas del muelle. Sintió como un estremecimiento lo recorría todo, pero se dominó con un esfuerzo y salió a su encuentro.

Preguntó por ella. Necesitaba hacerlo, porque de otra forma la hubiera ahogado la impotencia.

—¿Cómo no ha venido vuestra amiga? —interrogó, cuando las tuvo a todas en cubierta, ya reunidos con los demás oficiales, quienes cambiaron una mirada de inteligencia.

—No está en casa —repuso Cora—. Comió en Gijón; pero su hermana se encargará de decirla, tan pronto la vea, que se reúna con nosotros.

Nadie hizo más comentarios, pero no ignoraban que el joven capitán se hallaba inquieto y malhumorado aunque trataba de disimular la impresión que la falta de ella le ocasionaba.

Algunas horas después, ya todos unidos en grupo en cubierta, sentados ante las mesitas bien repletas de copas de champaña, vieron detenerse ante el barco el elegante vehículo de Raúl Masota, quien se apeó ofreciendo galantemente la mano a una Mary gentil y radiante de hermosura, cuyos ojos, antes de clavarse en la cubierta del «Norte», miraron agradecidos y zalameros los chispeantes de Raúl, que, emocionado, no acertaba a explicarse por qué Mary se hallaba tan amable aquella tarde, cuando otras veces se limitaba a saludarlo de lejos y fríamente.

Santiago viola subir por la pasarela, y un estremecimiento lo sacudió, mientras salía a su encuentro, esperando encontrar unos ojos fríos y serios que lo mirarían con rencor, pero no fue así: la elegante Mary le ofreció la mano para que se la estrechara con todo el calor que le apeteciera, y le sonrió alegremente, al tiempo de

exclamar con aquella soltura que todos admiraban:

—¡Cuánto siento haber sido la última, querido capitán! Nunca me perdonaré el haberme hecho esperar —terminó, ya a su lado y con la mano fina y suave presa en las de él, que la apretaban con extremo nerviosismo.

Después, como si ya todo quedara así solucionado, y le tuviera sin cuidado la presencia de él, volvióse a los demás, saludando atentamente a todos los presentes.

Había varios oficiales de marina, las primas de Cora, esta y los novios de Chon y Lucy, además del capitán y los oficiales del «Norte».

Observando su gentileza, la armonía de sus líneas esculturales y la sonrisa de los labios de rosa, Santiago se sintió más pequeño que nunca a su lado, más pequeño y mezquino, mucho más insignificante que cualquiera de todos los seres infelices que pueblan el planeta.

Durante la merienda que tuvo lugar en la regia cámara del buque, trató de buscar las pupilas rutilantes que no pudo hallar en forma alguna, porque se posaban obstinadas en el rostro resplandeciente del segundo oficial de a bordo un chico inteligente y educado que dio muestras de sentirse atraído por Mary nada más pisar esta la cubierta.

Cuando la merienda hubo tocado a su fin, y todos se reunieron en el salón para bailar un rato al son de la radio. Santiago tuvo que seguir sin remedio el impulso de las piernas e ir a su lado, tratando de arrebatársela al segundo, cuyos ojos se clavaban apasionadamente en la faz de Mary, que se sentía más coqueta que nunca, sabedora de que con su actitud lastimaba al hombre que la noche anterior no dudara en humillar su amor propio de mujer.

—¿Me concedes este baile. Mary?

La muchacha lo miró oblicuamente, reflejando en sus ojos una indiferencia tan absoluta, que hacía daño.

—Claro que sí, querido —rio alegremente—. Confío, Juan, que me perdonarás un momento —añadió, mirándolo de una forma que los puso nerviosos a los dos: a Santiago, porque la parecía demasiado frívolo y atrevido el gesto; a Juan, porque cada segundo transcurrido, más y más le gustaba aquella muchacha de cuerpo esbelto y sonrisa zalamera.

—Te espero, Mary —dijo atragantado, sin dejar de contemplarla con arrobo.

Luego, ella dejóse enlazar por los brazos del gallardo marino, sintiéndose un tanto nerviosa dentro de aquel cerco brevísimo que la apretaba apasionadamente contra el pecho atlético.

—¿Quién era el hombre que te acompañó hasta el barco? —preguntó brusco, con voz queda, pero tan fría y cortante que Mary se sintió más irritada y ofendida que nunca, aunque, una vez más, defendiendo su orgullo y dignidad de mujer, mordió la réplica aguda, conformándose con acogerlo con burla e indiferencia.

—Mi futuro esposo.

Sintió cómo el cuerpo del marino se revolvía inquieto, y cómo la mano se le crispaba en la cintura.

—Tu marido, si es que te casas algún día, seré yo.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy, Mary; tengo que estarlo, porque si te supiera de otro, os mataba a los dos.

—¡Qué instintos!

La oprimió desesperadamente.

—No me irrites, querida —pidió suplicante, acercando mucho su boca al oído femenino—. Estoy loco por ti, y tú no lo ignoras.

—Eres demasiado apasionado, y a mí no me gusta que los hombres sean así. Además, ignoro que me quieras…

—¡Lo sabes!

—Tú no me lo has dicho.

Y la muy coqueta apartaba un poquito la cabeza, para que toda la luz que irradiaba de sus ojos fulgurantes, diera de lleno en las pupilas negras, que parecían despedir reflejos magnéticos.

—¡Mary! —suplicó de nuevo, ya sin poder contener el apasionamiento que encendía su sangre—. Ten compasión de mí.

—Si eres fuerte, si eres poderoso, si de ti no puede compadecerse nadie, porque eres superior a todos los Seres…

Lo decía con los dientes apretados, mordiendo las sílabas; él comprendía el sentido que daba a las palabras y como nunca se sentía vejado a su lado.

—Eres…

—Una mujer extraordinaria. Tú lo has dicho.

La confundió con su cuerpo. Las palabras que silbantes salieron

de sus labios, aceleraron algo el latir del corazón de la muchacha, pero esta no demostró sobresalto alguno.

—Sí, eres maravillosa, eres divina, mujer coqueta, yo no te admiro ni te encuentro extraordinaria. Solo sé que me enloqueces, y que tienes que ser mía, por encima de todo.

Mary se estremeció violentamente, y, sin dar respuesta, se apartó de su lado, porque la pieza había concluido.

—No bailes con Juan —pidió él, siguiéndola y plantándose ante ella—. No quiero que bailes con ninguno. Ven conmigo a cubierta.

La joven hizo un leve encogimiento de hombros que podía significar mucho y nada a la vez, pero al fin lo siguió por gozarse de nuevo en el triunfo de saberse por encima de él.

Había cerrado la noche, y la luna parecía sonreír desde la bóveda de aquel firmamento que la imponía un poquito por hallarse salpicado de puntitos luminosos, cuyos reflejos le hacían ver la faz del hombre idealizada.

Habíanse acodado en la borda, con la cara vuelta al mar que plateaba ante ellos. Permanecían silenciosos, uno muy cerca del otro, sumido cada cual en sus pensamientos.

De pronto dijo él, inclinando la cabeza y buscando la mirada de aquellos ojos maravillosos:

—Te quiero, Mary; tanto, tanto, que más me parece imposible.

—Yo no te correspondo, Santiago; lo siento mucho, pero no eres mi ideal.

—¿Dónde está ese ideal? —preguntó con brusquedad—. ¿Es que tú también eres de esas niñas cursis que sueñan con un príncipe azul? El hombre no necesita ser el ideal forjado en las horas de ensueño de una mujer, porque le basta el simple hecho de ser hombre, saber querer y hacerse adorar. ¡Ideal! ¿Cuál es el ideal de una mujer? Un millonario, con canas y pocos prejuicios… Sois todas iguales, pero yo haré que tú te diferencies de todas, y seas como yo te deseo.

No pudo contener la pasión que se agitaba dentro. La cogió en sus brazos y, como la noche anterior, trató de buscar los labios sensuales, con la diferencia de que, entonces, aquellos se le entregaban, y hoy se negaron de una forma rápida y rotunda.

—¡Nunca, Santiago! ¡No me besarás jamás!

Un brusco movimiento; pasos que se alejaron, y Santiago se vio

solo en cubierta, con la boca apretada desesperadamente, y los ojos puestos donde ella había estado recostada.

Momentos después, los invitados y la oficialidad del «Norte», salían a cubierta.

Desde el lugar donde lo había dejado, oyó su voz despreocupada que preguntaba, como intrigada:

—¿Y Santiago? ¿Dónde está ese galante capitán que ahora nos abandona?

¡Qué rabia le dio! ¡Qué ansias homicidas le asaltaron, ante lo que consideraba una burla hiriente!

—Aquí estoy —dijo. Y en la voz firme no se apreciaba matiz alguno de sobresaltó ni altanería, ni siquiera rabia.

Los invitados ya comenzaban a descender por la pasarela, pero aún tuvo tiempo de estrechar las manos de las muchachas y sus compañeros; no así la de ella, que ya se hallaba de pie en el muelle, en compañía del segundo oficial.

—Adiós, Santiago —saludó, un tanto burlona—. Es pero que para el viaje que viene, vengas más civilizado.

No repuso nada. Solo advirtió, con indiferencia:

—No te marches, Juan, que dentro de una hora zarpamos.

El segundo se apresuró a volver a bordo.

Un último adiós, y los oficiales, con Juan a la cabeza, se quedaron de pie en cubierta, viendo como las muchachas cogían un taxi y se perdían en dirección a Gijón.

Momentos después, un auto avanzaba raudo en la misma dirección, pasando como una flecha al lado del taxi que conducía a nuestras amigas.

Y cuando Mary se vio ante el portal de su casa, sintió llena de pánico e impotencia que unos brazos viriles, los de Santiago, la cercaban apasionadamente, al tiempo que la boca viril buscaba con avaricia sus labios, poniendo en ellos un beso, que a fuerza de ser intenso y llegar toda el alma, resultaba doloroso y enloquecedor.

—¡No podía marchar sin llevarme algo tuyo! —sintió que susurraba la voz enronquecida de emoción.

Después, de nuevo se vio, sola en el portal mal iluminado, el cuerpo jadeante apoyado contra la pared, y los labios temblorosos, doloridos como si aún sintiera los de él adheridos a su boca.

—¡Dios mío! —musitó alterada, llevando los dedos fríos a los

labios que parecían arder—. ¿Por qué lo has hecho?

Como sonámbula ascendió lentamente por las escaleras, hasta perfilar su figura en el umbral.

—¿Qué te pasa? —preguntó su hermana, mirándola con fijeza—. Estás pálida.

Mary hizo un, esfuerzo, y sonrió.

—He bebido bastante, y me duele la cabeza.

—Cenando te pasará.

Negó, débilmente.

—La cama me sentará mejor. Voy a dormir.

Maru la dejó ir. Sabía que algo más sucedía, pero no hizo preguntas que consideraba inútiles, tratándose de Mary.

Capítulo 7

El recuerdo de aquel beso acompañó durante muchos días a nuestra protagonista, cuyo mal humor iba en aumento según los días transcurrían y el amor propio se sentía lastimado.

Una tarde, ocho después de haber zarpado el «Norte» del Musel, Mary visitó a sus amigas en el Natahoyo, deseando sobre todo que no hicieran preguntas que pudieran herirla. Cora la miró risueña, en el fondo un poquitín burlona, absteniéndose de hacer un solo comentario que consideraba inadecuado tratándose de aquella muchacha genial, que anteponía su propio criterio a todos los demás, aun cuando supiera que eran más acertados y lógicos.

—¡Cuánto tiempo sin verte, querida Mary! —saludó Lucy, besándola con infinito cariño—. Te aseguro que me hice el firme propósito de no preguntar por ti hasta tanto tú no aparecieras por casa.

—Eso es muy halagador para mí; ¿no te parece?

Cora, con aquella ironía que jamás dejaba de acompañarla, y que tanto descomponía a Mary, terció:

—Déjala, Lucy; Mary lo pasa mejor en Coroña, mirando las rocas desnudas y el mar ondulante.

—Te equivocas.

Cora sonrió enigmática.

—Pregúntale a María, la del sereno, y verás como no me equivoco.

Mary emitió una risita ahogada.

—¿Me ha visto ella? —preguntó, como al descuido.

—Sí. Cuando lleva a su vaca por aquellos prados, tiene tiempo de observar cómo la romántica Mary, tendida al sol, se entretiene en contemplar al hermoso panorama.

—¡Te estás burlando!

—Bien sabes que no.

Pero la media sonrisa que acompañaba a las palabras, le hizo mucho daño. ¿Por qué Cora la zahería de aquella manera? ¿Es que tenía contra ella algo que ignoraba?

Surgió una discusión violenta que Cora toleró pacientemente, hasta que Mary, saltando impulsiva, dijo algo que la molestó.

—Pienso, Cora, que mientras tú estés aquí, no volveré más.

—Entonces, me iré.

—Bueno.

Mary se puso en pie, con unos deseos terribles de abofetear la cara inexpresiva de aquella muchacha superficial.

—En mi vida he visto cara más dura —dijo, yendo hasta la puerta, acompañada por Lucy—. Tu prima es de lo más desesperante que conocí jamás.

—Es que no la trataste lo suficiente para saber como es.

—¿Te parece poco? Siempre que nos encontramos, terminamos riñendo.

—Puede que ella no tenga toda la culpa.

—¿Tú también me la defiendes? Antes no eras así.

—Estábamos en otras circunstancias.

De pronto, Mary hizo la pregunta que latía dentro desde hacía algún tiempo:

—¿No eres que Cora está enamorada de Santiago?

El rostro de Lucy se atirantó. Hizo un gesto vago, como de impotencia, al tiempo de abrir la puerta.

—No lo sé. Solo puedo decirte que Cora es buena, y que hay que saber comprenderla para aquilatar su valía.

—Pero tú sabes que se halla enamorada de su primo.

—Dime: ¿tú no?

—¡No!

—Lo has dicho demasiado fuerte.

Sintió una rabia sorda que le llegó al alma. ¿Por qué todos se empeñaban en molestarla? Ella tenía que hacer algo para

demostrarle que el amor de su vida no era Santiago, y que antes se casaría con un pordiosero, que con aquel marino atrevido que audazmente había cogido de sus labios lo que aún no quiso dar a nadie.

—Pues es así —repitió con los dientes apretados, y dejando asomar a sus ojos un reflejo acerado—. Santiago no es mi tipo ni lo será nunca.

—Aunque me lo demuestres, no lo creeré.

Mary dio media vuelta, pisando la calle.

Antes de marchar dijo bajito, y con una intensidad que asustó a Lucy:

—¡Te lo demostraré!

* * *

No contaba hacerlo así, pero lo hizo y no se sintió arrepentida. ¿Por qué tendría orgullo? ¿Por qué su amor propio sería tan extremadamente susceptible? ¡Aquella dignidad que entendía a su modo, llegaría, a perderla, a hacerla infeliz! Pero entretanto, continuaba esgrimiéndola, y siempre salía victoriosa.

Llamó por teléfono al «Saboya», preguntando por Raúl Masota, el hombre que iba a servirle de instrumento en aquella empresa que tal vez formara parte de su destino.

Cogió él el aparto, preguntando, ansioso, si lo había pensado mejor y deseaba que fuera a buscarla para dar un paseo hasta La Guía.

—Confieso que no tenía intención de salir de casa, pero al ver la tarde tan bonita, decidí llamarte para que me acompañases. ¿Te molesta?

Protestó apasionado.

—Si eres la única atracción para mí… Si he venido a Gijón pudiendo hallarme en San Sebastián, solo por estar a tu lado.

—Muy halagador. ¿Te espero, entonces?

—Ahora mismo pido el auto al garaje y te busco en tu casa.

Y allí estaba ya camino de La Guía, en compañía del noble Raúl, el muchacho que solo le inspiraba simpatía y cariño, pero nunca el amor apasionado que ella precisaba para entregarse entera en los brazos del esposo.

—Qué felices seríamos, Mary, si quisieras comprenderme y formaras conmigo un hogar.

Siempre hablaba de lo mismo. ¿Y si se decidiera de una vez?

Pero no. Le sería de todo punto imposible, mientras no se hallara enamorada de él.

—Con el tiempo, Raúl. Ahora es mejor dejar las cosas así.

—¿Y que el Destino decida?

—Me parece bien.

—A mí también, si permitieras que estas vacaciones te acompañara, pero no lo haces. Hoy te convengo por algo, sabe Dios por qué; pero mañana, cuando tengas a otro, te habrás olvidado de mí.

—Me ofendes.

—Perdona. ¿De verdad me dejarás que te acompañe hasta que me marche, y te pregunte de nuevo si quieres ser mi esposa? Puedes aprender a quererme en este tiempo; no creo que sea un hombre repulsivo, que inspire asco y antipatía.

—Protestó vehemente:

—Pero si eres el hombre más noble y bueno que he conocido, Raúl; si a tu lado paso las horas sin sentir…

—Pero no te apasiono.

Mary bajó la cabeza.

—Lo confieso. Cuando me case, deseo amar con toda mi alma, hasta morir por ese cariño. Soy una muchacha pobre y sencilla, y jamás por mejorar mi situación, decidiré casarme… Tú eres millonario; a tu lado disfrutaría de una comodidad sin límites, pero no deseo eso. Quiero que si algún día tengo coche y joyas, pueda llevar dentro un amor… No quiero engañarte —añadió dulcemente —. Si aprendo a quererte durante esta temporada que serás mi paladín, ten por seguro que te haré feliz, y tú me harás a mí.

—Gracias, Mary, por tu franqueza —dijo con ternura, contemplándola con arrobo.

Luego permanecieron silenciosos durante largo rato, mientras el auto avanzaba lentamente por la cinta blanca de aquella carretera.

Él iba atento al volante y Mary le observaba atentamente. Era un hombre viril que, sin ser hermoso, tenía algo que atraía, quizá por la simpatía que irradiaban las facciones correctas de su rostro curtido por el sol y los vientos. Se le advertía que practicaba toda

clase de deportes, por la contextura atlética de su cuerpo erguido y flexible. Los ojos eran azules, y miraban con nobleza, exentos por completo de doblez. La boca de trazo duro; el mentón enérgico, nariz aguileña, frente despejada, cabello lustroso y liso… Lo que más atraía en él eran los ojos de expresión tierna, como los de una criatura.

Mary tuvo pena de él. Era bueno, y merecía una felicidad que ella no iba a saber darle, porque su ideal era otro que no se atrevía a evocar ni siquiera a solas consigo misma, por temor a recibir un nuevo zarpazo…

* * *

A partir de entonces, Mary y Raúl fueron inseparables. Juntos se bañaban en San Lorenzo, juntos acudían a los estrenos del «Jovellanos», y juntos se desplazaban en compañía de otros amigos a Covadonga; otras tardes, el punto de partida era Salinas, donde se reunían con la colonia veraniega que tan pródiga se les mostraba.

Nadie dudó de la clase de amistad que unía a Raúl Masota, el joven millonario, y la muchacha rubia que tenía medio revolucionado a todo el género masculino… Sin embargo, ella, firme en el plan trazado con anterioridad, jamás accedía a unir su vida a la de aquel joven Apolo, que se derretía materialmente por sus huesos. Amigos, muy amigos, pero solo eso, aunque el mundo se empeñaba en creer lo contrario.

Una tarde tropezó con Lucy en la calle Corrida, cuando ambas cruzaban frente al «Café Alcázar».

—Creí que te habías ido —dijo Lucy, con un algo de ironía—. Hace tanto tiempo que no té he visto…

—Si llamas «tanto» a quince días…

—En otros años te veía todos los días.

—Era diferente, Lucy; entonces, tú no tenías novio.

—Ni tú tampoco.

—¿Pretendes que lo tengo ahora?

Lucy esbozó un gesto de indiferencia.

—En los periódicos aparece constantemente tu nombre unido al de ese Raúl Masota, millonario y enamorado de ti, además.

—Pero yo de él, no. Y no creas que te lo digo para que lo sepas;

lo hago para darme una razón a mí misma.

—Luego, entonces, no digas que no tengo razón.

Mary hizo un brusco movimiento y cambió el rumbo de la charla, al invitar:

—¿Me acompañas a tomar el aperitivo?

—Bueno.

Fueron a sentarse ante la mesa qué se les ofrecía allí cerca.

—Antes me querías mucho, Lucy —dijo Mary, dolida—. Hoy, todo es diferente.

—Si existe diferencia, la implantaste tú. Yo soy la misma de siempre, y el cariño que siento por ti es como el que sentía hace cuatro años.

Hizo un gesto de duda.

—¿No lo crees? —preguntó Lucy, molesta.

¿Por qué no iba a creerlo, si lo aseguraba una muchacha que jamás había abierto la boca para decir una sola mentira? Además, deseaba continuar creyendo que la quería. ¡Era tan triste perder los cariños que más se estiman, porque se saben los más sinceros!…

—¿Y Cora? —preguntó al fin.

—Se marcha pronto. Ahora creo que va al pueblo, a pasar en su casa tres meses antes de ir a Valencia.

—¿Cuenta marchar sin despedirse de mí?

—No lo creo. Cora te quiere mucho; lo que pasa, es que tú no la correspondes. Si la trataras más, comprenderías que tengo razón.

—Si no dudo que la tienes toda. Es que yo he sufrido mucho, y el carácter se me volvió del revés. Si supiera amoldarme, tal vez fuera de otra manera.

—Pues procura serlo. Ganarías más.

Cuando se encontró sola camino del «Náutico», donde la esperaba Raúl, iba pensando en lo mismo.

Cora se hallaba enamorada de Santiago; eso lo hubiera visto un ciego, cuanto más ella, que se hallaba al tanto de todo por haber tratado a ambos. ¿Que si Santiago le correspondía? ¡Rotundamente, no! Santi precisaba otra clase de mujer para ser feliz. Era un lobo de mar, un ser exclusivista que, tendría que tener a la mujer supeditada a él para sentirse enteramente feliz. Cora no servía para eso. Era demasiado exclusivista ella también, y hubiera exigido tanto como daba, y los hombres como Santi no se amoldan a eso,

porque son hombres ante todo y sobre todo.

Ya sentada en la terraza del «Náutico», al lado de Raúl, dijo este con la mayor inocencia del mundo:

—Tienes ahí a tus amigos del «Norte».

Un tremendo escalofrío, un dolor casi agudo, y el temblor que la descompuso.

—¿Dónde están? —preguntó, como idiotizada.

¿Por qué Raúl no comprendía que aquella conversación le hacía daño? ¿Por qué tenía tan poco alcance, que tocaba aquel tema cuando otro era el apropiado? ¡Si él no recordara! Pero Raúl era noble e infeliz hasta ese extremo. ¡Pobre Raúl, cuánto estaba perdiendo para ella!

—Ahora mismo vi a Pedro, bailando con una muchacha.

—¿También está el capitán?

—No lo sé. A Pedro le conozco porque tú me lo señalaste el día que te llevé hasta el muelle del Musel. El capitán no sé cómo es.

—No te preocupes. Es igual.

—¿Sois amigos?

—No —repuso con coraje que Raúl no advirtió, porque ella hizo un nuevo esfuerzo de voluntad para que aquel hombre bueno y cariñoso no notara la agitación qué sentía.

Continuaron bailando, y cuando se acodaron en la barra del bar, Pedro se le aproximó con la mano extendida, sonriendo amigablemente.

—¡Pero, amiga Mary, qué suerte encontrarte! ¡Con los deseos que yo tenía de lanzarte la visual!… ¿Cómo estás? —terminó, estrechando calurosamente la mano de la muchacha.

—Bien, Pedro, ¿y tú?

—Ya lo ves. Hecho un formidable bailarín. ¿No han venido tus primas?

—Tienen novio, y frecuentan otros lugares quizá más entretenidos.

—¿Más que esto?

—Tal vez.

—Has de enseñármelos, Mary, que voy para allá inmediatamente. —Luego, tras una rápida transición, añadió, ya desaparecida toda ironía—: Me han dicho que te casabas; ¿es cierto?

—Quién sabe…

Pedro frunció un tanto el ceño, mirando al impasible y correctísimo Raúl. Sus ojos parecían decir: «¿Es este caballero tu futura costilla?». Los ojos de Mary sonrieron enigmáticos, sin dar la respuesta que él deseaba…

Luego, los ojos masculinos continuaron diciendo, con su mudo lenguaje: «Pues no me gusta. Veo en su figura demasiada distinción y espiritualidad para ti, que siempre has parecido poco amiga de convencionalismos y sensiblerías; tú naciste para ser la esposa de un bravo marino que te enseñe lo malo y lo bueno de esta vida… Este vive al margen de ella; ignora lo que es la lucha y el sacrificio, y un hombre que no haya probado de todo, puede decirse que no sabe hacer feliz a una mujer, porque está demostrado que el sufrimiento enseña, y este caballerete aún no aprendió por la sencilla razón de que no tuvo ocasión: fue siempre demasiado feliz…».

Mary leyó bien los pensamientos de nuestro amigo, aunque Se hizo la desentendida, no afirmando ni negando, puesto que las conjeturas de Pedro eran erróneas.

—Os voy a presentar —dijo ella, volviéndose a Raúl—: Pedro Iriarte; Raúl Masota…

Nada más. Pedro esperó que añadiera: «Mi novio», pero no fue así, y quedó un tanto defraudado.

Estrechó la mano que el otro le alargaba, y después de cambiar unas cuantas frases, se fue sin que Mary le hubiese preguntado si había venido solo o se hallaba el barco atracado a un muelle del Musel.

Cierto que la pregunta quemaba los labios que ahora se apretaban duros y rabiosos, pero no la formuló porque algo le decía dentro que Santiago no merecía que ella se molestara en preguntar o pensar en él siquiera. El recuerdo de aquel beso dado en la oscuridad del portal; la tremenda lucha sicológica que había tenido consigo misma, la misma sonrisa de sarcasmo de aquella estúpida Cora, que parecía no ignorar nada…, todo ello la lastimaba, haciéndole un daño jamás experimentado.

Cuando se vio en el portal en compañía de Raúl, deseó como nunca que él fuera otro y la cogiera en Sus brazos hasta deshacerla, no pidiendo un beso, sino tomándolo por su cuenta para besarla con frenesí hasta maltratar sus labios.

¡Qué deseos más poco espirituales la asaltaban! ¿Y era todo aquello lo que había dentro de su cuerpo? El cuerpo que los hombres admiraban, pero al que temían porque era demasiado bello y tentador.

—Hasta mañana, querida —dijo dulcemente Raúl, ignorando los pensamientos morbosos que ocupaban aquella cabeza bonita—. Vendré a recogerte para ir a la playa de San Lorenzo.

Tuvo un deseo no menos descabellado que los pensamientos que la atenazaban.

—Mañana me gustaría ir a Coroña.

—Mucho quieres a esa playa perdida entre las peñas.

—Ahí aprendí a nadar cuando era muy niña, y ahí soñé muchas tardes.

—Te complaceré, si así lo deseas.

Cuando penetró en el saloncito donde se hallaban sus hermanos, dijo Julio, observando atentamente la reacción que no dudaba había de producirse en aquella chiquilla original:

—Supongo que pronto tendremos boda.

Mary emitió una risita ahogada, dejándose caer en el suelo, sobre la misma alfombra, con las piernas cruzadas.

—¿No es eso, Mary? —insistió, algo burlón.

—Pues no, querido hermano. Raúl es un buen amigo, pero no es mi novio ni lo será jamás.

Julio nada objetó. Pero Mary pareció crecer en la silla donde se hallaba sentada.

—¡Dirás que no te gusta!

—Pues sí; no me gusta para marido, pese a sus muchos millones.

—Siempre has sido una estúpida, y jamás dejarás de serlo.

—Te equivocas, hermana; si dijeras que jamás he dejado de ser una mujer desinteresada, sí hubieras acertado. Cuando decida formar un hogar, tendré muy poco en cuenta el caudal que pueda ofrecerme el esposo; quiero amor, mucho amor, y si no lo hallo me consagraré a Dios.

—¡Absurdo! Tienes tú cara de monja…

—Calla —pidió Julio fríamente—. Yo soy del parecer de Mary. Si no quiere a ese hombre, ¿por qué va a casarse con él? Otro vendrá, y se cumplirá su destino.

—Sois los dos unos idiotas.

—Quizá —murmuró Mary.

Y se levantó, yendo a sentarse a la mesa donde se hallaba dispuesta la comida.

—Es tontería molestarse por tan poco —dijo indiferente, cuando todos estuvieron ante la mesa—. Yo me siento aún muy joven para pensar en boda.

—Di que te has enamorado de ese madrileño que dejaste allí, y te creeré.

El rostro de Mary se alteró.

Miró a su hermana de arriba abajo, y replicó, conteniendo la rabia y el dolor:

—Tú, menos que nadie, debieras de recordarme la época más amarga de mi vida.

Y después, poniéndose en pie, salió del comedor con las manos crispadas, y en los ojos, que procuró hurtar a sus hermanos, un vaho de lágrimas.

—Eres perversa, Maru —reprochó Julio, con pesar—. Mary necesita mucho cariño, y no reproches que no merece.

—Lo hago por su bien.

—Ni tú ni ella, ni siquiera yo, sabemos el bien o el mal que Dios le tiene reservado. Es ya una mujer, y sabe muy bien lo que hace. En mi presencia, no vuelvas a abrir la boca a ese respecto.

Capítulo 8

Lo supo aquella misma tarde, cuando se decidió a visitar a Lucy.

Nada más pisar el umbral, ya le pesó. La voz recia de Santiago llegó hasta ella, firme y segura.

Sintió rabia y placer a la vez: rabia, porque no se encontraba lo suficientemente bonita para presentarse ante él; placer, porque iba a tener el gusto de mirarlo con frialdad y desprecio, humillándolo si fuera preciso en presencia de toda la familia que lo admiraba por ser, según ellos, un modelo de hombres y marinos.

—¡Pero si es Mary! —exclamó Lucy, saliendo a su encuentro—. Querida, cuánto tiempo sin verte.

Todos se pusieron en pie. Santiago vino hacia ella, cortés, pero extremadamente ausente, como si la presencia de ella le resultase indiferente.

Estrechó su mano sin calor alguno, y la miró con vaguedad, como si fuera una simple conocida a quien se saluda por compromiso o cortesía.

Luego fue a sentarse donde estaba, y continuó la charla con el padre de Lucy.

No pudo decir lo que le sucedía dentro, porque en realidad no tuvo tiempo de analizarse a sí misma. Conformóse con responder automáticamente a las preguntas de Cora, cuyo rostro no denotaba la impresión que su presencia le causaba, y cuando la invitaron a cenar e ir luego a la verbena que ofrecía el Centro Asturiano de La Habana en el parque gijonés, aceptó de la misma forma un tanto

mecánica.

Solo al sentir sobre su rostro las pupilas aceradas de Santiago, que parecían decir: «¿Cómo eres tan hipócrita, si todos sabemos que te hallas comprometida y tu lugar no está a nuestro lado, sino al de ese mequetrefe que tiene muchos millones y por eso puede Comprarte?», se sintió más mujer que nunca, más segura de sí misma y más por encima de él.

—Iré con vosotros —repitió— y con muchísimo gusto.

Sus ojos parecieron desafiar a Santiago, que recogió el reto, devolviéndolo a su vez.

La cena transcurrió animada. Ella habló mucho, tanto que de nuevo las pupilas de Santiago se posaron en su rostro con arrobo, su mirada parecía decir: «Me enloqueces irresistiblemente; me embriagas como ninguna, y estoy seguro de que hoy voy a olvidar que perteneces a otro hombre…».

Todas las imaginaciones estaban presas en ella: los ojos del tío de Cora reían constantemente, y la tía no dejaba de lanzar la carcajada cuando Mary soltaba Una de las suyas, de aquellas tan fenomenales que guardaba para las ocasiones como aquella. Tenía una simpatía arrolladora, una charla amena que encantaba a cualquiera, y una inteligencia clara que le permitía saber hasta dónde podía llegar con sus bromas.

A Santiago no le miró durante el transcurso de la cena; pero cuando salió para ir a vestirse, después de advertir que la recogieran al pasar, oyó cómo le decía, intentando acompañarla hasta la puerta:

—No vengas a la verbena.

Mary se encogió de hombros, mirándolo de una forma turbadora, mientras continuaba caminando en dirección a la puerta, hasta la que él la siguió.

—¿Me tienes miedo?

—Jamás lo tuve. Tú eres para mí un peligro, pero no te amo.

—Sin embargo, voy a pensar que eres un cobarde.

—¿Me permites qué te demuestre lo contrario?

—En el baile.

—¡No quiero que vayas! —repitió obstinado, acercándose más a ella y mirándola suplicante—. No puedo verte sin pensar que me perteneces, Mary; en eso sí que soy un despreciable cobarde. Sé que

serás de otro, pero si hoy te puedo tener en mis brazos no querré creer que no eres mía.

No le dijo que no pensaba ser de otro. Comprendió que Pedro había abierto el pico con demasiada amplitud, pero no le guardó rencor; sintióse más bien satisfecha, porque el sufrimiento moral que adivinaba en Santiago, la complacía tanto y de tal manera, que llegó incluso a llamarse mala y cruel.

—Te permito que lo pienses por una sola vez —dijo.

—¿Ahora mismo?

—No; en el baile.

Se le aproximó más, mucho más, tanto que la quemó con su aliento de fuego.

—¡Eres maravillosa! —susurró tenuemente, pero con tanta intensidad, que ella sintió un poquito de miedo; adivinaba en él el volcán que todo lo arrolla, y temía sucumbir, quisiera o no, en aquel fuego que turbaba y enloquecía—. Por vivir una noche de inconsciencia a tu lado, daría la vida, Mary; toda la vida —terminó, apoderándose de aquellas dos manos finas que temblaban impotentes, y posando en ellas sus labios ardorosos.

—¡Déjame! —suplicó, con un hilillo de voz.

—Dime qué sientes.

—Desprecio.

—¿Por mí?

La respuesta fue un lamento que mordió un tanto avergonzada.

—Por los dos.

—¡Tonta!

—¡Suéltame!

Y aquella voz era más bien un sollozo que le causó placer y coraje a la vez.

Santiago la vio débil en sus brazos, apretada con ansia contra su pecho ancho, palpitante de emoción y de placer. La vio tal como era sin la capa de empaque que le enardecía, exenta por completo de toda ficción exasperante; allí, en la oscuridad del portal, muy arrebujada contra su corazón, con los ojos hincados apasionadamente en los suyos, la boca temblorosa y las manos perdidas en su cabello; retorciéndose con vehemencia y dolor a un mismo tiempo, no parecía la Mary altanera que, coqueta, burlara su cariño; era una mujer indefensa, una chiquilla que se entregaba

impotente porque la Naturaleza se lo ordenaba así, y la voluntad no le permitía, alejarse; nada podía ser comparable con el amor o la atracción que los fundía uno con el otro.

—¡Mary! —musitó la voz viril, pegada la boca al oído femenino —. Necesito que vengas a la verbena y seas como ahora; que quedes subyugada por mi amor y seas mía; solo mía en el rincón maravilloso que yo haré turbador para los dos…

—No me martirices —suplicó tenuemente—. Ten compasión de mí.

¿Podría tenerla? Cierto que había sufrido torturas por su causa, pero no menos cierto que el amor desesperado que lo guiaba a su lado, no le permitía razonar con la cordura de un hombre sensato. Ahora era solamente un ser sin personalidad, dominado por una atracción loca que era pasión, deseo, locura; era… él y ella, nada más.

—¡Ven! —volvió a pedir la voz enronquecida de emoción—. ¡Te necesito allí!

Mary hizo un nuevo esfuerzo, arrancó con ira mal disimulada sus manos de las otras que la oprimían desesperadamente, y se apartó de su lado, yendo a parar de un salto hasta media calle por donde se perdió rauda, trastornada por la vehemencia que él inyectaba en su cuerpo y en su alma.

—¡Mary! —oyó aún cómo la llamaba.

Nada repuso. Perdida en las brumas de la noche, corrió calle adelante hasta llegar a la puerta de su casa, donde tuvo que sujetar el pecho con ambas manos y apretar el corazón, que parecía salírsele del cuerpo.

Sin detenerse, fue hasta su cuarto, donde buscó el alivio de la cama, encontrando en ella, si no el consuelo espiritual que precisaba, sí la liberación absoluta para los nervios tensos que semejaban pinchos torturándoles las carnes.

—¡Esto es superior a mis fuerzas! —suspiró angustiada, abriendo la boca como si quisiera morder al hombre que tanto y tanto estaba alterando su tranquilidad—. Y no le amo, Señor; no puedo amarle, porque yo quise una vez y esa será la única.

Una voz a su espalda, rio burlonamente. Miró en derredor, y solo halló oscuridad y silencio. Allí no había nadie; ella se encontraba sola con su dolor y la voz misteriosa que la

atormentaba, produciendo en su ser un extraño desasosiego.

«Cierto que has amado una vez —replicó la voz, que era la de su propio “yo”, el “yo” que llevaba oculto y que no se dejaba ver jamás, porque se hallaba muy dentro de su ser—. Pero aquel cariño no tuvo nombre de eso; era una pasión enloquecedora que te hizo desear imposibles… Aquella pasión castigó y aniquiló tu espíritu, y ahora, al tener otra vez ante ti el verdadero amor, no te atreves a creer en él porque el otro te robó la fe en los hombres y en la misma vida, que de nuevo te brinda sus goces… ¡Piensa, querida incrédula! Piensa en Santiago, asócialo a tu existencia, y conságrate a él para el resto de los días que aún te quedan por recorrer y que serán maravillosos, plenos de felicidad…».

—¡No, no! —gritó apasionadamente, sentándose en la cama y apretando las sienes con ambas manos—. ¡No quiero luchas ni nuevos sobresaltos! ¡Déjame así, Señor! ¡Déjame…!

Y ya sin poder contener las lágrimas que acudían a las gemas refulgentes, dejóse caer de nuevo sobre la almohada, mordiendo con saña y dolor las ropas blancas que ahora eran su refugio…

Mientras aquella lucha sicológica tenía lugar en la virginidad de la alcoba femenina, y una mujer se sentía más sola y dolorida que nunca, dominada por la amargura de una situación incierta, tal vez porque ella la veía así a causa de su ofuscación, Santiago, con sus familiares, llegaba al portal y pulsaba el timbre, anunciando su presencia para que ella viniera a reunírseles.

No hubo respuesta. Mary parecía sorda ante la llamada insistente de sus amigos.

—¿Se habrá ido? —comentó Cora, con gesto que hizo reír a los demás, excepto a Santiago, que frunció el ceño, dominado por una sospecha que pronto fue obsesión e inquietud.

—Mary vendrá —dijo Lucy, adelantándose—. Voy a subir yo a buscarla. Se querrá poner tan bonita, que todo el tiempo le parecerá poco para estar ante el espejo.

Dejáronla ir, mientras los demás, en el interior del taxi, no daban muestras de inquietud, puesto que aquello era muy propio de Mary.

Únicamente Santiago se apeó, y empezó a recorrer desasosegado la acera, esperando ver aparecer a Lucy sin su amiga. Él sabía o presentía que Mary, aquella noche, se negaría a ser de la partida.

¿En qué fundaba la sospecha? Lo ignoraba; solo sabía, y era suficiente para sentirse el más desgraciado de los hombres, que Mary se negaría a acompañarles, pretextando sabe Dios qué fútil disculpa, que no podría engañarla.

Había visto en los ojos claros una rebeldía fuerte, recia, cruel… En la misma boca que, si lo hubiera deseado, habría sido suya en aquel momento, había visto temblor de impotencia, y todo le hacía pensar que Mary preferiría morir antes que volver aquella noche a su lado.

En efecto, en el umbral estaba Lucy sola, expresando en su rostro ideal una tristeza infinita. Se le adelantó, antes que los tíos hicieran pregunta alguna.

Él no lo hizo. Conformóse con mirar a Lucy anhelante, con una súplica en las pupilas aceradas, que por sí sola expresaba la lucha y el temor que lo dominaba. Lucy le sonrió débilmente, susurrando quedito, para que los demás no la oyesen:

—Le duele mucho la cabeza.

Santiago la alcanzó, brusco, por un brazo.

—Dime la verdad —suplicó con los dientes apretados, mascando su desesperación—. ¿Qué sucede? ¿Por qué no viene?

Lucy movió la cabeza de un lado a otro.

—Lo ignoro. Está tendida en la cama, sin deseo de moverse.

—¡Quiero que venga! —La voz se hizo más queda, pero infinitamente más intensa—: La necesito a mi lado esta noche, Lucy. ¡Vuelve a su lado, y tráemela!

Lucy negó en silencio.

—¡Vete, chiquilla!

—Todo es inútil. Cuando Mary decide una cosa, nada puede hacerla variar, aunque lo esté deseando.

—Pero esta noche…

Lucy evocó la escena. Le dolía ser cruda, pero Mary era su amiga, casi una hermana, y nunca, ¡nunca!, iría contra su deseo si es que lo consideraba lógico.

»—No me pidas que vaya —le había dicho con un hilo de voz, sin variar su postura de abandono en el lecho—. Santiago me enloquece, pero no le amo y no quiero, ¿oyes? —había rogado desesperadamente, sentándose en la cama y apretando con ambas manos las sienes, que parecían estallarle—, no quiero que me

vuelva más loca de lo que ya estoy… He sufrido mucho, intensamente, como tú ni nadie llegará a imaginar, por un cariño que no lo fue y yo creía que lo era. Ahora deseo vivir insensible, desposeída del alma que tanto me pesó tener. ¡Seré mala, perversa! —gritó fuera de sí, ya totalmente descompuesta, perdida toda ecuanimidad—. ¡Quiero que todos los hombres paguen el daño que otro me hizo; quiero que Santiago sufra, se retuerza de desesperación y no vuelva más a mi lado! Estoy condenada, Lucy; soy una pobre mujer desengañada, y ya nadie sabrá hacerme feliz, porque perdí la fe en los hombres y en la misma vida. ¡Si pudiera cambiar!… —concluyó, ahogando el sollozo que pugnaba por salir de su garganta.

»—Si lo deseas cambiarás.

»—¿Cómo?

Sobreponiéndote al dolor y acogiéndote al cariño que te ofrece Santiago.

»—¡Nunca!

»—¿Los motivos?

Mary la contempló con extraviados ojos.

»—¿Aún quieres más? —preguntó, retorciéndose las manos—. Estoy seca y árida, y no quiero volver a sufrir por un cariño.

»—El que te ofrece Santiago es diferente.

»—¡Es como todos! Es un hombre como los demás, con los mismos egoísmos, con los mismos deseos. ¡No quiero sufrir! ¡Vete! ¡Vete y no volváis por aquí!».

Lucy no tomó en cuenta aquellas frases que denotaban el desconcierto y confusión reinantes dentro del cuerpo lindo que temblaba angustiosamente, sacudido al fin por los sollozos bienhechores.

»—Es mejor, que te quedes —dijo, al inclinarse para posar en la carita surcada de llanto, un dulce beso—. Duerme y tranquilízate. Mañana, cuando veas todo esto bajo un prisma más claro, te darás cuenta de que te atormentas sin motivo suficiente».

Y allí estaba Lucy en la acera, ante el pobre Santiago, que más que nunca comprendía el inmenso amor que la ingrata le inspiraba.

No le dijo lo sucedido, porque sabía que Mary lo deseaba así. Conformóse con apretar la mano varonil entre las suyas para dar ánimos al cuerpo que, con ser alto y fornido, en aquel momento

parecía el de un chiquillo.

—Mañana la verás de nuevo —dijo con ternura, pasando el brazo por el de él y conduciéndolo hasta el auto, donde se acomodaron.

—¿No viene? —preguntó el tío.

—No —repuso Lucy, con voz que quiso ser segura, pero que no engañó a nadie—. Le duele mucho la cabeza.

Nadie protestó. El vehículo emprendió raudo la marcha, pero todos los qué se hallaban en su interior iban pensativos y cabizbajos.

* * *

El baile estaba muy animado.

Gijón, una vez más, ofrecía allí su atractivo único. La pista, adornada con farolillos de colores, aparecía repleta de elegantes parejas. Actuaba unas orquestas de lo más distinguido de la localidad, donde el «Presi» hacía de animador con su voz pastosa y agradable, luciendo el donaire de nuestra tierra incomparable…

El parque gijonés lucía aquella noche como nunca. El champaña, corría de mesa en mesa, haciendo que los rostros mostraran cada vez más la alegría sana de verse allí, en el centro más concurrido de nuestro maravilloso Londres minúsculo.

Solo Santiago, como aislado de cuanto le rodeaba, permanecía alejado de sus bulliciosos compañeros, acodado en el mostrador del bar, y con la mirada fija en la pista, donde las parejas danzaban alegremente. No veía nada. Su pensamiento, su corazón y hasta sus sentidos, se hallaban presos en el recuerdo que ella le había dejado…

Todo su ser parecía rebelarse contra los hechos; el corazón cesaba en los latidos que ella impulsaba atropelladamente, y la mente, vacía, exhausta, estaba como perdida en un reino ignoto, donde se encontraban los dos.

De pronto, ya sin poder contener el ansia que le atenazaba, si no el suficiente para calmar su anhelo, sí bastante para reconfortar el espíritu que se le escapaba en pos de Mary.

Penetró, casi sin saber cómo, en un café donde pidió el teléfono.

—Allí está —dijo un camarero, mirando con curiosidad, pues el

aspecto que ofrecía Santiago era el de un beodo.

Sentóse como un autómata, con el auricular en la mano. Primero lo apretó con fuerza, con un ansia loca de fundirlo en su mano, como si así pudiera ya encontrarse con Mary entre los brazos.

Marcó el número. La respuesta salió pronta, mucho antes de lo que suponía.

—¡Mary!

—Se halla en la cama —dijo una voz de hombre al otro lado.

Se estremeció violentamente.

—Por favor —pidió con voz estrangulada—. Quisiera hablar con ella.

A través del hilo oyóse la pregunta imperiosa:

—¿Quién es usted?

Dudó. ¿Qué decir?

—Un amigo que… —Hizo una pausa dolorosa, pues los dientes se hincaron con fuerza en los labios altivos, haciendo que la sangre manchara los dientes nítidos—. Por favor —volvió a suplicar, torpemente.

—Espere.

Claro que lo hizo, pero no podía negar que la inquietud y la rabia se mezclaban en su interior, porque aquello le parecía impropio de su hombría, de su dignidad de hombre y hasta de su fama de inconquistable.

¡Inconquistable! Cuánto y cuánto se hubieran reído sus amigas de verlo de aquella manera: anhelante, ansioso como un chiquillo, débil como el más absurdo muñeco.

La voz de Mary ya estaba allí, al otro lado, preguntando con indiferencia… Tuvo deseos imperiosos de romper el auricular y correr como un loco al lado de ella, donde hubiera cogido con sus manos la carita bella, pidiendo anhelante que fuera suya, que se casara con él y no le torturara más con su despego… Nada de aquello hizo, sin embargo; conformóse con apretar el auricular entre sus dedos, y murmurar unas breves frases.

—Soy yo, Mary —dijo tan solo, después de una pausa que a ella debía parecerle una promesa—. Necesitaba saber que aún existías, que estabas ahí y no ignorabas que yo… —La voz se hizo casi imprecisa, pero llegó a los oídos de Mary clara y vibrante—: ¡Te quiero!

—¡Déjame!

—¡Mary! ¿Es que lloras?

Sintió al otro lado un gemido ronco, recio, como si el sollozo estrangulara la garganta débil, Unas ansias salvajes le asaltaron, pero no pudo realizarlas porque estaba en un lugar público, donde era observado con curiosidad.

«Estás haciendo el ridículo. Llamas la atención; todos se reirán de ti. ¿Por qué eres tan débil? ¿Por qué no antepones tu voluntad por encima de todo deseo?…».

—¡Brutos, estúpidos! —rugió, como si en realidad alguien estuviera diciéndole aquello, y no fueran pensamientos que acudían inoportunos a su mente extraviada.

—¿Qué dices, Santiago? —preguntó la voz de Mary, como extrañada y dolorida a la vez.

El hombre reaccionó con presteza, llevándose una mano a la boca como si ella fuera la culpable de su locura, de su proceder irrazonable.

—Hablaba solo, Mary —musitó quedito—. Estoy como trastornado, querida «Pitín». ¡Si supieras de qué forma sufro! Hoy más que nunca, porque me hiciste probar el pastel y luego me diste hiel.

—Yo no fui.

—Sí me lo dijeras frente a mí… Si tuvieras el valor de continuar tu coqueteo a mi lado…

Protestó débilmente, como si le costara esfuerzo hablar, porque parecía temer que él no la comprendiera…

—Hoy fue uno de los días que me sentí mujer, pero solo eso; exento de coqueteos.

—Entonces, voy a suponer que eres…

—¡Dilo!

—¡Deliciosa!

Al otro lado nada respondieron. Todo parecía muerto, como si ella ya hubiera colgado, dejándolo solo con su dolor.

—¡Mary!

—¿Aún no te has ido?

—Necesito saber qué me respondes.

—Nada, Santiago; ¡nada!

—¿Estás segura?

Un nuevo silencio. Después, la voz se oyó tenue; parecía rota, angustiada.

—Si te dijera que he querido con toda mi alma, y ya no sabré apasionarme de nuevo…

—Lo sé. He visto en tus ojos todo el desengaño que trajiste de Madrid, pero ahora eres otra… Necesitas que un nuevo amor te haga vibrar, y yo lo conseguiré.

—¡No podrás! Nadie sabría despertar en mí las fibras que antes eran sumamente sensibles, y hay parecen muertas.

El estremecimiento del hombre fue más visible… Mordióse los labios con rabia, y dijo broncamente, cual fuera de sí:

—Yo haré que vivan; tienen que vivir para mí y para ti. Para mí, porque te deseo con el alma y la vida; para ti, porque necesitas volver a experimentar las sensaciones maravillosas del amor, y sonreír de nuevo, como lo hacías antes de marchar. ¡Si no hubieras ido…!

—Eso es, Santi: ¡si no hubiera ido!

Y ya Santiago no supo lo que sucedía al otro lado, porque un chasquido fue la continuación del lamento que se estrangula en la garganta joven.

—¡Mary! —llamó con desesperación.

Nada. La muchacha habíase apartado del teléfono, dejándolo más anhelante que antes de haber alcanzado el auricular.

Volvió a salir a la calle. Necesitaba aire, aire y espacio para respirar libremente.

Una brisa cortante dio de lleno en el rostro ardoroso. Pareció sentirse liberado de su tortura, pero fue una impresión momentánea. Hundiendo las manos en los bolsillos del pantalón, se lanzó calle adelante, hasta desembocar frente al Muro, muy cerca del Piles…

—Si continúo así, me volveré poco —se oyó decir a sí mismo, clavando los ojos en la noche que, callada se extendía sobre la playa bañada por la luz de la luna.

Permaneció allí mucho rato, tanto, que cuando quiso incorporarse, se encontró con que los nervios se habían alterado más, muchísimo más que antes de haber llegado.

Encendió un cigarrillo que fumó con avidez, contemplando las volutas que se esfumaban al igual que los sueños forjados y

desvanecidos después.

—Esto somos —se dijo en voz alta—. Una voluta fugaz que aparece y se va con la misma facilidad de un suspiro… ¿Para qué luchar? ¿Para qué vivir? Soy un pobre infeliz sin voluntad que no tiene la entereza suficiente para imponer su fuerza moral por encima de todo: de la vida, del amor y de ella misma, que no quiere creer en lo que le ofrezco.

«He amado mucho; no quiero apasionarme de nuevo…». ¿Y aún seguía pensando en ella? ¿Por qué? ¿Por qué lo hacía? ¿Es que era tan débil que no sabía vencer sus impulsos?

¡Infeliz, infeliz…! Solo era un pobre hombre dominado por la pasión insensata que ella le había inspirado hacía muchos años. ¿Muchos? Casi todos los que llevaba vividos, puesto que no recordaba haber querido a otra mujer que no fuera ella.

¿Qué le importaba que Mary hubiera querido apasionadamente a otro hombre que no fuera él, si aquello pertenecía al pasado, y solo deseaba de ella el presente y el futuro?

Enderezóse un tanto, y echó a andar camino del parque gijonés, donde esperaba encontrar a sus parientes.

No le importaba que le vieran así: débil, triste y dolorido… ¿Qué más daba?

«La vida es una comedia —se dijo con indiferencia— y en ella me ha correspondido un ingrato papel».

Capítulo 9

Hacía muchos días que Mary no pisaba su playa predilecta.

Había salido de casa con objeto de bajar hasta Gijón, pero al ver la bruma que se extendía sobre la ciudad tuvo un anhelo que, sacudiéndola toda, guio sus pies por el sendero que la llevaba hasta el prado minúsculo que ella hiciera suyo porque jamás dejaba de contemplarlo con cariño, cuando iba a dar un paseíto hasta Coroña.

A su lado caminaba el perrito blanco que Raúl le había regalado días antes. Al mirarlo, mientras se dejaba caer en la hierba húmeda, pensó en la existencia de aquel buen muchacho que una vez más la perdía. ¿Y por qué era así? ¿Quién tenía la culpa? ¿Él o ella?

La misma cabeza negó, a la vez que el corazón se le encogía más y más. El Destino, pensó débilmente; él ha sido el culpable de todo lo que está sucediendo…

Raúl la había llamado aquella misma mañana por teléfono, pidiendo ansioso una entrevista.

No acudió. ¿Para qué, si por demás sabía que ya nunca volvería a sentirse contenta a su lado? Todo la cansaba; la misma vida era para ella motivo de desesperación. ¡Con cuánto placer vería llegar la muerte que la librara de una vez y para siempre de aquella tortura que iba poco a poco minando su espíritu y su cuerpo!…

No quiso continuar pensando en todo aquello, porque de nuevo se sentía débil y pequeñita ante la grandeza de Dios, a quien había de venerar con todo su ser y su alma. Cierto que deseaba morir, pero no menos cierto que Dios velaba por ella, impidiéndole

cometer un disparate del que después nunca podría arrepentirse. Dios era grande y poderoso; por eso ella lo veneraba, implorando su ayuda para continuar sufriendo en silencio y sin rebelarse…

Giró los ojos con vaguedad en torno al Musel. ¿Por qué siempre los pasos la conducían allí? ¿Por qué? Los barcos atracados a los muelles eran su obsesión; eran su delirio… Ella misma se asustó al llegar aquí con sus pensamientos. ¿Su delirio…? ¿Entonces, por qué clamaba contra el Destino que la llevaba al lado de un noble marino que prometía olvidar el pasado, viviendo solo para el presente? ¡Ah!, eso formaba parte del sufrimiento experimentado allá en el inmenso Madrid, donde aprendiera a diferenciar lo bueno de lo malo. Pero su incipiente experiencia no le evitó el dolor del desengaño, y aún estaba viva la llaga.

Por otra parte, sabía que Santiago jamás sería para ella lo que el otro, y por eso pensaba que ya no podría hacerlo feliz. ¡No podría, Señor! ¡No podría!

Sin saber cómo, se encontró con los ojos claros clavados en el mar que se extendía ante ella. Parecía más oscuro que otras veces, más oscuro y fiero…

Tuvo deseos de comunicar a la tarde, que se iba lentamente, su dolor, su ansia, su anhelo que ni ella misma se atrevía a definir, y con las pupilas húmedas de llanto, abrió la boca fresca, dejando que el timbre maravilloso de su voz se expandiera melodioso por los callados ámbitos.

«Cuando estoy a solas y el aire se llena
de esencias de nardos, jazmines y azahar…
«Cuando no hay guitarra ni coplas ni vino,
cuando el alma siente ganas de llorar…
«Cuando se recuerda lo que se ha perdido,
cuando ya no queda ninguna ilusión…».

El exquisito matiz de aquella voz vibrante hizo que los pasos del hombre que venía apresurado en dirección a ella, se tornaran lentos, quedos, como si se sintiera subyugado por la nostálgica canción que le llegaba más allá del alma, que como nunca se sentía cerca, de la muchacha.

Mary, ajena a la observación de que era objeto, continuó entonando su canción, mientras las lágrimas surcaban lentas las mejillas satinadas, que ahora parecían más suaves y aterciopeladas.

Cuando acabó, quedóse quieta, callada, con los ojos húmedos posados en lo infinito, y la boca estremecida por aquella emoción que la embargaba toda.

—¡Mary! —susurró el hombre, dejándose caer a su lado—. ¿Eres tú, o una aparición?

La chiquilla volvió las pupilas, despacito, y se le quedó mirando como hipnotizada.

—Sí, soy yo, pero en estos momentos no quisiera serlo.

—¿Porque estoy a tu lado?

—No lo sé. Había creído que el mundo era solo mío, que yo sólita habitaba en él, y al verte llegar se ha roto el encanto.

—¿Lo sientes mucho?

Hundió la mirada de sus ojos en el verdor del prado, y no respondió.

—¡Estoy muy triste! —dijo luego, con voz desfallecida, mientras un suspiro dilataba su pecho—. No me preguntes qué me sucede, porque lo ignoro; solo sé que me gustaría que la vida finalizara aquí, y que el Más Allá fuera totalmente diferente.

—¿Tanto has sufrido? —preguntó, inclinando la cabeza para buscar la mirada que se le hurtaba.

—Aquello pasó.

—¿No dejó huella?

—Tal vez, pero no la que tú te imaginas.

Santiago alcanzó las manos frías, y las apretó apasionadamente entre las suyas.

—¡Chiquilla! —susurró dulcemente—. ¿Por qué no quieres creer en mí? Yo te haré muy feliz; tanto, tanto, que luego te preguntarás cómo es posible que dudaras de mí.

—Aún tengo miedo.

—¿A la vida o a mí?

Mary suspiró, con ansia de abarcar todo el aire que parecía faltarle.

—A ambos.

—Santiago besó repetidas veces las manos, finas, buscando avaricioso, las palmas tibias donde posaba una y otra vez la boca, sin que Mary pareciera resistirse.

Fue entonces cuando la voz de Santiago salió enronquecida de entre sus labios atirantados, que semejaban una raya recta. Más que

nunca necesitaba cogerla en sus brazos y apretarla fuerte, muy fuerte, hasta fundirla con su propio cuerpo. Pero no lo hizo. Algo le advertía que Mary solo necesitaba cariño, dulzura infinita, pero nunca la pasión enloquecedora que ardía en su sangre, y se manifestó en una exclamación:

—¡Quiero casarme contigo, Mary!

La muchacha se estremeció levemente, mas nada dijo.

—Te haré muy feliz.

La respuesta de Mary tampoco llegó ahora.

Contemplaba el firmamento oscuro con mirada abstraída, como si nada viera.

Parecía que su pensamiento estaba muy lejos, pero lo cierto era que pensaba en la vida íntima de los dos. ¿Qué podía ella ofrecerle? Mucho cariño, mucha dulzura, aunque jamás la pasión que había visto arder en las pupilas varoniles.

—Irás conmigo en el barco, y aquello habrá de parecerte un paraíso.

La joven se puso automáticamente en pie.

El perrito gruñía, llamándole lá atención por el abandono en que lo habían dejado. Saltaba alegremente en torno a ella, cuyas manos, tan pronto se hubieron desprendido de las de Santiago, se posaron acariciadoras en la cabeza del chucho.

El marino se puso también en pie. Miraba ansioso la carita pálida que se le hurtaba obstinada, mientras los pasos se iniciaban hacia el sendero que los conducía fuera de la playa.

—Tu apatía me desconcierta, chiquilla.

Fue entonces cuando Mary volvió a él sus ojos tristes, pero siguió callada.

Él alcanzó el brazo femenino y, apretándolo contra su cuerpo, comenzaron a caminar muy juntos, silenciosos, mirando ante sí con vaguedad, como si entre ellos no mediara una respuesta que sin remedio había de dar ella.

—El mundo ha de parecerte un paraíso —volvió a decir Santiago, con ternura.

—¿Y si no es así?

—Ya verás como sí.

—Aún tengo miedo.

Callaron. Santiago la apretó apasionadamente. Ella no hizo nada

por desasirse.

Sentía la dulzura de pertenecer al fin a algo y a alguien. Aquel algo, era el amor; alguien, Santiago, que le ofrecía la oportunidad de sentirse de nuevo «ella», sin la pesadilla que durante tanto tiempo fue su obsesión.

Continuaron caminando, hasta que se detuvieron en el jardín.

—¿Me contestarás mañana, Mary? —inquirió él.

—No es preciso.

La alcanzó por los hombros, sacudiéndola brusco.

—Despierta, Mary; es necesario que comprendas lo trascendental de mi demanda. ¿Te casarás conmigo?

La muchacha pareció salir de su apatía. Elevó los ojos, hasta posarlos en el rostro ansioso del hombre. Después alzó las manos, para apoyarlas suavemente en los hombros viriles.

—No sé si esto será el mayor disparate dé mi vida. Pero sí, me casaré contigo.

—¡Mary, chiquilla!

Contuvo la pasión de él con un leve ademán.

—No te precipites. Quiero que sepas, antes de que continúes, que no aportaré al matrimonio un gran amor. Estoy triste y deprimida; tal vez nunca pueda ser como tú me deseas.

—¿Tanto has querido?

Negó con la cabeza.

—Hoy me parece que no quise nada… Todo fue una dolorosa pesadilla. Sufrí un desengaño, y este me restó fuerzas para continuar queriendo…

—Sin embargo…

—Tú me enseñarás a querer.

Santiago la apretó entre sus brazos.

Deseaba besarla con apasionamiento, pero al mirar aquellas pupilas claras, comprendió que solo conquistaría a Mary con mucho cariño y ternura. Lo otro, llegaría después. Por eso, mordiendo el deseo, inclinó la cabeza sobre la otra y depositó en la mejilla satinada un dulce beso.

—Vendré mañana, querida.

—Adiós, Santiago.

Durante unos momentos, él permaneció inmóvil hasta que Mary llegó a la puerta de la casa. Antes de desaparecer del todo, ella

volvióse, saludando con la mano fina y alada.

—¡Eres maravillosa! —dijeron los labios del hombre, casi sin abrirse.

Luego echó a andar muy despacio; como si sintiera placer en medir los pasos al tiempo que pensaba soñando con la felicidad de los dos.

Capítulo 10

Lo dijo cuando, todos reunidos ante la mesa, daban fin a la cena.

—Voy a casarme.

La contemplaron incrédulos. Su hermano dejó de comer para buscar ansioso los ojos impávidos que continuaban posados en un punto inexistente, como si lo que acababa de decir no tuviera importancia ninguna.

—¿Con Raúl?

Tuvo que sonreír con esfuerzo. ¿Raúl…? ¡Pobre Raúl! Era rico y distinguido, mucho más que el marino, pero eso a ella no le interesaba; al unirse para toda la vida, deseaba algo más que millones y elegancia; anhelaba tranquilidad espiritual, y amor, mucho amor. Tal vez Raúl se lo hubiera dado en mayores dosis que Santiago, más no lo cambiaba. Él era rudo, pero franco y noble como todo buen marino.

—Me casaré con Santiago…

Saltaron todos a una.

—¿Estás loca?

—¿Por qué?

—No le quieres.

—Tampoco hubiera amado a Raúl. Además, espero quererlo con toda mi alma; se lo merece.

—Decididamente, has perdido el juicio.

No quiso decirles que se hallaba más cuerda que nunca. ¿Para qué? Quizá no la hubieran comprendido.

Se levantó de la mesa, y se fue a la cama, seguida de muchos ojos airados.

Ella sabía que deseaban su felicidad, pero como nunca les permitía entrar en su vida, ignoraban lo que sucedía dentro de ella. Por eso quizá no comprendían que Santiago era el más indicado para hacerla feliz.

A la mañana siguiente, Cora se presentó en su alcoba antes de que ella se hubiera levantado, Tuvo miedo. Cierto que quería a aquella muchacha un poco extraña, pero no menos cierto que su carácter la desconcertaba un tanto, por su forma brusca de reaccionar. Al verla ante ella con los ojos resplandecientes y la media sonrisa de ironía en la boca, que jamás dejaba de acompañarla, no supo qué pensar porque Cora no se lo permitió.

—¡Mary! —exclamó alegremente, yendo hasta ella y apretándola en sus brazos temblorosos—. No sabes lo feliz que me siento con la noticia que nos llevó ayer Santiago:

Mary la apartó un poquito, para mirarla fijamente.

—¿Tú, no le amas? —preguntó a quemarropa, sin dejar de contemplarla ansiosamente.

Cora soltó el cascabel de su risa.

—¡Absurdo, querida mía! Completamente absurdo. —Se reconcentró en sí misma y añadió quedito, mientras miraba abstraída a través del ventanal—: Desde que tengo uso de razón, quise a un hombre que no pudo ser para mí porque pertenecía a otra… Nunca más me enamoraré, ¡nunca! Tal vez llegue a formar un hogar, pero jamás lograré entregarme con el abandono de una novia. —Hizo una transición rápida y prosiguió, ya desechada la melancolía que ensombrecía sus pupilas—: No te preocupes por mí; estoy acostumbrada a sufrir.

—¿Y ahora? ¿Qué piensas hacer?

—Me marcho mañana.

—¿Tan pronto?

—Querida, fueron cuatro meses los que permanecí en Gijón. No está mal, ¿verdad?

—No; pero me gustaría que te quedaras hasta mi boda.

Fue entonces cuando Cora hizo la proposición que parecía llevar bien estudiada:

—¿Por qué no vienes conmigo a mi casa? Podrías casarte en el

pueblo.

—A Santiago no le gustaría.

—No lo creas. Quiere a mis tías muchísimo, y no le disgustará ciertamente, saberte a nuestro lado antes de formalizar las relaciones.

—¡Pero si ya están formalizadas!

—No lo ignoro. Quise decir hasta que te unieras a él para toda la vida. Yo voy con mi prima en el barco de un amigo del tío…

—¿Y te atreves a ir en barco?

—¿Por qué no? Me encanta, te lo aseguro. Anda —suplicó dulcemente—, ven con nosotros. Estoy segura que lo pasarás bien. Después, puede ir Santiago a reunirse contigo, y os casáis allí.

Aún dudó. ¿Y si al él no le parecía bien? La verdad era que le gustaría acompañar a Cora durante aquel viaje, y luego en el pueblo, donde estaba segura que lograrían compenetrarse más. Pero ¿y si después surgía algo que le impidiera unirse a Santiago, qué papel sería el suyo?

—No lo pienses más.

—Quizá te acompañe, pero antes necesito ver a Santiago. ¿En qué barco marcháis?

—En el «Rafita».

—¿De veras? Creo que te acompañaré, pues el capitán es un señor agradabilísimo, y su barco encantador.

—No sabía que lo conocieras.

—Al «Rafita» lo conoce todo el mundo como el mejor costero del Cantábrico. Y a don Ataúlfo no digamos; es muy complaciente y cariñoso con todos los pasajeros que hacen viaje en su maravilloso buque.

—Veo que todo lo relacionado con la marina te apasiona.

—Naturalmente: voy a ser la esposa de un bravo marino.

Ya se sentía más reconfortada. Sus ojos brillaban alegremente, como si todo el mal humor anterior se lo hubiera llevado el optimismo de su amiga.

—Quedamos en que hablarás con Santiago —dijo Cora, poniéndose en pie—. A la tarde volveré por aquí, para saber qué habéis acordado.

—Bueno.

Y se fue, después de besarla cariñosamente.

Mary permaneció aún varios minutos tendida en el lecho, con las manos tras la nuca y los ojos clavados en el techo. Claro que no veía nada de lo que miraba.

Su pensamiento estaba puesto en la tarde aquella, cuatro años antes, cuando en compañía del que ahora era su prometido y entonces no representaba para ella más que un juego de muchacha despreocupada y consentida, hubo de acodarse en la barra del bar de Elvira a tomar una cerveza con varios de los tripulantes del «Rafita»…

¡Qué satisfacción le había producido sentirse un marino más con Severo y Ton, los dos bravos marinos que eran amigos de Santiago! Desposeída de su empaque había bebido y charlado, sin sospechar que mucho tiempo después sería la novia de aquel muchacho de sonrisa franca y leal, que entonces solo era un pasatiempo para su coquetería de mujer moderna e insubstancial.

—Esto forma parte de la vida del marino —había dicho Severo, con aquella sonrisa siempre a flor de labios que tantas simpatías le había granjeado—. Así vivimos, esperando el momento de llegar a tierra y humedecer la garganta con una caña en el bar más popular de Gijón, donde se da albergue a todos los marinos…

Entonces la expresión la había dejado fría, pero ahora, al sentirse más mujer, comprendía el significa de de la frase, a la vez que le parecía que su vida se asociaba a todos ellos: buenos, francos, sencillos, exentos de la ficción que predomina hoy en el mundo. Ellos eran así, sin artificio, tal como Dios los había formado. Severo, con su ropa de trabajo sucia y vieja, decía lo mucho de bueno que se guardaba dentro de aquellos trajes un tanto manchados de grasa… Y Ton, el jovencito que se ocupaba de alimentar a aquellos lobos de mar, sonreía alegremente, expresando la bondad que inflamaba todo su ser de hombre que comenzaba a vivir, y ya sabía por qué Dios lo había traído a este trozo de mundo que ellos, todos unidos, convertían en un paraíso.

Después, ya alejada de su lado, pensó muchas veces en lo sublime que guardaban dentro de su misma rudeza, cuando la vida la hirió con sus más duros zarpazos y se vio precisada a hacer las comparaciones entre aquellos hombres de mar que envueltos en el peligro surcar los mares, expuestos siempre a la muerte, y aquellos otros que, sentados ante una máquina de escribir, esperan

pacientemente la hora de salir del trabajo y vivir según se les antoja, sin preocuparse de la existencia azarosa que han de llevar los demás.

Todos tenían su mérito y desempeñaban su papel, y ella no lo discutía; pero por haber padecido mucho, simpatizaba más con los marinos.

Irguió un tanto el busto y contempló la imagen del Carmen, que le sonreía dulcemente desde su marco de bronce.

—Protégeme, Virgencita —musitó, con los ojos bañados en llanto—. Tú bien sabes cómo voy confiada a él, después de haber resistido todo lo posible.

Luego quedóse quieta, musitando una plegaria que había de llegar al Reino de Dios, porque era buena y solo pedía la felicidad de ambos y el apoyo divino…

* * *

Pensó en Raúl nada más pisar la calzada.

Primero quedóse quieta en mitad de la calle; después, descendió con paso de autómata por el Natahoyo, hasta detenerse frente al estanco donde tenía la parada el tranvía.

Deseaba verlo. Es más, tenía que verlo, para rogarle que una vez más supiera perder. Ella precisaba formar un hogar al lado le otro hombre. Ya sabía que Raúl la amaba entrañablemente, pero no era solo eso lo que necesitaba para ser feliz.

Santiago era un hombre enérgico que jamás cedería en sus derechos, mientras que Raúl sería demasiado transigente, y esto no le agradaba.

Subió al tranvía. Era la hora del cese de trabajos en la fábrica de loza, y los obreros bajaban apresurados para alcanzar el tranvía que los dejara en sus hogares. Sin embargo, ella pudo acomodarse en la plataforma y llegar a Gijón sin moverse.

Encontró a Raúl en la terraza del «Náutico», jugando con varios amigos.

Al verla, corrió a su lado.

—¡Qué alegría, chiquita! ¿Cómo no me llamaste, que hubiera bajado en tu busca?

—Necesito hablarte, Raúl —dijo dulcemente, sintiendo pena por

el desencanto que estaba segura de ver muy pronto en el rostro noblote de su buen amigo.

—¿Tan grave es?

—Quizá.

Raúl miró en todas direcciones.

—¿Nos quedamos aquí, o quieres salir?

—Si te parece bien, salimos.

Despidióse de los amigos, y salió tras ella.

Durante breves segundos pasearon silenciosos, tomando la dirección del Muro. Allí, a aquella hora de la mañana, paseaban muchos veraneantes y los que no lo eran; todos deseaban disfrutar de una mañana de sol, contemplando la playa abarrotada de público, donde el agua ofrecía un sedante maravilloso para refrescar del sofocante calor.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó preocupado, pues adivinaba que Mary no le traía una buena noticia—. Podemos sentarnos en uno de estos cafés, y hablar sin que nos interrumpan. Mira, aquí mismo en el Bar Náutico, podríamos quedarnos.

—No. Sigamos hasta el Piles —negó ella.

—Si supieras cómo tengo el alma en un hilo, Mary… Presiento que me vas a dar uno de tus golpes recios.

—¿Te di muchos?

—No; pero los pocos fueron muy crueles.

Mary se detuvo, alcanzando el brazo varonil con sus dos manos.

—Voy a casarme —dijo a quemarropa, sin poder contener la amargura que experimentaba al lado de él—. Es necesario, Raúl.

Por espacio de algunos instantes, el muchacho permaneció suspenso, sin saber reaccionar. Luego apretó con su manó las otras que temblaban imperceptiblemente, y preguntó, rota la voz, brusca, enronquecida:

—¿Serás tan cruel?

—No me califiques así. Sé justo.

—¡Oh, Mary! Me pides justicia cuando no ignoras que siempre he sido razonable y comprensivo, y jamás te molesté con mi insistencia. Ahora es diferente; he soñado locuras que hubiéramos vivido los dos… Te he creído más mía que de nadie, y nadie también como yo te asoció a su vida con la ternura que yo lo hice.

—Pero si la vida es así…

Cortó brusco, plantándose ante ella con rabia y desprecio:

—¿Cómo es la vida? ¡Contesta! ¿Cómo es? ¿Es que tú sabes lo que dices? Me has hecho concebir ilusiones que ahora, con una simple palabra, lanzas por tierra con la misma indiferencia de una criatura que ignora lo que encierra la palabra amor. Nunca te perdonaré, Mary, ¡nunca!

—¡Raúl!

—¿Aún pretendes que no me duela? Es inicuo tu proceder. Nunca fui malo, mujer —añadió, mordiéndose los labios con fuerza —, pero estoy seguro de que desde hoy seré un desalmado.

—No harás eso, Raúl. Has de comprender mi situación. Has de…

—¡Calla! —rugió fuera de sí—. Tu proceder es el de una… ¡Maldita seas criatura, que me robas lo mejor que había en mí!

—¡Raúl! —llamó desesperadamente, intentando seguir los pasos recios que lo conducían lejos de ella—. Espera, Raúl…

El hombre ni siquiera volvió la cabeza. Iba rabioso y desesperado. Se le notaba al andar que un gran dolor aniquilaba su espíritu, y parecía un beodo caminando vacilante, con la cabeza inclinada sobre el pecho y las manos hundidas en las profundidades del bolsillo.

Mary dio la vuelta lentamente, perdiéndose en una calle solitaria. Ya la mañana no le parecía tan clara y luminosa como antes. Ni los bañistas atraían su mirada. Todo parecía haber muerto tras la incomprensión del hombre que siempre había sido para ella un buen amigo, y hoy presentía, y no sin razón, que lo perdía para toda la vida.

Pensó en Santiago. Analizó, según los pasos la encaminaban al muelle, en el amor que experimentaba por el marino, y hubo de confesar que aunque no era mucho ni estaba bien afianzado, era su única ilusión, la alegría de vivir, y muy pronto sería, además, su gran pasión. Lo presentía, porque no ignoraba nada relacionado con la sicología de Santiago, que se le había mostrado en todos los aspectos; en los buenos y en los malos; era un verdadero hombre que, estaba segura, hubiera reaccionado más serenamente que Raúl cuyo carácter acababa de revelársele en aquel momento. ¡Y qué desfavorecido se le mostró!

Capítulo 11

Durante todo el resto del día permaneció encerrada en su cuarto, sin querer ver a nadie. ¡La había dejado tan dolorida todo aquello…!

Cuando Santiago llegó al jardín, ya muy entrada la noche, y se le reunió ella, sintió unos deseos casi enfermizos de fundir su corazón con el otro y pedirle que la llevara muy lejos, donde estuvieran solos los dos.

—Estás triste —dijo él, cogiéndole una mano y ayudándola a sentarse a su lado en un banco, bajo una enredadera—. ¿Qué tienes? Te noto nerviosa.

—Pues no me pasa nada.

Le alcanzó la barbilla delicadamente, haciéndole elevar las pupilas hasta su rostro.

—Vamos, sé franca y, mirándome, di que no te pasa nada.

Le hurtó la mirada. ¿Cómo decirle que durante todo el día se había sentido la más desgraciada de las criaturas?

—Mary, chiquilla…

La abrazó con suavidad, pasando una y otra vez la palma por la frente tersa. Ella hizo un gesto que parecía querer decir: «No me atormentes y déjame…».

Santiago alcanzó con sus dos manos el rostro pálido.

—Estás muy linda, pero te siento más alejada de mí que nunca. ¿Es que te has arrepentido? De todas formas —continuó susurrando tiernísimo, sin dejar de acariciar la carita impasible que permanecía

apoyada en su hombro con abandono y casi indiferente—. No podré prescindir de ti jamás, ¡jamás! Si supieras cómo sueño cuando te asocio a mi vida…

La interrumpió sin cambiar de postura, pero en su voz había un matiz extraño que lo sobresaltó.

—Dime, Santi, dime toda la verdad. Si yo te dijera que no podría quererte nunca, porque amaba a otro hombre y me iba a casar con él, ¿qué harías?

El marino la apretó, frenético, entre sus brazos potentes. Se le notó inquieto y dolorido, pero la voz que ella oyó era normal, casi imperceptible, eso sí, pero exenta de rudeza.

—Te dejaría, Mary. Me sentiría el hombre más desencantado del mundo, pero por ser quizá un verdadero hombre, permitiría, sin reprocharte nada, que siguieras tu camino al lado del que tenía más derechos que yo, puesto que había sabido llegar a tu corazón.

—¡Santi, chiquillo mío!

* * *

Habían transcurrido muchas horas, y aún permanecían en el mismo lugar.

Santiago se sentía el más feliz de los hombres al lado de aquella chiquilla que era para él una revelación maravillosa, algo que nunca se atrevió a imaginar siquiera, porque le daba miedo tanta felicidad.

La noche parecía más diáfana bañando el contorno que se le antojaba de ensueño; las estrellas titilaban juguetonas, en el firmamento, cuya luminosidad llegaba a los corazones de ambos.

Ya nunca más se lanzaría mar adentro llevando en el alma aquel vacío que le restaba alegría durante toda la travesía, porque temía que al retorno Mary ya no existiera para él. Ahora la sentía suya: muy cerca de su corazón, muy dentro de su vida; la vida íntima que él haría dulce y maravillosa para los dos.

La contempló extasiado, durante breves segundos. Ella era preciosa… No, había mentido; sin remedio había de juzgar imparcialmente, como siempre, y confesarse que Mary no era de una belleza clásica, no; poseía, sin embargo, algo más, que atraía y subyugaba. Luz en los ojos claros; dulzura y pasión en la expresión un tanto enigmática, que para él ya nunca más guardaría secretos…

La epidermis de su rostro de pétalo, parecía más blanca bañada por la luz de la luna. Y las manos suaves, que se posaban tiernamente entre las suyas, oprimiendo juguetonas sus dedos largos, dejando en todo su ser aquel cosquilleo que era pasión y ternura a la vez.

—Parto esta misma noche, Mary —dijo quedito, inclinando la cabeza morena y buscando avaricioso la mirada clara que nunca se cansaba de contemplar—. No volveré hasta dentro de un mes.

—¿Tanto?

—Sí. Me gustaría casarme hoy mismo, y llevarte conmigo.

—Quiero esperar.

—¿A quererme más?

La mano de Mary golpeó, cariñosa, la mejilla rasurada.

—No me seas…

—Termina… Anda, dime qué pensabas decir.

—Que pareces coquetear conmigo.

—¿Y si fuera así?

—He de confesar que te tengo miedo.

—¡Mary!

No, no. Verlo tan apasionado le daba miedo, un miedo terrible, porque temía que todo fuera un sueño que se iba a desvanecer y no volver más.

—Quieto, y déjame continuar. Si tú marchas, yo también lo haré.

—¿Qué dices? —Y se le notaba estremecido ante la incógnita.

Mary rio quedito, alegremente.

—¡Tonto…! Cora me ha invitado para ir a su casa un mes o dos.

—¡Ah!

—¿Qué temías?

—¿No lo supones?

—Eres un visionario.

—Soy un loco que te ama apasionadamente y está anhelando que llegue el momento de hacerte suya para toda la vida. ¿No adivinas, Mary?

—Si tú no me lo dices —quiso ser un poquitín coqueta, para que Santi perdiera un tanto la compostura que ella deseaba alejar aquella noche, porque sabía que sería la última en mucho tiempo—. Me estás pareciendo un ser enigmático.

—¿Yo, para ti, enigmático? Nunca, nunca… —musitó

entrecortadamente, apretándola fuerte contra su cuerpo, y posando la boca en la mejilla, que zalamera acariciaba la suya un tanto áspera.

—¡Mary!

—¡Santi! ¡Niño mío!

Siguió un silencio que resultaba más elocuente que todas las palabras; no se atrevían a hablar por temor a romper el encanto.

—Me iré en el «Rafita» —dijo después, sin moverse, dejando que la boca viril permaneciera muy quieta en su mejilla—. Deseo experimentar la sensación que produce un viaje por mar. Nunca he ido, y deseo acompañar a Cora y a Chon.

—¿Y si te mareas?

—No me marearé.

—En eso de nada sirve que tú lo quieras o no.

—¿Ser prometida de un lobo de mar, y marearme? Nunca —rio feliz, mientras él la seguía contemplando con adoración—. Me consideraré despreciable si me mareo.

—¡Mujercita!

—¿Me permites que vaya?

—Naturalmente. El tiempo es espléndido, y el barco puede dejaros muy cerca del pueblo.

—¿Luego, no irás a verme?

—Tan pronto como el «Norte» vuelva a Gijón.

—Entonces, Santi, querido mío, me considero la más feliz de las criaturas.

Aún permanecieron allí algún tiempo más. Todo el que ambos necesitaban para saciar toda el ansia que durante muchos días no podrían satisfacer.

—¿Pensarás en mí?

—Todos los minutos, todas las horas. Viviré para tu recuerdo. Si supieras…

—¿Qué?

El hombre suspiró hondo, como si le faltara aire.

—No anhelo más ventura en este mundo que hacerte mía. Sé también que aún no me amas como yo a ti; pero tampoco ignoro que me querrás apasionadamente, como yo deseo. Anda; ahora vete, porque me estás volviendo loco con tus ojos de ensueño.

Luego, la luna aún tuvo motivos para reír burlonamente, un

poquito envidiosa. ¡Era tan bonito querer, ser querido, y besar unos labios amados…!

Cuando se vio ante sus hermanos, interrogó Julio, con el rostro resplandeciente:

—¿Esta vez va en serio, torbellino?

—Sí.

Maru intervino feliz.

—No sabes la alegría que nos produce verte, al fin, dichosa.

Los abrazó a todos. ¡Necesitaba tanto saberse querida…!

—El otro día no pensabais así —dijo dolorida.

—Es que aún temíamos que cometieras un disparate.

—Ya ves cómo no. Mañana me marcho con Cora y Chon, a pasar una temporadita al pueblo.

—Sé comedida, Mary —aconsejó el hermano—. Ante todo, mira bien lo que haces.

—Lo he pensado mucho. Ya lo tengo todo meditado —luego fue al lado de Cuqui y Julio, a quienes apretó entre sus brazos—. Ahora solo anhelo casarme, y tener unos nenes como mis sobrinos.

Todos rieron. Mary nunca dejaría de bromear, aunque pasara por el trance más apurado de su vida. ¡Precisamente allí radicaba su valor espiritual!

* * *

El «Norte» había zarpado la noche anterior.

Ahora, las tres de una tarde maravillosa, en que el cielo mostraba su semblante más sonriente nuestras amigas Cora, Chon y Mary, se acodaban en la borda del «Rafita», mientras sonreían a los amigos y familiares que habían ido a despedirlas hasta el muelle.

El barco fue desatracando lentamente, hasta que se vio en mitad del mar que se extendía en Fomento…

—¡Cuidado con el mareo, Mary! —gritó Lucy, agitando la mano en un último adiós.

—¡Pobrecilla! —rio don Ataúlfo, desde el puente, donde atendía al gobierno del buque—. Puedes tener por seguro, Lucy, que hoy tu amiga lanza por la borda hasta el corazón.

Cora, que se hallaba a su lado, protestó, indignada cómicamente:

—Eso no se lo puede echar, porque se lo llevó el «Norte» ayer

noche.

Rieron la ocurrencia.

Severo y Leso, los dos amigos de Santiago, se acodaron al lado de Mary.

—Yo no lo creo que te marees, Mary —dijo Leso—. La prometida de un marino nunca se marea.

—Pues yo pienso lo contrario —sonrió Severo, encendiendo un pitillo mientras erguía su cuerpo atlético—. Mary tiene ya cara de mareada.

—Será por vuestra culpa.

—La culpa solo la tiene el mar. El barco se mueve un poquito más de la cuenta…

El viaje fue plácido, aunque Mary, según todos habían pronosticado, se mareó tanto que bien pronto hubo de tenderse en la cámara del capitán.

Al llegar frente a Porto, pueblecito perdido entre montañas, una lancha motora, propiedad de la familia de Cora, salió mar adentro para recoger a las viajeras, pues el barco no tenía entrada en el pequeño puerto…

A Mary todo le parecía un sueño. Los familiares de su amiga se le antojaron seres irreales. Todo tenía para ella un aspecto mágico.

—Te aburrirás —le dijo una de las tías de Cora, después de haber cenado y cuando ya estaba en la cama—. Esto es excesivamente monótono y triste.

Mary sonrió débilmente. ¡Le dolía tanto la cabeza! Solo deseaba dormir y pensar.

¡Pensar! ¿Y para qué? Los pensamientos no tenían cabida en su cabeza aquella noche, en que ansiaba sumergirse en el placer del sueño.

Había dicho que el pueblo era triste y monótono. ¿Y eso qué? Ella anhelaba tranquilidad, monotonía, silencio… ¿Que todo aquello se prodigaba en el pueblo? ¡Mejor! Así no tendría necesidad de excitar su espíritu, que ya venía harto baqueteado…

* * *

Se levantó muy temprano. Aún todos dormían.

Aproximóse al balcón, y miró el mar, que se extendía infinito

tras la cinta policroma del horizonte. ¡Qué bello era! Las ondas formaban a lo lejos caprichosos dibujos, movidas por la brisa mañanera. ¿Por qué ahora siempre se estremecía al posar los ojos en las aguas que guardaban para ella la máxima ilusión?

Su corazón palpitaba emocionado al evocar el recuerdo del hombre que navegaba incansable, luchando contra las olas… ¡La ilusión que renacía de nuevo, potente y vigorosa!

Cuando aquella mañana bajó a la playa en compañía de Cora y Chon, lo primero que divisaron sus ojos espantados fue la figura de Raúl, erguido en el muelle.

El ceño de Cora se frunció, mientras sus pupilas se clavaban interrogantes en la faz pálida de Mary.

—¿Quieres explicarme…? —preguntó, mientras embarcaban en una lanchita—. Ahí tienes al único hombre que Santiago aborrece.

—¿Y bien?

—¿Por qué ha venido?

Sintió una oleada, de rabia empurpurarle el rostro. ¿Es que dudaban? ¿Tan poca fe tenían en ella?

—Lo ignoro —repuso, mordiendo la reacción que parecía pincharle el alma—. ¿Es que acaso tengo yo algo que ver con él?

—Has tenido.

—Ahora no.

Cora nada repuso. Se advertía que estaba violenta y malhumorada. Continuó remando, sin volver a abrir la boca, pero un buen observador hubiera notado que un mundo de coraje se agitaba dentro, en lo más hondo de su corazón de mujer, prima del hombre que confiaba en Mary con fe absoluta…

Vieron cómo Raúl se lanzaba al agua y nadaba en dirección a ellas.

En seguida lo tuvieron colgado de la lancha, al lado de Mary.

—Vine en tu busca —dijo rápido, sin esperar ser interrogado—. Me han dicho que venías aquí; cogí el auto, y ya ves: sigo contemplando a mi querida Dulcinea.

La expresión del rostro era cínica y fría. Cora no lo notó, sin embargo, para ella solo tenían importancia las palabras audaces que decían bien poco en favor de su amiga, a quien ella había creído buena y noble, y en aqueja mañana estaba temiendo haber hecho un juicio demasiado prematuro, ya que Mary, sin dejar de sonreír,

miraba a Raúl como la cosa más natural del mundo.

Lo que ignoraba Cora era que su amiga sentía desencadenarse en su interior una lucha terrible, de esas que roen y aniquilan un alma de mujer. Mary creyó que estaba a punto de llegar a la meta, y de repente comprobaba que surgía un imprevisto escollo que sin remedio tenía que destruir con habilidad, puesto que los grandes enemigos precisan de mucha sutileza en el antagonista para quedar desbancados.

Cierto, también, que jamás se le había ocurrido pensar en que Raúl guardara bajos sentimientos bajo la sonrisa franca de su rostro vulgar. Ahora lo comprendía, y una congoja inmensa invadía su ser, porque de nuevo había de confesarse que el mundo era despreciable, y los seres que lo pueblan, más aún. ¿Es que no terminaría de sufrir jamás? Ella había hecho todo lo posible por librarse de la garra opresora que durante años, infinitos años —le parecía que toda la vida—, atenazó su corazón de mujer que busca ansiosa su liberación.

—¿No te bañas, Mary? — preguntó de nuevo Raúl, con aquella sonrisa a flor de labios que tanto daño le estaba haciendo. —Te aseguro que el mar está delicioso en esta parte—. Una rápida transición, y añadió irónico—: Esto es muy aburrido, ya me lo estoy figurando, pero estando tú aquí, ¿qué me importa?

—Te he dicho que me voy a casar.

—Lo sé.

—Pues entonces…

—Querida —cortó, riendo alegremente—. Mientras no decidamos los dos llegar a la vicaría…

Mary hizo un brusco movimiento, diciendo con los dientes apretados:

—Cuando me case, no serás tú mi marido, Raúl; eres de lo más despreciable que conozco, y no me explico cómo he sido tan idiota que no lo comprendí hasta ahora. —Volvióse a Cora, que permanecía impasible, con los remos en el aire, y dijo fríamente—: Llévame a tierra.

Era lo que Cora estaba deseando. Dio un brusco golpe de remo, y Raúl se soltó de la barca, pero se engañaba Mary si creía que todo iba a terminar allí. Cierto que Raúl nadó despreocupadamente en dirección al muelle, pero lo vio con la sonrisa de fina ironía en la

boca que se apretaba burlonamente.

—He de marchar de nuevo, Cora —dijo Mary, cuando ascendían por el sendero que las llevaba a casa—. No podré resistir un día más la presencia de ese hombre aquí.

Y era cierto. Jamás creyó que la proximidad de aquel hombre produjera en su ser aquella desazón; se debatía en un mar de dudas e inquietudes, porque le parecía que Santiago había de juzgar aquello de la misma forma que Cora lo estaba haciendo, y eso equivalía a humillar su dignidad de mujer fuerte, de espíritu recio y alma de temple. ¡Qué sabían ellos de las torturas que había sufrido! Nunca, aunque vivieran miles de años a su lado, sabrían comprenderla acertadamente, tal como era y no como se atrevían a imaginarla.

—¿Qué puede importarte, si en realidad no tiene nada que ver contigo? —preguntó Cora, cuándo las dos se hallaban sentadas en la habitación que habían destinado a Mary—. Raúl te quiere…

—¿Crees que es así?

—Y tú también —dijo, sin dar respuesta a la pregunta que iba impregnada de amargura, aunque Cora, firme en su propósito de saber lo que creía la verdad, no quiso advertirlo.

Mary retorcióse las manos con marcada desesperación, pero también firme en su orgullo de mujer sin mácula, mordió la réplica aguda y repuso con toda la indiferencia que le fue posible:

—Si lo crees así, no pienso discutirlo, puesto que esto es algo que solo atañe a Santiago y a mí.

Cora la contempló durante breves segundos. Después sonrió entre dientes, al tiempo de dar media vuelta y perderse en dirección al pasillo.

Mary se tendió en el lecho. Pegó las manos a las sienes que parecían arderle, y dijo bajito, con amargura infinita, mientras clavaba los ojos en la imagen que presidía la cabecera de la cama:

—Es mala, Dios mío; mala, perversa… ¿Cómo no lo he visto hasta ahora, que me vine a meter en su casa? ¿Protégeme. Virgencita?

Desde aquel día, formóse el firme propósito de no volver a salir de casa.

A través de la pequeña ventana veía a los bañistas zambullirse en las aguas transparentes, sintiéndose más sola que nunca, rodeada

de aquella gente que en cierto modo le era desconocida, puesto que hasta Cora, en quien ella había confiado, parecía volverse contra su dolor, despreocupándose de la amargura que roía su alma…

* * *

Transcurrieron muchos días, antes de que Mary decidiera la marcha.

No podía, aunque se lo propusiera, emprender el regreso, puesto que Santiago confiaba en ella, y si al fin se decidía a volver a Gijón, tendría motivos más que sobrados para creer en todo lo que Cora quisiera decir…

Pero ¿podría decirle algo, en realidad? Aún se resistía a creerlo, puesto que a fuerza de tratarla había de confesarse que aquella muchacha podía ser extraña, incapaz de encarnar dos personalidades que quizá no existiesen en ella.

Aquella mañana se levantó de mal humor, asqueada, furiosa. Lo primero que llegó a sus oídos fue la voz de Raúl, que hablaba con las hermanas de Cora en el jardín del chalet.

¿Por qué volvía? ¿Qué buscaba allí, si de sobra sabía que nunca, aunque se viera precisada a pedir limosna, consentiría en ser su esposa? Además, en la soledad de aquel pueblecito, hundida siempre con su otro «yo», reconcentrada consigo misma, absteniéndose de salir al exterior, salvo a la huerta, había aprendido a querer a Santiago. Ya le sería de todo punto imposible formar un hogar con otro hombre, puesto que este —y si no, ninguno— sería el dueño de su vida.

Aquella mañana, al entrar en el comedor, anunció:

—Me marcharé esta tarde.

Las tías de Cora la querían ya. Y esto no era de extrañar, porque hacía más vida con ellas que con las sobrinas.

Gertrudis, la mayor, que se hallaba poniendo flores en un búcaro, se volvió en redondo al oírla.

—¿Qué dices, criatura? A Santiago no le parecerá bien.

—Cuando yo le explique, sabrá comprenderme.

—Aun así…

La respuesta salió rotunda, propia de su carácter enérgico y serio:

—Me iré en el coche de las tres de la tarde.

La dama nada objetó. En el fondo, la comprendía y la disculpaba. Se la habían llevado a casa por ser novia de su querido sobrino. Y había observado que Raúl se acercaba allí todos los días con intención de ver a Mary, sin conseguirlo, porque esta se abstenía de salir de la huerta, adonde él no podía llegar en forma alguna, y de la observación había sacado la conclusión siguiente: Mary era encantadora, franca, leal, cariñosa; se le notaba que había sufrido mucho, y por eso mismo, tal vez, comprendía mejor la vida. Raúl era un entrometido, sin dignidad ni sensatez suficientes para apreciar el valor moral que encerraba aquella muchacha que Cora quería, aunque esta demostrara lo contrario con la llegada del engreído personaje.

¿Que deseaba marchar? Bien sabía Dios que no lo impediría. Además, se hacía cargo de lo violento que tenía que ser para ella todo aquello.

—Bien —dijo al fin, yendo hasta Mary, y contemplándola cariñosa—. Si quieres marchar, hazlo, querida. De todas formas, pronto os veré de nuevo, ya que pienso ir a la boda.

De aquella forma simple, pero muy precipitada, se dispuso el viaje de la muchacha.

Cuando Mary se halló dispuesta para marchar, Cora apareció en el umbral del cuarto.

—Me han dicho que te marchas… —murmuró, aproximándose muy lentamente—. ¿Es cierto, Mary?

—Sí.

Un silencio, que interrumpió Cora con voz alterada.

—Lo siento.

Mary la miró interrogante.

—No lo parecía —dijo indiferente.

—Confieso que te he juzgado mal, querida Mary, pero estoy arrepentida.

—Eres una chiquilla, Cora; necesitas aún vivir mucho para comprender las cosas.

—Si supieras cómo las comprendo todas…

—No lo parece.

—Pues es así.

Mary hizo un gesto brusco.

—No te preocupes, Cora... De todas formas, llevo un recuerdo grato de todo esto.

—Raúl me ha dicho...

Como un resorte, se volvió Mary. Sus ojos fulguraron.

—¿Qué vas a decir? No me lo nombres, muchacha, porque entonces temo que no pueda aguantar más.

—Yo...

—Calla. Antes de marchar, quiero que sepas que te quise mucho, mucho, pero desde que llegué a tu casa dejé de quererte porque comprendí que no merecía la pena preocuparse por un cariño, que no era correspondido. Ignoro aún si has estado enamorada de Santiago... Es más, me tienen sin cuidado que le quieras o no. Raúl —soltó una carcajada histérica, que parecía un sollozo— es tan mezquino y bajo como tú.

Fue al terminar Mary y exhalar un suspiro de alivio, cuando Cora se tiró sobre el lecho, rompiendo en fuertes sollozos. En principio, Mary quedóse suspensa; luego, reaccionando, fue hacia ella, suplicando quedito:

—No llores, Cora. Puede ser que te haya juzgado demasiado severamente.

La voz de Cora salió rota y amarga:

—Yo te quiero, Mary; tanto, tanto, que por quererte así fui cruel contigo, porque tuve miedo que Raúl te convenciera y dejaras a Santi, que te quiere mucho.

—¿Tú, no le amas?

—No —saltó impulsiva, poniéndose de pie de un salto—. Si yo quisiera a tu novio, te lo hubiera dicho.

—En realidad, me importa poco que estés enamorada de Santiago. Yo ya no sé si le quiero o no...

—¡No digas eso! —saltó Cora, apasionada—. Santiago merece que le adoren.

Allí estaba lo que Mary presentía. Cora amaba a Santiago con toda la vehemencia de su temperamento impulsivo y exclusivista. Ya no podía negarlo, porque sus ojos, hincados con sarcasmo en la faz descompuesta de Cora, lo estaban viendo sin necesidad de hacer un gran esfuerzo.

—Bien está, querida —dijo fríamente, sin moverse—. Si le quieres, te lo cedo...

—¡No le amo!

Mary fue hacia ella y, alcanzándola por los hombros, escudriñó en las gemas apagadas de aquella muchacha, que hoy se le estaba revelando de una forma despreciable, pues descubría que le faltaba la entereza suficiente para hacer frente a la situación y confesar, al fin, que amaba al hombre que ella deseaba para marido. Cora era cobarde. Jamás lo hubiera imaginado, porque no meditó profundamente en todo lo sucedido desde que se conocieron. Ahora ya no podía negar, porque se lo estaban diciendo los ojos negros que se empeñaban en hurtársele, y el temblor de los hombros que ella aprisionaba con sus manos finas.

—Te desprecio, Cora —manifestó con intensidad y coraje—. Eres mezquina, porque jugaste con dos barajas… —La soltó, y dando la vuelta, añadió, dirigiéndose a la puerta—: Cuánto más noble hubiera sido que me lo confesaras al principio, cuando todavía hubiera podido dejarte el campo libre… Hoy ya no lo hare, porque me siento ansiosa de cariño, y sé que Santiago me lo dará y yo le corresponderé.

Llegó al umbral, con la maleta que alcanzó del suelo. Abrió la puerta y, antes de desaparecer, aún agregó:

—Me has traído a tu casa para apartarme de él. Pero como Dios es tan grande y misericordioso, me advirtió a tiempo, porque Él no ignora que merezco un poquito de felicidad, y Santiago me la dará.

Esperó que Cora dijera algo, pero no fue así.

—Adiós, Cora. De todas formas, yo te perdono.

Después salió lentamente, cerrando la puerta tras de sí. Con la maleta en la mano, cruzó el jardín. Ya se había despedido de las tías de Santiago, a quienes había advertido que Cora la acompañaría hasta el auto de línea que hacía el recorrido desde el pueblecito a Gijón. Confiadas en ello, se fueron a dormir la siesta, sin sospechar que la prometida de Santiago, caminaba sola, sumida en mil tristes pensamientos.

—¡Mary! —llamó Chon, saliendo de entre los árboles y plantándose ante nuestra amiga.

—¿Pero qué haces aquí? —preguntó extrañada, pues la imaginaba correteando por los prados, en compañía de otras muchachas—. Pareces asustada.

—Y tengo motivos para ello.

—¿Por qué?

Chon se cogió de su brazo.

—Continúa caminando, Mary. Voy contigo hasta el auto.

—Pero antes, me dirás por qué estás asustada.

—Oí toda la conversación que has tenido con Cora.

Mary se estremeció.

—No debiste hacer eso.

—Fue sin querer. Tomaba el sol bajo la ventana y… Bueno, lo sé todo.

—Me duele que lo sepas, Chon.

—¿Porque así comprendo mejor quién es mi prima?

No, no. Jamás consentiría que se hiciera de Cora un juicio equivocado. Había obrado de aquella manera porque estaba enamorada, y el amor es ciego cuando Se empeña en hacer nido en un corazón apasionado.

—Debes de ser noble, Chon —dijo, apretando el brazo que se enlazaba con el suyo—. Cora es buena.

—¿Buena?

—Calma, querida impulsiva. Cora aún ignora ahora el daño que me hizo, pues si ella no dudara de mí, jamás me hubiera ido de aquí, aunque Raúl viniera a importunarme. Además, trató le engañarme desde el primer momento, pero se equivocó: a fuerza de sufrir, aprendí a ser observadora, y para mí, desde hoy, Cora es un libro abierto.

—¿Y aún la defiendes?

—¿Por qué no? Tiene la imaginación enferma, ¿sabes?; bastante desgracia tiene la pobrecita.

Chon tenía algo que decir. Se le notaba en el gesto y en los ademanes.

—La verdad es, Mary… —comenzó lentamente— que no comprendo muy bien el motivo por el cual te marchas. Desde luego, las tías te quieren bien, y Santiago estará muy conforme con que te quedes una temporada, hasta que él venga a buscarte.

Negó rotunda.

—No puede ser, Chon. Aquí me encontraría siempre violenta; yo me considero una intrusa, mientras que Cora es la sobrina predilecta. Además, no deseo ciertamente que por mí haya un disgusto en la familia.

—Pues antes de marchar, has de saber —saltó al fin, completamente descompuesta, pues conocía a Mary, y sabía lo injusto que era portarse mal con ella— que, hace dos días, Cora echó una carta para su primo.

—¿Santiago?

Chon afirmó tristemente.

—Puedes suponerte lo que diría esa carta.

Mary permaneció callada, sin dejar de caminar. Sintió cómo dentro parecía rompérsele el alma, pero a los ojos solo asomó un brillo que podía ser de lágrimas o de rabia.

—Ya lo sabes, Mary. Te lo digo para que vayas prevenida.

La muchacha suspiró hondo.

—Si supieras, querida Chon, que amo a Santiago con toda mi alma, y que si lo amo así es porque ella, con su mala conducta, me enseñó a quererlo… —Hizo una pausa, larga dolorosa; luego prosiguió quedito, como si le costara esfuerzo hablar—: Sin embargo, no haré nada por atraerlo. Llegaré a Gijón, buscaré donde trabajar, y allí me quedaré hasta que él venga a buscarme. Si es bueno y me quiere de verdad, como aseguró, vendrá; si, por el contrario, da crédito a las calumnias de Cora, lo despreciaré, porque habré de creer forzosamente que es como ella.

—Santiago no es así.

—Lo veremos.

Llegaron al lugar de partida del autobús. Este apareció en seguida.

—Da un abrazo a cada una de las tías —dijo tristemente, subiendo al coche—. Bien creí que mi estancia aquí sería más grata; pero Dios lo ha querido así, dejémoslo.

—Dile a mamá que yo iré dentro de unas semanas.

—No seas tonta, y quédate. Aquí se pasa bien una temporada.

Mary se emocionó. Aquellas chiquillas, tanto Chon como Lucy, la querían de verdad, sin artificios ni doblez; como se debe querer.

—Ten paciencia, muchacha. Tal vez Cora no es tal como la imaginamos.

—¡Es peor!

Tuvo que reír. Chon era deliciosa. La abrazó de nuevo, fuerte, muy fuerte.

—¡Por Dios, no vuelvas a Madrid! —pidió, antes de dejarla.

—No temas. Aquello ha muerto para mí.

—¿Me escribirás?

—Desde luego.

Antes de separarse, Mary añadió:

—Que Raúl no se entere que me he ido.

—Cora se encargará de ponerlo al corriente.

—¡No será tan mala!

Al fin se vio sola, camino de Gijón. ¿Qué sucedería allí?, preguntábase, con la vista perdida en la carretera, que iba pasando ante sus ojos con velocidad vertiginosa.

Capítulo 12

Santiago se hallaba en Bilbao.

Aquella tarde se sentía aburrido y amargado… No encontraba sosiego en ninguna parte; todo le molestaba, y hasta el aire burlón de su amigo le hacía daño.

—¿Qué tienes? —le preguntó Pedro, acodándose a su lado—. Pareces desesperado.

—Pues no lo estoy.

—Te creeré porque así lo deseas.

—No ironices, Pedro; sabes bien que me molestas.

El oficial encendió un cigarrillo, al tiempo de ofrecerle otro que rechazó.

—¿No fumas?

Dio vuelta en redondo, mirándolo furioso.

—Te has propuesto descomponerme, y lo vas a conseguir. ¡No quiero fumar! —gritó, mordiendo con saña los labios—. Vete, y que no te vea en el resto del día.

—¿No has tenido carta?

Era lo que faltaba. Lo miró de arriba abajo y salió disparado para no matarlo, pues si permanecía un minuto más a su lado estaba seguro de cometer un disparate.

Encerróse en su camarote.

Tendido en la cama abrió de nuevo la carta que había llegado a su poder dos horas antes. No se explicaba cómo podía contener la furia, después de sentir en todo su cuerpo aquel desasosiego que era dolor y coraje a la vez.

Los ojos fulgurantes recorrieron, ávidos, las líneas apretadas.

Cora era buena; era casi una hermana para él, puesto que, por quererlo demasiado, le ayudaba a soportar la humillación que Mary, con su cinismo, le estaba proporcionando. Aquel Raúl… Era vergonzoso, y no se explicaba cómo no había cogido un auto para lanzarse en su busca y escupirle al rostro su… ¡Maldita sea, qué mala pata había tenido al enamorarse de aquella muchacha casquivana, que no conocía al dignidad ni el dolor…!

… «Claro que hay que tener en cuenta que Mary es una chica moderna, y para ella estas cosas no tienen la menor importancia, ya que la presencia de Raúl en el pueblo no representa nada, aunque las habladurías… Por ti, naturalmente, pues Mary se ríe de esas cosas…».

No pudo continuar. Le sería de todo punto imposible permanecer en aquella inercia cuando su amor era pisoteado una vez más.

¿Y si como decía Cora, la presencia de Raúl en el pueblo fuera casual? Todo podía suceder, aunque… Se puso en pie, y salió a cubierta furioso, temblando como un infeliz, sacudido todo su cuerpo por aquel nerviosismo que le agitaba.

—Vaya, ya estás de vuelta —rio Pedro, sin dejar de aspirar el humo de su pipa—. Veo, amigo; que estás insoportable.

Santiago no sé detuvo allí. Continuó caminando. Salió del barco y se perdió muelle adelante, sin volver la cabeza. El tercer oficial se aproximó a Pedro.

—¿Qué le sucede al capitán? —preguntó, acodándose a su lado —. Parece una fiera enjaulada.

—Tuvo una carta esta mañana…

—¿De la novia?

—Vete tú a saber. El caso es que se puso de ese humor, y que no hay quien le aguante. Apuesto cinco contra uno, que esta noche se la pasa en cualquier garito indecente. Presiento que el asunto se relaciona con Mary La Fuente.

—La quiere demasiado.

—Siempre la quiso.

—Ella es guapa.

Pedro silbó prolongadamente.

—Está… —hizo un guiño con los ojos burlones— verdaderamente, como para volver tarumba a cualquiera.

—Si te oye Santiago…

—¡Bah! Buen caso le hago. A mí me gusta una mujer, y lo digo aunque sea a su mismo padre.

—¿Cuándo salimos? —preguntó el tercer oficial, y torciendo el gesto giró la charla.

—Esta madrugada.

—Dijo el agregado que seguíamos otro rumbo.

—No hagas caso: vamos a Gijón.

—El capitán estará contento.

—No lo parece mucho.

Y era cierto. Nuestro amigo vagaba por la ciudad como un alma en pena. Cuando ya todo lo creía solucionado, surgía de nuevo ella con un inconveniente… ¿Ella? No, había que ser sinceros. Mary le había escrito en los mismos términos o parecidos que siempre, cariñosa, sencilla… ¿Entonces? ¿Por qué aquel alejamiento del pueblo sin advertírselo, como si él fuera un extraño?

Aún ignoraba si se hallaba en Gijón. Ellos atracarían al Musel al día siguiente. ¿La encontraría allí? Presentía que sí, pero quizá la hallara en compañía de aquel hombre odioso que le hacía despertar ansias locas de asesinato dentro del corazón que siempre había sido noble.

Cuando llegara allí, la buscaría. Necesitaba verla, aunque fuera para recibir un nuevo desprecio.

* * *

Mary acudía todos los días a la oficina donde prestaba sus servicios desde que había llegado a Gijón. Era un trabajo entretenido. Con aquella ocupación, distraía las horas, y así recordaba menos el desconcierto de su vida íntima.

Lucy la acompañaba un trecho, dirigiéndose también a su oficina.

—Me parece que toda la vida estuve trabajando aquí —dijo Mary un día, cuando ambas alcanzaban el tranvía—. Me es familiar todo aquello.

—¿No piensas, entonces, volver a Madrid?

El rostro de Mary se ensombreció.

—Aquello me es odioso.

—¿Y de Santiago? ¿No has sabido nada desde que volviste?

—Pues no. Entre nosotros, ya no hay nada.

—Pero así…

Hablar de aquello la descomponía; no podía remediarlo. Cortó, con cierta sequedad:

—Cora se ha metido por el medio; estoy segura.

—Lucha.

Sonrió entre dientes. ¡Qué pretensiones tenía Lucy! ¿Luchar de nuevo, cuando toda la vida fuera una continua lucha? ¿Había de volver a las mismas, ahora que se hallaba relativamente tranquila? De ningún modo. Cierto que amaba a Santiago con toda su alma, pero si él desconfiaba de ella sin motivos justificados, que se fuera con Cora, que ella lo despreciaba. Para volver con el marino, había de venir él a su lado, diciéndole que creía en su inocencia por encima de todo: de las calumnias de Cora, de su misma conciencia, de él y del mundo.

—Eso es bastante difícil —repuso Lucy.

—No digas entonces que le quieres.

—La vida es así.

—¿Cómo? —saltó impulsiva—. Yo aún nunca pude saber cómo era.

Lucy sonrió. Era cierto. ¿Cómo era la vida? Tal como se mostraba, no merecía la pena vivirla… Y no es que juzgara por ella, puesto que se sentía feliz con su amor. La decía por Mary, que aún jamás pudo saber si tenía sabor agradable o amargo, porque el primero nunca lo había paladeado; el otro… ¡Bah! Muchas veces imaginaba imposibles en la existencia de su amiga…

De esta forma fue deslizándose el tiempo, hasta que un día Mary salió de la oficina y lo primero que vio fue a Santiago, recostado en el marco de la puerta, como si esperara a alguien. Aquel alguien era ella, ya que tan pronto la divisó, salió de su seguimiento y se plantó en la mitad de la calle que ella enfilaba.

—Hola —saludó secamente.

Mary le sonrió indiferente. Veía la expresión fría de él, y más que nunca despreció la vida, a Cora y a él mismo, que se atrevía a juzgar por lo que decía una mala lengua.

—¿Dónde has dejado a Raúl?

Volvió sus ojos hasta el rostro viril. ¡Qué cinismo y qué sonrisa

helada vio en la boca de trazo casi recto!

—No sé de qué me hablas —repuso, sin darse por aludida, pues las palabras que salían por aquellos labios que habían besado los suyos, le producían desazón y amargura.

—¿Tan hipócrita eres?

—Insisto en que no te entiendo.

—Eres…

Echó a andar seguida de él.

—¿Para qué has vuelto? —preguntó, sin detenerse ni mirarlo—. Te aseguro que no te esperaba. En cuanto a la dosis de hipocresía que puede caber en mi cuerpo, estás equivocado. Siempre he sido igual, y no variaré. Raúl… ¿Qué quieres decir con ese nombre? Hace mucho tiempo que tengo presente solo un nombre de hombre, pero no era el de él.

Santiago rio burlonamente.

—¿No me crees? —inquirió ella.

—No.

—Entonces, puedes marcharte.

—Vengo para que te disculpes.

Era lo que faltaba.

Se detuvo en seco y en mitad de la calle, no teniendo en cuenta que algunos ojos se volvían para mirarlos. Con los dientes apretados y un temblor de coraje indescriptible en la voz de inflexiones casi rotas, replicó:

—Jamás me disculparé, porque no tengo de qué hacerlo. Maldigo la hora en que, como la más inocente de las criaturas, puse mi ilusión en tu amor.

—¡Espera!

No; esperar, de ningún modo. Necesitaba alejarse de él. Correr, volar si fuera preciso, antes de permanecer un minuto más a su lado, mirando la cara crispada en una mueca de burla.

Dio unos pasos, separándose de su lado.

—Lo nuestro no puede terminar así, Mary.

Sin volverse, repuso quedo, pero intensamente:

—Ya hace muchos días que lo di todo por muerto.

—¡Yo no!

Fue ella la que rio a carcajadas, hasta que le saltaron las lágrimas.

—¡Mary!

La muchacha no le oía. Continuó caminando, hasta que se perdió en una bocacalle próxima.

* * *

Durante muchas horas caminó por las calles gijonesas como un sonámbulo. Pensaba en ella, en la carta que guardaba en su poder de aquella Cora que ya le hacía dudar, porque en los ojos de Mary vio la misma nobleza de siempre.

¿Por qué Cora había escrito en aquellos términos? No se lo explicaba. No podía explicárselo, porque le daba miedo pensar mal de ella.

Fue a ver a Lucy aquella misma noche. La verdad era que precisaba desahogar con alguien su dolor. Porque estaba dolorido. Se le notaba en la boca crispada duramente en las comisuras; en los ojos que, fijos siempre en un punto inexistente, tenían un brillo extraño, y en las manos que se apretaban en las profundidades del bolsillo.

Lucy no supo qué decirle. Sabía que Cora había escrito impulsada por los celos, pero no se atrevía a hacérselo saber, porque Mary se lo había rogado así.

—La quiero como siempre —dijo Santi al fin, con aquella voz tan personal que por sí sola cautivaba.

—Pues házselo saber así —repuso Lucy—. Mary es muy buena.

—¿Tú crees en lo que dice esta carta? —preguntó, con mal disimulada ansiedad.

Lucy negó, sonriente.

—Conozco a Mary, casi desde que tenía uso de razón… Nuestro conocimiento data de tanto tiempo… —musitó dulcemente—. Mary es noble y sencilla. Si te engañara, tú serías el primero en saberlo, porque te lo hubiera dicho sin rodeos.

—¿Cómo, entonces, justificas esta carta? Su contenido…

—… es propio de una imaginación calenturienta —terminó, con rabia, sin dejarle concluir.

Por espacio de algunos momentos, Santiago permaneció con la carta ante los ojos, pero aún sin atreverse a creer lo que insinuaba Lucy.

—Cora no es mala.

—Lo dices como si dudases, pero quieres convencerte a ti mismo.

—No sé si es así, Lucy; lo que no ignoro, es que quiero a Mary con el alma y la vida, y que creo en ella con la misma fe de siempre.

—Así me gusta, Santi. Estoy orgullosa de ti.

El marino emitió una risita ahogada, pero nada dijo.

* * *

Estaba seguro que aquella noche le sería de todo punto imposible regresar a bordo sin saber qué pensaba Mary. A su casa no se atrevió a ir, por temor a recibir un desprecio.

Después de dar mil vueltas por la calzada, penetró al fin en un café, y con el auricular en la mano esperó con anhelo oír la voz familiar tan añorada, que hacía cosquillas en su sangre y le alegraba el alma.

—¡Mary! —llamó intensamente, tan pronto como supo que ella estaba al otro lado.

—¿Qué desea? ¿Quién es usted? —preguntó la muchacha, con indiferencia.

—Soy yo, Mary.

—¿Por qué me llamas? Te aseguro, Santiago, que no quiero saber nada más dé ti. He comprendido que no te quería.

—¿Qué has dicho? ¿Es que estás loca? Tú y yo hemos nacido el uno para el otro, querida, tú no podrías vivir sin mí; ¡yo, sin ti, sería hombre muerto!

—Te rezaré un poquito, Santi.

—¿Te burlas?

—Dios me libre.

Las manos del marino apretaron con fuerza el auricular. Le sería de todo punto imposible contenerse por más tiempo.

—Voy a ir a tu casa, Mary.

—¡No lo harás!

—¿Que no? Estoy harto de hacer el indio. Te quiero como nadie puede querer, como el más estúpido de los insensatos, y si no te hago mía, me mataré.

Dicho esto, colgó furioso, lanzándose a la calle seguidamente.

Minutos después se hallaba llamando enérgicamente a la puerta de la casa de Mary.

—¿Qué desea? —preguntó una doncella, franqueándole la entrada.

Si la doncellita esperaba una respuesta, se quedó con las ganas. Ni siquiera volvió a ella los ojos para mirarla. Penetró en el *hall*, siguiendo en línea recta hasta penetrar en el saloncito donde se reunía toda la familia.

Julio se puso en pie, avanzando hasta él.

—Hola, Santiago —dijo, alargando la mano que el otro estrechó, casi hasta romperla entre las suyas—. Mary vendrá en seguida.

Pareció respirar, visto que todos acogían su llegada con naturalidad, como si ya la estuvieran esperando.

En efecto: algunos segundos después, Mary perfilaba su linda figura en el umbral.

Fue hacia ella, con la mano extendida.

—¡Mary, querida!

—No te esperaba tan pronto —dijo simplemente, mostrándole la puerta del jardín por donde desapareció seguida de cerca por el marino, que aún no había salido de su asombro, pues no esperaba encontrarse con tanta amabilidad por parte de la muchacha.

Cuando hubo llegado al banco donde ella tomó asiento, no tuvo tiempo de abrir la boca, puesto que Mary, con los dientes apretados y aquella luz fulgurante en las gemas que se le mostraban más bellas que nunca, declaró:

—Te recibí tranquilamente, con la misma cortesía que si en realidad la merecieras, porque mis hermanos no saben nada de la situación que con tu actitud has creado.

—¿Yo?

—Sí.

Santiago se inclinó mucho hacia ella, tanto, que no le fue difícil pegar su boca al oído femenino y susurrar con voz entrecortada, como si su mayor anhelo fuera ser escuchado por ella:

—Solo sé que te quiero, y que si no te hago mía…

Cortó secamente, con infinito sarcasmo:

—Te matarás.

—¿Y si lo hiciera?

Negó burlonamente.

—Te quieres demasiado a ti mismo para dejarte dominar por un simple impulso.

El hombre se impacientó.

—Esta situación tiene que acabar, Mary. Vengo a tu lado para decirte que te cases conmigo mañana mismo, y has de darme la respuesta, pues de otra forma, aunque me duela, he de marchar para no regresar jamás.

—¿Y si no te respondo?

—Lo harás. Yo te exigiré que lo hagas.

—Nunca consentí que nadie me exigiera, y ahora tampoco lo haré. Vete con Cora; ella, tal vez te haga más feliz que yo.

—No la quieres nada —dijo con pesar, ni interrogando, sino como si ya lo supiera de mucho tiempo—. Lo siento, Mary.

—¿Crees que se puede querer a una mujer calumniadora?

—Cora no lo es.

—Parece mentira que aún la defiendas.

Buscó los ojos bellísimos en la oscuridad, y los halló brillantes y fijos en su rostro.

Buceó con avaricia en aquella mirada divina, al contestar:

—No la defiendo, Mary; solo me inspira compasión.

—¿Por qué?

—Porque es muy desgraciada.

Mary sé acercó a él. Y al mirarle casi experimentó placer, porque no ignoraba que le iba a hacer padecer.

—¿Sabes que te ama?

Vio cómo el hombre se estremecía violentamente.

—Te quiere para ella; por eso inventó mis amores con Raúl. Ese Raúl se halla hoy en París, sin recordar que existo, pues al pueblo fue porque tu prima le dijo por teléfono que yo deseaba verlo, cuando más que nadie sabía que mi amor no pertenecía precisamente a él, sino a Otro que ella también quería.

—¿Te duele que te hable de ella? —prosiguió Mary—. Pues vete a su lado y hazla feliz.

Negó rotundo.

—No la amo, Mary.

—¿Y te duele?

Volvió a negar con la cabeza, y manifestó:

—Desde que supe lo que era un corazón, tú me conquistaste, y

ya jamás quise probar a querer a otra mujer.

—Pero aún te atreves a negar que Cora…

Cortó brusco:

—No me la nombres. Es mi prima, a quien quise casi como a una hermana. ¿Sabes dónde se encontrará esa muchacha, dentro de muy breves fechas?

—No.

—Pues en un convento.

—¡Ah!

—¿No te extraña?

—No. A última hora, es el lugar mejor para sentirse otra. Dios quiera que se regenere.

Durante unos segundos, permanecieron silenciosos. Después, Santi se inclinó más hacia ella, musitando bajísimo:

—Tienes que decirme ahora mismo si te casarás conmigo.

La voz del marino se hizo casi imperceptible. Sus brazos rodearon la cintura femenina, que aprisionó contra su cuerpo con desesperada pasión.

—Te llevaré a la fuerza, Mary —susurró, con roncas inflexiones —. Voy a besarte, adorada; tengo que hacerlo, porque de otra forma…

Y no continuó. La besó con ansia y desesperación. Primero en los ojos, que se abatieron dulcemente; en las mejillas pálidas, algo húmedas de llanto, y por último, en los labios jugosos, que fueron perdiendo rigidez. La besó durante muchos minutos, que parecieron siglos dulcísimos.

—Así te quiero —dijo bajito, con voz que era como un susurro.

Los brazos de Mary tuvieron a la fuerza que alzarse y anudar el cuello viril. ¡Lo quería tanto…! ¿Para qué continuar resistiéndose, si toda ella gritaba por él, y ya nunca otro hombre existiría en su vida más que aquel bravo marino que tan bien y con tanto denuedo supiera ganar la batalla sentimental donde ella, pobre infeliz, naufragaba llena de dicha y encanto? ¡No más dolores y amarguras! Ahora había de consagrarse al cariño de Santi y vivir para él; solo para él.

—Yo también te quiero —dijo, en un eco dulcísimo—. ¡Necesito tanto quererte…!

—¡Mary, dulzura!

—Bésame muy fuerte, Santi; mucho, mucho, hasta que me dejes casi sin respiración. Quiero tener la vaga impresión de que estoy soñando.

Una estrella sonrió burlonamente, al tiempo de hacer una cómica pirueta. La Luna, más clara y transparente que nunca, pareció eternizarse allí.

Capítulo 13

Aún transcurrieron muchos días antes que Santiago se sintiera rotundamente feliz.

Una de aquellas tardes maravillosas, mientras ambos paseaban extasiados por un lugar solitario que ellos hacían para sí solos, un muchacho llegó al lado de Mary, diciendo misteriosamente:

—Señorita: en el café frente a su casa, la espera un hombre que dice desear verla a usted.

El corazón de la muchacha pareció salirse del pecho.

—¿Quién piensas que es? —preguntó Santiago, mirándola con fijeza.

—No lo sé.

—¿Vas a ir?

—¿Qué te parece?

Se encogió de hombros, pero Mary bien notó la zozobra que lo dominaba.

—Vete si quieres.

—Creo que es lo mejor. Espérame aquí.

Antes de marchar, lanzó sobre la faz viril, un tanto pálida, una mirada de adoración.

La vio ir ágil y dinámica, linda, seductora, luciendo con donaire un tanto altivo, la gracia de su cuerpo de sirena.

Entretanto, Mary, con el corazón en un hilo, pues bien sospechaba quién era el hombre que la esperaba, penetró en el concurrido local.

Allí estaba el hombre que había alucinado sus sentidos cuando aún su corazón era libre, y él fue ganándolo con engaños para luego pisotearlo sin escrúpulos, sin remorderle la conciencia, al parecer.

Fue directa a donde él se hallaba.

Sin ser observada, lo miró con desprecio y rabia.

Después, sonrió agradecida, pues comprendía que la maldad de él había curado su corazón, enseñándole a razonar con acierto, aprendiendo a distinguir lo bueno de lo malo.

—Hola, Pepe —saludó, sin un solo temblor en la voz.

El hombre se volvió en redondo.

—¡Mary! —musitó casi sin voz, al tiempo de ponerse en pie y extender las manos, que ella rechazó con suavidad, pero enérgicamente.

—Me han dicho que me llamabas.

Si notó la frialdad en la voz femenina no se dio por aludido, ya que echó a andar, haciéndole señas para que lo siguiera en dirección a la puerta.

—Si quieres ir fuera, te seguiré —indicó indiferente—, pero ahí me espera mi novio.

—Tu novio soy yo.

Mary rio burlona.

—Esos tiempos han pasado, amigo Pepe. Tengo un novio que muy pronto será mi marido.

—No le quieres.

—Te equivocas. Le adoro.

—¡Mentira!

—Vamos, no me hagas una escena de folletín, porque sabes muy bien que las desprecio.

Mary pareció crecerse. Lo vio palidecer, y aspirar con fuerza como si le faltara el aire.

—Vengo a buscarte, Mary —dijo de nuevo, no queriendo darse por vencido.

—No seas chiquillo. Si eso me lo hubieras dicho hace unos meses, quién sabe, tal vez te hubiera seguido; hoy… —entornó los ojos, añadiendo soñadora—: Todo es diferente y soy enloquecedoramente feliz…

—¡Maldita sea! —hizo intención de aproximarse—. ¡Yo te quiero! —rugió, con trémula voz.

Mary hizo también un gesto vago, que equivalía a decir: «Eso te lo hubiera creído hace algún tiempo; hoy no, querido. Tu presencia me ayudó a terminar de encontrarme a mí misma…».

—Es mejor que dejes de dramatizar y te largues a engañar a una pobrecita infeliz, si es que lo consigues. El tiempo que me queda de vida lo emplearé dando gracias a Dios, que me apartó de ti.

Y sin otras palabras dio media vuelta, saliendo del local sin que él se atreviera a seguirla, pues la majestad que se desprendía de ella lo impresionó, paralizando todo intento de protesta.

Sabía que allí acababa todo. Era un final bien desagradable, pero como ya estaba acostumbrado a fracasar, dejóse ir de nuevo por la corriente de la vida, diciéndose que continuaría de aquella manera indefinidamente. El destino tenía la culpa de todo.

* * *

Llegó radiante al lado de Santiago, que la esperaba sentado en la vereda que conducía a Coroña… Los ojos de Mary resplandecían de gozo y en la boca había la media sonrisa fascinadora que él había encendido más de una vez con sus besos de loco.

—Si me lo permites, no te diré quién era —dijo juguetona, cogiéndole una mano y arrastrándolo tras ella.

Santiago enlazó el brazo con el otro, y la apretó apasionado contra su cuerpo.

—No sé por qué me parece que adivino quién era.

—Pues cállalo. Ahora estoy a tu lado, sabiendo que te quiero con toda mi alma, deseando con imperio ser tuya para toda la vida y… Santi, querido, no me hagas continuar, que…

—Te ruborizas —terminó, estrechándola en sus brazos y no queriendo saber nada más, porque lo adivinaba, además, el mundo para él se reducía a aquello que, en realidad, era más que maravilloso.

Epílogo

Han transcurrido seis años.

Mary y Santiago viven en un chalet que se alza majestuoso en la Calzada…

Dos lindos nenes alegran la felicidad de aquel hogar, que los dichosos esposos hacen cada día más maravilloso.

Mary, más linda y seductora que nunca, espera esta mañana a Santiago, que llega después de un viaje que se prolongó un mes. Y durante este tiempo, ella aguardó anhelante el regreso del hombre que lo es todo en su existencia feliz, gracias al amor que supo inflamar en su corazón sensible y bueno el deseo de vivir para algo que no fuera la amargura de sus juveniles años.

Hoy, todo resplandece, todo parece un sueño con la pasión que el marino lleva en sus ojos para la mujer enamorada, ansioso de abrazarla.

Los nenes juegan alegremente, saltando por el césped, mientras los ojos de su madre siguen arrobados todos sus movimientos.

De pronto, la figura del marino se recorta en la pequeña verja del jardín, a donde corren los pequeños con los bracitos extendidos, al tiempo de balbucir palabras entrecortadas que solo entienden los padres, porque están acostumbrados al lenguaje torpe de las lenguas infantiles.

—¡Mis cariños! —susurra él, alzándolos en sus brazos y apretándolos, muy fuerte, contra su pecho fuerte y ancho—. Siempre me parece un siglo el tiempo que estoy separado de

vosotros, aunque haya sido un día.

Alza la cabeza, y las pupilas quedan presas en la faz adorable de la mujer que, un tanto emocionada, va aproximándose, trayendo en la boca la media sonrisa de anhelo.

—¡Chiquilla! —musita con adoración, ladeando la cabeza por encima de las caritas sonrosadas de los pequeños, y posando los labios en la mejilla fresca de Mary, cuya sonrisa se acentúa más, mientras llora de alegría. Y las lágrimas que resbalaban lentamente, dan una expresión sublime al rostro de la mujer tan querida para él, tan añorada cuando está lejos.

—Esto es vivir —dice, cuando los nenes saltan al suelo, entreteniéndose en abrir los paquetes que les trae.

Muy juntos van a sentarse en el banco que tantos secretos guardaba. La contempla con arrobo. Su faz morena, tostada por los aires del mar, es acariciada dulcemente por la mano fina de la esposa.

—¡Qué deseos tenía de que llegaras! —murmura bajito, arrebujándose contra el cuerpo querido—. Cada viaje, más te anhelo, más deseo tu llegada.

—Si supieras las ansias que traigo, Mary… —dice soñador, sin dejar de contemplar el rostro bello de aquella mujercita que guarda insospechadas dulzuras dentro del alma que se la entregó sin reservas: franca, amorosa y noblemente, consagrándose por entero a él.

Pasado el momento de emoción, comienza a darle noticias de todos los que ella desea.

—Lucy se halla en Bilbao, con su esposo. Fui a verlos como me pediste. Son muy felices.

—¿Tanto como nosotros?

La faz del hombre resplandece aún más. Las manos se prenden, apasionadas, en las de ella.

—Nosotros somos una excepción.

—¿Y Chon, se ha casado?

—Cuando destinaron a su padre a Bilbao, no le sentó nada bien, porque tenía que dejar aquí al novio, pero ahora ya está contenta, pues él irá a casarse allí. Pronto recibiremos la invitación.

—¿Qué has sabido de Cora? —preguntó con anhelo.

—Se halla en un convento.

—Nunca sospeché que tuviera vocación suficiente.

—No sé si es vocación o exceso de orgullo; el caso es que es monja.

Los ojos amantísimos vuelven a clavarse en los queridos nenes, cuyas piernecitas ya corren entusiasmadas tras dos enormes pelotas de colores.

—Todo me parece un sueño, Mary.

—Pues no lo es.

—Demuéstrame que me equivoco.

Y lo hace de una forma enloquecedora, que trastorna de nuevo al hombre.

Los chiquillos continúan jugando, mientras el trino de los pájaros se hace cada vez más cadencioso.

Ellos, muy juntos, con las manos unidas, siguen mirándose arrobados, dejando que la mañana vaya transcurriendo lentamente, sumiéndolo todo en éxtasis…



MARÍA DEL SOCORRO TELLADO LÓPEZ (El Franco, Asturias, 1927 - Gijón, 2009). Mas conocida como Corín Tellado, fue una escritora española de más de 4000 novelas románticas entre 1946 y 2009.

Corín Tellado es La autora más famosa de la literatura popular española. Publicó unos 4000 títulos vendiendo más de 400 000 000 ejemplares de sus novelas, algunas de las cuales fueron traducidas a 27 idiomas y llevadas al cine, radio y televisión. Figura en el *Libro Guinness de Récords* 1994 (edición española) como la autora más vendida en lengua castellana. Escribió casi exclusivamente novela rosa, pero también fotonovelas. En un principio trabajó en exclusiva para la Editorial Bruguera. Sus obras tuvieron un éxito especial en Latinoamérica, donde impulsaron la creación de la telenovela y el serial televisivo.

Al contrario que otras novelas europeas del género rosa, las novelas de Corín Tellado transcurren en la actualidad y no en escenarios exóticos o en otras épocas. De ahí su gran poder para identificarse con sus contemporáneas. Las últimas, sin embargo, utilizan personajes de alta posición social. La clave de todo es la temperatura sentimental: sus personajes suelen ser, aunque no siempre, gente que tiene el dinero en bruto, pero que valora con una ingenuidad nada neoliberal los sentimientos. La propia autora

afirma que su estilo se perfiló gracias a la censura de la España franquista, que expurgó sus novelas de forma inmisericorde; además, todas terminaban inevitablemente en boda: «Algunas novelas venían con tantos subrayados que apenas quedaba letra en negro. Me enseñaron a insinuar, a sugerir más que a mostrar». Hubo ocasiones en que la censura le llegó a rechazar cuatro novelas en un mes.

El fuerte de Corín Tellado, aparte de su gran facilidad para desarrollar argumentos interesantes, es el análisis de los sentimientos. La descripción en sus novelas es mínima y el estilo es directo. Al momento de su deceso su literatura había evolucionado con los tiempos, sabiendo reflejar la realidad social contemporánea.